

Fernando Torre Balmaseda

RECUERDOS DE UN NIÑO CUBANO

Fotos de familia en Placetas



BETANIA



Con mis padres y mi hermano

RECUERDOS DE UN NIÑO CUBANO



El antiguo Liceo y la iglesia católica de Placetas vistos desde el parque.
(Foto de Vivian Torres y Mario González).

Fernando Torre Balmaseda

RECUERDOS DE UN NIÑO CUBANO

Fotos de familia en Placetas

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: Collage de fotos familiares en Placetas, Cuba; confeccionado por el autor.

© Fernando Torre Balmaseda, 2021.

Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
28080 Madrid, España
E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 978-84-8017-443-5.
Depósito legal: M-24698-2021.

Imprime SAFEKAT
Impreso en España / Printed in Spain

A mis hijos, Keila y Fernando.

A mis sobrinos, Lidia, Fernando, Raquel y Sara.

Para que sepan de dónde venimos.

Nunca lo olviden.



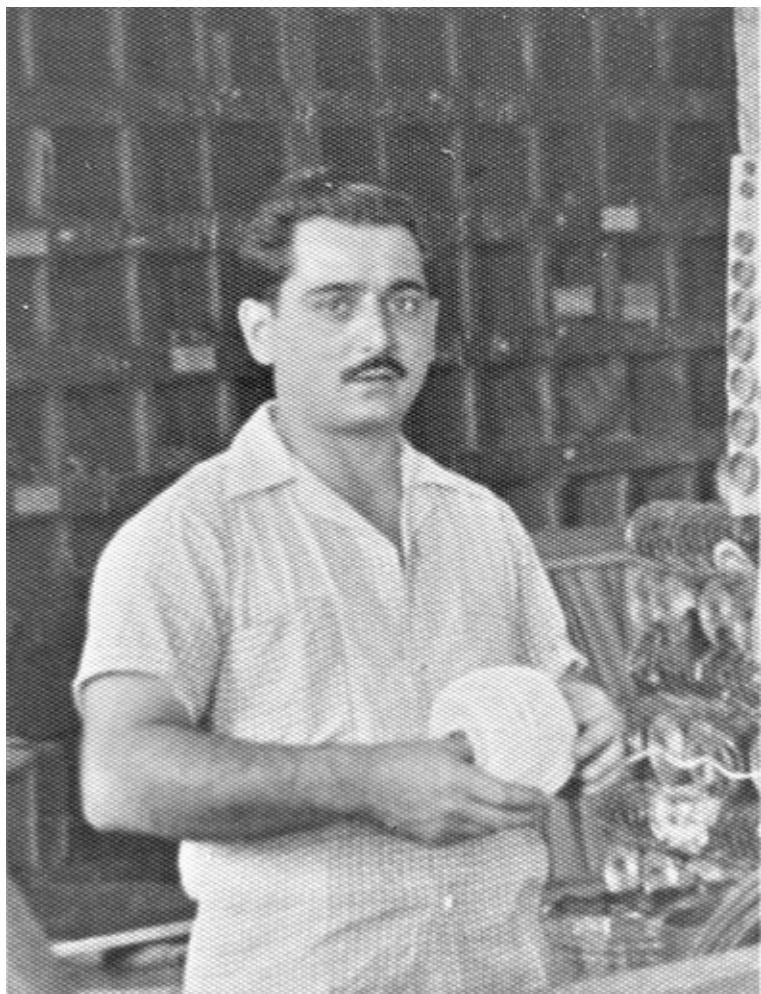
En mi casa de Placetas

Peor que ver la realidad negra, es el no verla.

ANTONIO MACHADO

*La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos
dones que a los hombres dieron los cielos;
con ella no pueden igualarse los tesoros
que encierran la tierra y el mar.*

MIGUEL DE CERVANTES



Mi padre en la ferretería La Campana

I.

LA INFANCIA DE LOS AÑOS

(Cuando todo era posible)



Tata, mi tío Carlos, Lulu, mi madre y yo

1

Placetas

La foto está tomada a principios del año 1959. Es una foto de familia. Yo soy sólo un bebé en los hombros de mi padre, que me aguanta firmemente. Un bebé de seis o siete meses, feliz y sonriente, con ojos grandes que miran a la cámara como queriendo descifrar algo, y con un mechón de pelo castaño oscuro en el medio de la frente. Mi madre, agarrada de la cintura de mi papá, sonríe. Mi papá también sonríe. Hay otras personas en la foto: Mi tío abuelo, Eugenio, ya mayor, calvo, y con el poco pelo que le quedaba completamente blanco. No sonríe, pero tampoco está triste. Tiene la expresión de quien aparece en un retrato de familia porque tiene que hacerlo, pero no porque le gusta ser retratado. Noto que no tiene su acostumbrada boina, por lo que deduzco que cuando se tomó la foto el corto invierno de Cuba ya había pasado. Mi tío abuelo era vasco. Todos lo llamaban por su primer apellido: Iturriaga. Pero yo siempre lo llamé Tata y no por aquel apellido que para mí de pequeño era completamente impronunciable. A su lado, en la foto, aparece su esposa, mi tía abuela, Luz Ruiz Díaz de la Rocha. Otro nombre muy largo, que yo simplificaría rápidamente tan pronto como aprendí a hablar: Lulu. Y finalmente, al lado de todos nosotros en la foto está la figura incongruente de un hombre joven y serio, en uniforme militar verde olivo, con gruesas gafas de campaña, espesa barba y una banda con la insignia negra y roja del Movimiento 26 de Julio en los brazos con los que empuña un arma. El arma es un rifle automático, duro, oscuro y pesado. Y el hombre que lo sostiene es mi tío Carlos, el hermano más joven de mi padre, ex estudiante de medicina de la Universidad de La Habana, alzado contra la dictadura de Fulgencio Batista en la Sierra del Escambray y ahora teniente del glorioso y triunfante ejército rebelde.

Nací en agosto de 1958 en el pueblo de Placetas, en la provincia de Las Villas, donde estaba asentada mi familia. Mi padre era el segundo de cinco hermanos, hijos de José Torre Asas, inmigrante español, natural de la villa de Noja, Cantabria, en la costa norte de España, y de Francisca Ruiz Díaz de la Rocha, cubana, descendiente de españoles. Mi tatarabuelo, José Díaz de la Rocha, natural de Ribadeo, España, había sido uno de los fundadores de nuestro pueblo en el siglo XIX.

Mi abuelo, el de Cantabria, murió muy joven —a los 37 años de un ataque al corazón— y a mi abuela le tocó criar sola a sus cinco hijos, todos varones. No fue tarea fácil y mucho menos porque mi abuelo murió en medio de la depresión económica de los años treinta. Pero mi abuela era una mujer fuerte y sin miedo. Nunca volvió a casarse, que hubiera sido quizás lo normal en aquella época, sino que se dedicó por completo a criar a sus hijos y a sacarlos adelante. Y así lo hizo.

A Carlos, siendo el menor, lo sorprendió la efervescencia revolucionaria de finales de los años cincuenta en la universidad y como tantos otros se unió a los grupos que se oponían a la dictadura desde la trinchera universitaria.

Por bastante tiempo antes de yo nacer mi tío Carlos venía frecuentemente a Placetas desde La Habana en lo que aparentaban ser viajes cortos para visitar a la familia, para no levantar sospechas. A veces venían con él dos o tres “compañeros universitarios” que en realidad venían para unirse a los rebeldes que ya operaban en la Sierra del Escambray. Mi padre buscaba el lugar donde ubicarlos, muchas veces en su propia casa, hasta que podían llevarlos hasta la sierra. Otras veces mi tío venía solo, con la misión de llevar armas, medicamentos, o mensajes importantes a los rebeldes. Mis padres lo apoyaban en todo. Más de una vez mi padre fue solo con mi madre a llevar suministros a los rebeldes. Mi madre siempre recordaba que en una ocasión mi tío llegó de La Habana con un chico y una chica muy jóvenes que iban a unirse a los rebeldes, pero querían casarse antes de subir a la sierra. Eran presbiterianos y de alguna forma se consiguió que el

ministro de la iglesia presbiteriana de Placetas los casara, sigilosamente y sin hacer muchas preguntas.

Al final mi tío Carlos tuvo que huir de La Habana y tomar el único camino que quizás le quedaba en ese momento: Unirse a los alzados en las montañas del Escambray. Carlos se vistió de verde olivo por primera vez en el que luego sería mi cuarto en nuestra casa en Placetas. Allí se vistió también de rebelde su amigo Yamil Duménigo, hijo de una familia vecina. Desde Mi casa salieron ambos para unirse a los rebeldes.

Mi padre no fue con ellos. Era ya un hombre de más de treinta años, casado y con una esposa embarazada. No era tampoco un estudiante anónimo en la gran ciudad de La Habana, sino el hombre que manejaba junto con Tata el negocio de ferretería de la familia, en un pueblo pequeño, donde todos habrían notado su ausencia. Pero sí continuó colaborando con los rebeldes de una forma casi tan peligrosa como si hubiese estado en la sierra.

La Revolución Cubana no fue una gran guerra civil. En muchos lugares no se disparó ni un tiro. Pero esa no fue la suerte que nos tocó vivir en nuestra provincia de Las Villas. Desde la Sierra Maestra en el extremo este de Cuba los rebeldes en dos columnas comandadas por Camilo Cienfuegos y Ernesto “Che” Guevara avanzaron a través de las llanuras de Camagüey sin mucha oposición. Pero al llegar a la provincia central de Las Villas encontraron a las tropas de la dictadura preparadas para dar batalla. Unidos a las fuerzas con base en la Sierra del Escambray, bajo el liderato del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, los rebeldes tuvieron que pelear por muchos de los principales pueblos y ciudades de la provincia. Como resultado, fue en Las Villas donde tuvieron lugar las batallas más emblemáticas de la Revolución.

.

Aún no había amanecido cuando a mi madre la despertaron los golpes en la puerta.

“Margarita, abre la puerta, soy yo, Pinto Abeledo...”.

Mi madre reconoció el nombre de uno de los alzados, antiguo vecino de su hermana en la parte oeste del pueblo, más o menos en el momento en que mi padre llegaba para abrir la puerta. Los hombres entraron en fila, uno tras otro, veinte, treinta, cuarenta... perdió la cuenta. Era una gran casa colonial, larga y espaciosa, en el mismo centro del pueblo, gracias a aquel tata-buelo fundador, y con un patio en el fondo que daba a la iglesia y a la Sociedad del Liceo. Desde la iglesia y el Liceo se dominaba el parque, y al otro lado diagonalmente, la estación de policía. Los hombres avanzaron por dentro de la casa hasta el patio, donde abrieron un paso en la cerca de ladrillo, y de allí al Liceo. Poco después comenzaron a silbar las balas.

Para entonces yo era ya un bebé de cuatro meses. Me llevaron corriendo a la casa de Lulu, y me acomodaron en una cunita pequeña debajo de la mesa del comedor. El comedor tenía tanto las paredes como el techo de cemento y mis padres calcularon que sería el lugar más seguro.

La batalla duró muchas horas. Por el mismo paso abierto en la cerca de ladrillo del patio por donde pasaban los rebeldes hacia el combate traían luego de regreso a los heridos. En la cama de mis padres acostaron a uno de ellos. Mi casa se convirtió en un pequeño hospital de primeros auxilios. Las balas continuaban silbando en todas direcciones. Mi pueblo era un campo de batalla.

Yo no puedo recordar nada de esto. Tampoco hubo allí fotos ni corresponsales de prensa. Pero sé que fue así, porque escuché la misma historia muchas veces de la boca de mis padres, siempre en primera persona. Lo sé porque las marcas de las balas cubrían aún todos los edificios principales del pueblo en la época que yo sí recuerdo. Porque cuando yo era niño en la cerca del patio se notaban claramente los ladrillos nuevos usados para tapar el paso que habían abierto los rebeldes. Y porque el colchón de la cama de mis padres quedó manchado de sangre para siempre.

.

Mi tío Carlos salió de la guerrilla con rango de teniente, ganado bajo las balas. A Yamil Duménigo lo mató una de ellas en la toma de Trinidad, poco tiempo después de haberse vestido de rebelde en mi casa, para que su madre, anciana y enferma, no lo viera.

2 La Campana

Esta foto fue tomada a mediados del 1959. De nuevo yo (mi hermano menor aún no existía). Fue tomada en lo que era entonces el negocio de la familia: La ferretería La Campana, en la esquina de Primera del Sur y Segunda del Oeste, en Placetas. Muestra a un bebé mucho mayor, quizás de ocho o nueve meses, sentado en una balanza de las que normalmente se usaban para pesar los clavos y tornillos que se vendían por libra y en la que esta vez mi padre, el ferretero, comprueba con orgullo el peso de su primogénito, mientras mi madre me sostiene suavemente. Es la foto de una pareja joven, próspera y feliz. Los ojos de mi madre están llenos de ilusión. Los ojos de mi padre reflejan una felicidad profunda y sosegada.

Hace ya meses del triunfo de la Revolución. Pero todavía hay un futuro lleno de promesas. Hay un supuesto presidente civil, de un gobierno provisional. Hay una promesa de elecciones libres. Los únicos que han abandonado el país son Batista y sus asociados, incluyendo esbirros y corruptos a todos los niveles y los mafiosos norteamericanos que los apoyaban. Aunque se habla de nacionalizar los grandes monopolios extranjeros, y repartir la tierra de los grandes latifundios a los campesinos, nadie piensa en nacionalizaciones masivas, ni en socialismo forzado. En las tristemente célebres palabras de Fidel Castro la Revolución “no es roja, sino verde como las palmas de nuestra tierra”. La ferretería sigue siendo el negocio de nuestra familia y nadie teme que deje de serlo.

Mi padre orgullosamente ha pegado una calcomanía en el cristal trasero de su Oldsmobile que dice “Consumir lo que el país produce es hacer Patria”. Hay que industrializar el país. Y para eso es necesario auspiciar lo que se produce localmente.

Fidel ha dicho “Cuarteles, ¿para qué?” y el gobierno se ha dado a convertir los viejos cuarteles del ejército en escuelas. Mi madre, que trabaja como maestra en una escuela rural a varios kilómetros del pueblo, ve como los recursos fluyen hacia las escuelas públicas, incluyendo las del campo.

Aunque no todo es perfecto, el país parece reflejar como en un eco continuo el famoso intercambio entre Fidel y el carismático y popular comandante Camilo Cienfuegos:

“¿Vamos bien, Camilo?”

“Vamos bien, Fidel...”

3

Mi madre

Esta es una foto de mi madre, Juana Margarita Balmaseda Marín, antes de casarse. Es la única foto de estudio que tengo de ella en su juventud. Por muchos años cuando yo era pequeño esta foto estuvo en un marco en la saleta de nuestra casa de Placetas. La mayor parte de nuestras fotos familiares de estudio están tomadas por Enrique Santacana, quien tenía un estudio de fotografía en Placetas en la década de los cincuenta, y están firmadas por él, como se acostumbraba entonces. Pero esta foto no, ya que mi madre se la hizo en la ciudad de Santa Clara, siendo aún estudiante. “Fue un pequeño gusto que me pude dar una vez”, me dijo, “gracias a mi beca de estudiante”.

Mi madre no tuvo una juventud fácil. Su padre murió cuando ella tenía once años, dejando a la familia en una situación económica muy difícil. Pero mi madre era una persona inteligente y luchadora, y una estudiante excelente. Cuando terminó su educación secundaria ganó una beca que le permitió continuar sus estudios en la Escuela Normal de Maestros en Santa Clara. Así se hizo maestra.

Su primera plaza de maestra, ganada “por oposición”, fue para una escuela rural en un área de campo bastante remota, aún en el término municipal de Placetas, pero lejos del pueblo y sin fácil acceso. No tenía otra opción que vivir en la escuela. Así empezó su carrera: Una joven de 20 años en Cuba a principios de los años cincuenta trabajando sola en una escuela de campo. Una joven de 20 años enseñando a tres docenas de guajiritos de todas las edades a leer y a escribir, a contar, a sumar y a restar. En una escuela con techo de guano y piso de tierra. Una joven de 20 años en su batalla personal contra el analfabetismo y la ignorancia que encadenaban y oprimían a una parte tan grande de su pueblo. “Ser cultos para ser libres”, había dicho José Martí, poco más de medio siglo antes...

Eso fue lo que hizo mi madre en su juventud. Mientras otras muchachas jóvenes “de buena familia” se pasaban el día paseando por el parque de Placetas mi madre estaba en el campo educando guajiritos. Mientras aquellas iban de noche a bailes de sociedad, mi madre estaba trabajando a luz de un quinqué preparando las clases del día siguiente. Durmiendo en un catre, en un cuartito en donde el frío de la sabana se colaba cada noche entre las tablas de la pared. Sin electricidad ni agua corriente. Me contó muchas veces del frío en los días de invierno en el medio del campo y como para bañarse subía y bajaba una loma cercana a la casa varias veces y sólo entonces, ya entrada en calor, podía desnudarse para enfrentarse al agua helada y al viento frío de la sabana colándose por las rendijas.

Cuando la transfirieron a otra escuela rural igualmente in-comunicada pero un poco más cerca del pueblo se las ingenió para comprar un caballo y ya no dormía en la escuela sino en la casa de su hermana a la salida de Placetas. Pero entonces tenía que llegar a un crucero en la carretera en donde le guardaban el caballo y de ahí seguir, a caballo, hacia la escuela. Al caballo le puso el nombre de Guaracabulla, en honor al barrio rural de Placetas del mismo nombre que se considera el centro geográfico de Cuba.

De nuevo, una joven de veinte y tantos años, en los años cincuenta en Cuba, a caballo a través de campo abierto, para llegar a su escuela cada día. ¿Cuántas veces le llovió encima? ¿Cuántas veces se llenó de fango cruzando los caminos en época de lluvia, cuando al caballo se le hundían las patas en los barrizales hasta las rodillas? No era fácil enseñar en un solo salón a niños y muchachos que iban desde los 5 años hasta los 15 o más. No era fácil tampoco convencer a los padres de que enviaran a sus hijos a la escuela, en lugar de tenerlos trabajando en el campo. Pero ella lo hacía de alguna manera.

Años después cuando yo era niño en Placetas algunos de aquellos guajiritos ya hechos hombres pasaban por el pueblo ocasionalmente para algo y si se encontraban a mi madre venían corriendo a saludarla. “¡Maestra!” decían y le hablaban con tanto respeto y tanta admiración que yo entonces no podía comprenderlo.

Para cuando yo nací en el 1958 finalmente mi madre tuvo que aceptar que con un bebé en la casa ya no podía seguir trabajando en aquellas escuelas de “campo adentro” y se transfirió a una escuela todavía rural pero más cercana al pueblo, en un sector llamado San Felipe. Para llegar a esa escuela mi madre tenía que llegar al poblado del central San José en la carretera que sale de Placetas para el pueblo de Zulueta, y luego seguir por un camino de tierra que llegaba hasta San Felipe. La distancia de San José a San Felipe no era muy larga y el hecho de que hubiera un camino de tierra quería decir que siempre pasaba alguien con un vehículo que podía llevar a “la maestra” hasta la escuela, aunque frecuentemente el vehículo era un tractor que sólo podía ofrecerle ir de pie en los “estribos” agarrándose de lo que pudiera para no caerse.

De la escuela de San Felipe yo sí me acuerdo porque fui allí muchas veces cuando era pequeño. Al principio la escuela de San Felipe era también de madera con techo de guano. Pero en los primeros años de la Revolución el gobierno construyó en San Felipe una escuela nueva, todavía pequeña, pero de mampostería. La escuela nueva tenía dos salones separados para clases y dos maestras: Una para los niños hasta tercer grado y otra para los niños de cuarto a sexto.

4 Mi padre

Esta es una de las fotos más viejas que tengo de mi padre. Está en pantalones cortos y sin camisa en una playa. Cuando yo empecé a conocerlo, mi padre era un hombre de más de treinta años y nada delgado. No era tampoco gordo, pero era un hombre fuerte y musculoso, y si no lo llamo corpulento es sólo porque no era un hombre alto. Pero en esta foto mi padre es un joven de no más de veinte años, flaco y bronceado por el sol. En la foto aparece recostado de una palma de coco, sonriente y tranquilo. Sé por los cuentos que me hizo que estaba en uno de los cayos cercanos a Caibarién, en la costa norte de nuestra provincia. No era Cayo Conuco, que estaba cerca, y al cual yo llegué a ir alguna que otra vez cuando niño. Creo que estaba en los Ensenachos, que estaban más alejados de la costa. En cuanto a la historia de cómo llegó hasta allí, mi padre me la había contado muchas veces a través de los años y con muy pocas variaciones.

Mi padre, Fernando Martín Torre Ruiz, trabajó desde muy pequeño. “Desde los once años”, me decía siempre, “trabajé en la ferretería”. Y es cierto que la ferretería era el negocio “de la familia”, pero eso no fue razón para que no tuviera que ganarse la paga. Comenzó barriendo la tienda, cuando la escoba era aún más alta que él, y arreglando el inventario en las estanterías. Luego progresó a descargar camiones de mercancía: cemento, cal viva, cabillas de acero, piezas de arado, tubos de hierro galvanizado, y herramientas que iban desde palas y guatacas hasta martillos y mandarrias. Así fue como desarrollo la fuerza física que a mí tanto me impresionaba cuando niño: descargando camiones en el portal de la ferretería “La Campana”. “Tú no sabes cuántos sacos de cemento me han pasado por el lomo”, me decía siempre, mientras me levantaba en peso con una sola mano cuando hacía mucho tiempo que yo ya no era un bebé.

Mi padre era un muchacho inteligente y siguió estudiando mientras trabajaba. Cuando terminó la escuela secundaria en Placetas lo admitieron en la Escuela de Comercio en la capital de la provincia, Santa Clara. Y ahí comenzó una rutina que para cualquier otro muchacho de su edad quizás habría resultado imposible: Mi padre trabajaba todo el día en la ferretería y estudiaba de noche, en el programa nocturno de la Escuela de Comercio. Cada tarde salía corriendo del trabajo para tomar el destartalado autobús que recorría en aquella época los 36 kilómetros que separan a Placetas de Santa Clara y llegar a tiempo a las clases que se extendían hasta tarde en la noche. Luego regresaba a Placetas en el mismo autobús, o en lo que consiguiera, y se acostaba pasada la medianoche para comenzar la misma rutina de nuevo al día siguiente. Así lo hizo exitosamente por cuatro años, y mantuvo excelentes calificaciones a pesar de todas las dificultades y sacrificios. Pero siempre me contaba que al final de su último año había una clase más difícil con un examen comprensivo para el cual no pudo prepararse bien. Por primera vez, fracasó en una clase. Sin embargo el profesor, que sabía la carga que él llevaba y el tipo de hombre que él era, le dio una segunda oportunidad: “Ven al final del verano”, le dijo, “y te voy a permitir que repitas el examen. Si lo pasas, estás aprobado en la clase”. Mi padre estaba tan atrás en aquella clase que era como empezar desde cero. Pero sabía lo que tenía que hacer, y pensaba que iba a necesitar un mes entero para prepararse bien. Habló con Tata entonces y le pidió la oportunidad de hacer por una vez lo que no había hecho nunca desde los once años: ausentarse del trabajo. Pero no le pidió un mes, sino dos.

El primer mes se fue solo a los cayos. De ahí la foto de ese muchacho de 20 años, flaco, fuerte y bronceado por el sol. Por un mes se dedicó a pescar, a nadar, a tumbar cocos de las palmas, y a hacer nada. Regresó a Placetas en julio, más flaco, más fuerte, curtido por el sol y el agua de mar, y así se puso a estudiar. Un mes entero estudiando. En la fecha acordada con el profesor regresó a Santa Clara, tomó el examen, y lo aprobó con “sobresaliente”. Así recibió su título de contador de la Escuela de Comercio. Siempre vivió muy orgulloso de aquello.

.

Mi padre fue un buen hombre. Era serio y recto. Me enseñó desde niño la importancia que tenía el cumplir con tu palabra. Cuando yo de pequeño le prometía hacer algo que era importante siempre me hacía darle mi “palabra de hombre” de que así iba a ser.

Era un hombre generoso. Aunque no era el mayor de sus hermanos fue siempre el apoyo principal de su familia. El que daba direcciones y consejos. El que se sacrificaba de mil formas diferentes por los demás. Y el que ayudaba, con frecuencia económicamente, a todos. De igual forma creo que era el mejor amigo que alguien pudiera tener. Muchas veces lo vi prescindir de cosas que él y mi madre necesitaban para ayudar a familiares o amigos. Eso se dice fácil. Pero él lo hizo una forma de vida. Creo que pocas personas lo apreciaron. Sé que a través de su vida muchas personas se aprovecharon de su generosidad, a veces descaradamente y con la mayor ingratitud. Pero yo muy pocas veces lo oí quejarse.

Era también un hombre optimista por naturaleza. Yo era muy perfeccionista cuando pequeño y me agobiaba fácilmente cuando algo no me salía exactamente como yo quería. No sé cuántas veces me puso la mano en el hombro para decirme, “No te preocupes, que eso no tiene importancia”. O cuántas veces cuando yo claramente había fracasado en algo me animaba diciendo, “Adelante, que eso no es puñalá pa’ gallo guapo”.

.

Creo que en el 1959 mi padre posiblemente pensaba que lo más duro de su vida ya había quedado atrás. El haber quedado huérfano a los siete años. El haber tenido que trabajar tan duro para estudiar y superarse. Los riesgos a los que se había expuesto apoyando a la Revolución. Sí, creo que aún él, que siempre fue muy cauto y comedido en cuanto a lo que esperaba de la vida, en ese momento tenía quizás grandes expectativas. Creo que también pensaba que todos los esfuerzos, todo el trabajo, todos los

riesgos, habían valido la pena. Era un hombre joven y saludable, felizmente casado, y comenzando una familia. El negocio familiar iba a progresar. El país se había liberado de la tiranía de la dictadura de Batista y de la opresión del semi-colonialismo norteamericano, y finalmente se erguía ante el mundo como la tierra buena y noble que era.

II. LA TRAICIÓN



En la puerta de mi casa

5 El cambio

Esta es una foto mía. En esta debo tener poco más de dos años. Todavía es en una edad de la que nada recuerdo. Por la ropa que llevo puesta tiene que haber sido tomada en los meses de invierno. Placetas podía estar en el centro de una isla tropical pero su localización en una meseta de cierta altitud y su cercanía a la masa continental de Norteamérica hacía que el corto invierno fuera bastante fresco. Estoy solo en la entrada de mi casa, con la mirada tonta y vaga de un niño de dos años al que le piden que mire al lente de una cámara.

Hay otra foto, tomada quizás el mismo día, en la que aparecen Lulu y Tata en el fondo. Tata se ve igual, pero ya no es el hombre de la primera foto. Ya en esta fecha el gobierno le ha quitado la ferretería. El negocio al que dedicó la mayor parte de su vida y que gradualmente estaba pasando a manos de mi padre ya no es de la familia. Forzado al retiro, Tata parece más frágil y más viejo que su verdadera edad en esta foto. Pero la que más me duele es Lulu. Quizás porque a Lulu, que nunca le ha hecho más que bien a nadie, ahora se le ve el dolor en la cara. La única hija de Tata y Lulu, estudiante de arquitectura en la universidad de La Habana, se ha ido para los Estados Unidos. Tata es pragmático. Sabe que eso es lo mejor para Lucita. Las cosas no pintan bien a corto plazo y quiere asegurar lo mejor para su hija. Otros padres están haciendo lo mismo, le dice a Lulu. Ya regresará cuando las cosas mejoren en Cuba. Pero Lulu quizás presiente otras cosas. Quizás presiente que esa hija única no regresará nunca. Que los olvidará gradualmente, hasta dejar por completo de escribirles. Que no la volverá a ver hasta casi treinta años más tarde, cuando ella esté ya al borde de su muerte. Que nunca conocerá a sus nietos. Que quizás las cosas no mejorarán nunca en Cuba. Es esa expresión de profunda tristeza y de una amargura reservada

pero casi infinita la que recuerdo en Lulu. Una tristeza que, sin eliminar su bondad y su dulzura, conviviría con ellas por el resto de su vida.

Mis padres no se retratan. Mi madre está embarazada y no se siente bien. Mi padre, que trabaja ahora en una oficina del gobierno como contable, no puede sonreír para una cámara.

La Revolución ya no es verde, sino roja. El presidente civil del gobierno provisional abandonó el país hace tiempo. Los hermanos Castro han consolidado su poder. Cualquier oposición, por pequeña que sea, es eliminada brutalmente. Ha habido centenares de fusilamientos. Decenas de miles (nadie sabe cuántos) de prisioneros políticos. Fidel habla sin parar, embobando a las masas con discursos de cinco horas, mientras Raúl Castro y el Che Guevara administran con fría eficacia los pelotones de fusilamiento.

La Revolución devora a sus propios hijos. Camilo Cienfuegos, comandante de la Revolución, desaparece misteriosamente. Se asume que el avión en que viajaba entre La Habana y Camagüey, en el centro de Cuba, se ha estrellado. Pero nunca se encontrarán los restos del supuesto accidente aéreo. Se dice que el avión cayó al mar. Pero nadie cuestiona –al menos públicamente– que para volar entre La Habana y Camagüey no hay que volar sobre el mar. O que aún si se volara algo sobre el mar, el mar al norte de Cuba, desde Varadero hasta el final de Camagüey, es un mar cristalino y muy poco profundo, poblado por las decenas de cayos del archipiélago de Sabana-Camagüey, en donde no habría sido difícil localizar al menos algunos restos de un avión estrellado. Húber Matos, otro comandante de la Revolución, es acusado de traición y enviado a la cárcel. Cumplirá estoicamente una condena de veinte años.

Ya no hay prensa independiente. Todos los medios de comunicación han sido eficazmente confiscados por el gobierno. Así que no hay nadie para cuestionar la misteriosa desaparición de Camilo, ni para defender la inocencia de Húber Matos. Ni para protestar por los juicios “populares”, ni las ejecuciones sumarias, ni las confiscaciones. La inteligencia del país, amordazada. Las masas, ciegas. Las turbas revolucionarias, igualmente ciegas,

pero hábilmente manipuladas. Para los opositores, o potenciales opositores, al régimen sólo parece haber tres condenas posibles: 10 años de cárcel, 20 años de cárcel, o la pena de muerte.

Miles de personas abandonan el país. En mi familia Lucita no ha sido la única. Mi tío Níco, a quien no conoceré hasta muchos años después, ya está en Miami. El hermano menor de mi abuelo, Daniel Torre, también se prepara para irse de Cuba con su familia.

Pero yo soy sólo un niño de dos años. No sé lo que está pasando. Y así quedo en la foto: con la mirada tonta y vaga de un niño pequeño al que alguien le pide que mire al lente de una cámara... y sonría.

Esta es una foto de mi madre con mi hermano menor casi recién nacido. La foto tiene fecha de junio de 1961. Mi hermano Eugenio había nacido el 10 de mayo. En la foto mi madre tiene a mi hermano cargado en sus brazos. Mi padre está a su lado, abrazándola con su brazo derecho mientras mira a mi hermano. Al lado de ellos están Tata y Lulu, y una pareja que estaban entre sus mejores amigos: Armando García, conocido como “Mayorito”, y su esposa María Pestana. La foto fue tomada en el “pasillo”, el patio interior al que se abrían muchas de las habitaciones de nuestra casa. Es por la tarde (lo sé porque ya hay sombra en todo el pasillo), una tarde tranquila de junio. Y sin embargo lo que la foto proyecta es un aire indescriptible de tensión y zozobra que parece opacar lo que debió haber sido solamente una ocasión de celebración y alegría.

.

Apenas dos meses antes, en abril de 1961, una invasión de exiliados cubanos por Playa Girón, en el sur de nuestra provincia, había sido rechazada con éxito por las fuerzas del nuevo régimen.

Lo que ocurrió en Girón es una de las mayores lecciones que podemos tener los cubanos ahora y siempre sobre la verdadera madera de la que están hechos los Estados Unidos. Los invasores, como muchos en Cuba, confiaron ciegamente en “los americanos”. Los americanos los ayudaron, los adiestraron, pero también como decían en Cuba, los “embarcaron”. Les dieron equipo, supongo que armas ligeras y unos cuantos barcos viejos en los cuales llegar a Cuba. También les prometieron apoyo. Sobre todo, apoyo aéreo. Los invasores creyeron en la infalibilidad

americana, promulgada una y mil veces por su propaganda: Los americanos lo hacían todo mejor. Los americanos se iban a encargar de esto o de aquello. Los americanos jamás iban a permitir un régimen comunista a 90 millas de sus costas. Cuba iba a ser liberada y todo iba a salir bien porque los americanos se iban a encargar de que así fuera.

Pero lo primero es que los americanos no eran infalibles. Los planes para la invasión trazados por aquella mano poderosa de los americanos lo demuestran: desde el lugar seleccionado para desembarcar, estratégicamente estúpido, hasta los pequeños ataques aéreos a los aeropuertos militares de Cuba días antes que sólo sirvieron para alertar a las fuerzas del régimen. Lo segundo y más importante es la diferencia profunda y fundamental en motivación y en objetivo: Los invasores cubanos iban a liberar a su Patria de un régimen que era ya claramente asesino y tiránico, y para ello estaban dispuestos al sacrificio máximo de ofender sus vidas, porque nada más que pudieran haber hecho antes, o que pudieran hacer luego en sus vidas, si no morían en el intento, iba a ser más importante que esto. Los asesores americanos en cambio estaban haciendo *un trabajo*, como empleados al fin del gobierno americano, y algún día, cuando se jubilaran y estuvieran cobrando una buena pensión pagada por ese mismo gobierno, iban a estar recordando aquello simplemente como otro “proyecto” en el cual participaron durante sus “carreras”. Para los cubanos nada era más importante que la liberación de Cuba. Para el presidente de turno en los Estados Unidos lo más importante era el impacto que algo así pudiera tener para él *personalmente* desde una perspectiva puramente *política*. No política internacional, propia de un estadista, de alguien que trata de hacer un mundo mejor, más humano o más justo, sino política electoral americana, propia de un político barato; política de la que sólo tiene que ver con las encuestas de popularidad y con la probabilidad de salir reelecto o no en las próximas elecciones. Quizás aún peor, tenga que ver simplemente con política corrupta, de quién va a pagar por qué y quiénes se van a beneficiar y cómo, aunque esto último quizás nunca lo sabremos del todo. Por eso fue que Kennedy nunca envió sus aviones. Por eso fue que se chorreó en los pantalones. Por eso

fue que dejó a dos mil cubanos en la arena de Playa Girón, sin apoyo aéreo, mientras el régimen era dueño de los cielos.

Los libros de historia se refieren a la invasión de la Bahía de Cochinos y documentan todos los detalles, aunque con ciertas variaciones dependiendo, como en todo, de la tendencia política de quien escribe la historia. No es necesario repetir aquí lo que todo el mundo sabe, o puede leer en algún otro sitio. Lo que yo no he visto escrito en ningún libro fue la historia de lo que pasó en lugares como Placetas en ese momento. Yo no lo recuerdo, pero escuché la historia muchas veces, y fue siempre la misma historia sin importar quien la estuviese contando. Gracias a todos los avisos que recibió el régimen sobre la inminente invasión, en Placetas los miembros de las nuevas milicias comunistas apresaron a cualquier persona que pudiera tener algún nivel de influencia en el pueblo y de quien se tenía la más mínima duda con respecto a su lealtad política. Fue una movilización masiva. Sacaron a la gente de sus casas y los encerraron en los edificios más grandes del pueblo —ninguna cárcel hubiese sido suficientemente grande—. Así por ejemplo llenaron los dos cines del pueblo de hombres y mujeres “sospechosos” y los mantuvieron allí encerrados, con guardias armados y listos a disparar, por todos los días que fueron necesarios. Allí estuvieron hasta que pasó la alarma y era ya claro que la invasión había sido derrotada, que los americanos no iban a venir en ayuda de nadie, y que el régimen estaba más seguro que nunca.

Muchos amigos de mis padres cayeron en este encierro. Pero mis padres no. Mi tío Pepe era ya miembro del Partido. Y creo que mi tío Carlos todavía vestía de oficial del ejército. Era aún una época confusa, donde entre los fanáticos del nuevo régimen y sus turbas adoctrinadas en la nueva ideología comunista y los opositores abiertos al gobierno había todavía un espacio en el que se podía vivir, sin ser “revolucionario” fanático, pero tampoco abiertamente “contrarrevolucionario”. Luego ya esto no sería posible. Aquel espacio intermedio se fue achicando hasta desaparecer por completo, quedando sólo dos opciones: si no estabas con la dictadura a viva voz, estabas en su contra. Aunque no hicieras nada. Aunque no dijeras nada.

Mayorito, el amigo que está en la foto, fue uno de los que cayó preso en Placetas durante los días de Playa Girón. Los llevaron a todos como ganado a uno de los cines y allí estuvieron no sé por cuántos días. Mi madre iba a dar a luz a principios de mayo y se sabía que iba a ser por cesárea. Mayorito era el único entre los familiares y amigos cercanos que tenía el mismo tipo de sangre que mi madre y una de sus preocupaciones mientras estaba preso era que no iba a estar presente para donarle sangre si era necesario durante el nacimiento de mi hermano.

7 Octubre 1962

Esta es una foto de algunos miembros de mi familia en el comedor de la casa. No sé quién tomó la foto. Estamos en octubre del 1962. Yo no estoy en la foto: tengo cuatro años y hace rato que me mandaron a la cama. Mi hermano Eugenio tiene poco más de un año y también está durmiendo. En la foto mi madre está de pie junto a la mesa del comedor. Sentados en la mesa están mi padre, mi tío Domingo, y un sobrino de mi madre. Como ya dije, no sé quién tomó la foto. Tampoco sé el porqué se retrataron. Las expresiones de cada uno de ellos son de una seriedad extrema.

Yo no recuerdo Playa Girón. Pero sí me quedan recuerdos de octubre de 1962. Recuerdo la movilización del ejército y las milicias. Recuerdo las filas de tanquetas pasando por la Carretera Central frente a mi casa. Y los camiones militares llenos de soldados. Todo en verde olivo: Los camiones, las tanquetas, los hombres. Recuerdo las consignas: “Cuba sí, yanquis no”. Y mi abuela Herminina pegada de su pequeño radio escuchando las transmisiones de la Voz de América, mientras repetía palabras de preocupación en un murmullo.

Al final todo volvió a la tensa normalidad anterior. No recuerdo cómo. Una vez más el régimen se había fortalecido. Una vez más se recrudeció la represión. Por el resto del tiempo que iba a vivir en Cuba nadie habló mucho de la Crisis de Octubre. Al menos no con los muchachos como yo.

De Playa Girón sí se hablaba. Playa Girón se convirtió en un componente perenne y obligado de la propaganda del régimen. Recuerdo los afiches: “Girón, primera derrota del imperialismo en América”. Girón fue amplificado e idealizado. Girón no era la historia de cómo un ejército nacional de decenas de miles hombres, al que la Unión Soviética ya había comenzado a abas-

tecer, derrotó a dos mil hombres abandonados a su suerte en una playa, sino que fue convertido en una victoria mítica en la cual la pequeña Cuba se había enfrentado valientemente al poderoso gigante norteamericano y lo había derrotado.

Pero de la Crisis de Octubre no se hablaba. No había afiches. Ni consignas. Ni propaganda. Lo único que enseñarían en la escuela en algún momento era que la Crisis de Octubre había sido causada por el Imperialismo Yanqui que movilizó a todas sus fuerzas, bloqueando a Cuba y preparándose para invadirnos. Pero, nos decían entonces, la Unión Soviética había apoyado a Cuba y no había permitido que los americanos nos amedrentaran. Implícito en esa historia estaba que los americanos al comprender el compromiso de la Unión Soviética de defender a Cuba se habían acobardado y se habían retirado.

Sólo años después, ya fuera de Cuba, supe la verdadera historia: Que “nuestros amigos soviéticos” se habían dedicado a instalar bases con misiles nucleares a todo lo largo y ancho de mi país. Que una de ellas estaba en un campo de Zulueta, un pueblo al lado del mío. Y que esta vez los americanos sí estuvieron a punto de invadir a Cuba, porque no era lo mismo ver a Cuba hundirse en el despotismo y la miseria, aunque estuviera a 90 millas de Cayo Hueso, que sentir una amenaza nuclear tan cercana a su propio territorio.

Por eso es que yo recuerdo las filas de vehículos militares pasando por la Carretera Central frente a mi casa. Era la movilización para “defender la Patria de la agresión imperiaista”. Sólo que el régimen ahora estaba mucho mejor armado que cuando Girón y hacía un despliegue continuo de sus nuevos armamentos. Como cuando Girón volvieron los encierros masivos de gente que no había hecho nada. Pero esta vez fueron un paso más allá: Le pusieron dinamita a todo —a los puentes en las carreteras; a los edificios principales; a las fábricas—. “Si los americanos nos invaden, sólo encontrarán ruinas”.

No habría sido necesario. Mucho tiempo después se supo que si los americanos hubieran intentado la invasión, los rusos, que ya estaban en Cuba hacía rato pero no con la fuerza militar necesaria para repeler una invasión americana con armas “con-

vencionales”, los hubieran recibido con armas nucleares “tácticas” que habían introducido en Cuba por docenas. Los americanos habrían respondido con sus propias armas nucleares y Cuba habría sido destruida en un holocausto atómico. Cuba, con toda su gente, su cultura, su historia, su música, su riqueza cultural, sus bellezas naturales. Mi familia. Mis padres. Mi pueblo... Pulverizado todo. Ceniza radioactiva, sin historia ni recuerdos. Todo lo había puesto en la balanza la nueva dictadura en sus ansias de poder.

.

Tomadas en su conjunto las acciones del nuevo régimen constituían la más vil de las traiciones. Para llegar al poder absoluto el ya autoproclamado “Máximo Líder” y su banda de esbirros que ahora controlaban el país habían traicionado a sus propios compañeros de lucha, asesinando vilmente a muchos de ellos, hombres nobles y rectos que habían arriesgado todo por el bien de la Patria. Habían traicionado el recuerdo de todos aquellos que habían hecho el sacrificio máximo de dar la vida por aquella causa, durante años de lucha en la sierra o en la clandestinidad urbana. Habían traicionado miserablemente la confianza depositada en ellos por todo un pueblo; un pueblo noble y bueno, que merecía ver realizadas las promesas iniciales de la Revolución Cubana, porque había luchado por ellas con dignidad y con sacrificio. Un pueblo que al final veía sus ansias de libertad frustradas nuevamente, pero esta vez no por la intervención de potencias extranjeras, sino por la traición de un puñado de sus propios hijos, lo cual la hacía la más vergonzosa y despreciable de las traiciones. Y era tal la sed de poder de ese grupo de traidores que para mantener su despotismo habían estado dispuestos a permitir que toda Cuba se convirtiera en base militar de un imperio extranjero y que ese imperio instalara armas nucleares en nuestro suelo. Al hacerlo no sólo sellaron la pérdida de nuestra libertad, vendida por falsas monedas a los soviéticos, sino que pusieron en riesgo la existencia misma de nuestro pueblo.

8 Decisiones

Esta es una foto del largo patio interior de mi casa de Cuba, el “pasillo” típico de las casas antiguas de Placetas, como la nuestra, construida en el siglo XIX. El pasillo era un espacio abierto que corría a lo largo de la casa, después de la sala formal y la más informal “saleta” y los primeros dos dormitorios. Al aire fresco del pasillo se abrían, en ese orden, el cuarto que compartía con mi hermano, el cuarto de mis padres, el baño, el comedor, y al final, la cocina. En el área posterior del pasillo, la que bordeaba con el comedor, había un cantero lleno de plantas y flores mantenido por mi abuela materna. Pero la parte que bordeaba los cuartos era simplemente un patio de cemento pulido, abierto al cielo, pero con mucha sombra provista por el alero de la casa, sobre todo por las tardes. El pasillo fue, en mis años de niño, el área principal de juego. Por allí pasaron mis soldaditos de plástico, en batallas interminables en las que siempre ganaban los buenos; por allí corrimos mi hermano y yo, vestidos de vikingos con espadas y lanzas de palo; allí nos bañamos, año tras año, en los aguaceros del verano, cuando el agua bajaba en un grueso chorro por la canal al borde del tejado, tibia de rodar por las tejas calientes. Y allí en el medio del entrañable pasillo, aparezco yo en esta foto, vestido de pelotero. El “pelotiero” número cuatro. Así me llamaba a mí mismo. Tengo cuatro años. Aparentemente ya era fanático del béisbol. Tengo la mirada fija en la cámara, mientras con una mano agarro una pelota y con la otra un palo que debía servir de bate improvisado.

Han pasado más de cuatro años del triunfo de la Revolución. Ha pasado la fallida invasión de Playa Girón y, hace muy poco, la Crisis de Octubre. El régimen continúa consolidándose. Se han acelerado la represión y los encarcelamientos.

Ya mi familia no es inmune a esto: Un hermano de mi padre, mi tío Jorge, está preso en Isla de Pinos. Una hermana de mi madre, mi tía Eira, está presa también. A mi tía la han condenado a varios años de cárcel, por ayudar a esconder a un joven opuesto al régimen. A su esposo, 10 años, por el mismo delito. A mi tío Jorge, no se sabe. Mi tío Jorge tiene dos hijos que son muy cercanos a mí en edad, uno un poco mayor y otro un poco menor. Pero al menos la esposa de mi tío Jorge no está presa. Mi tía Eira tiene tres hijos, mucho mayores que yo. La mayor está casada. Los otros dos, más jóvenes, se quedan solos.

Todavía hay personas que abandonan el país, pero ya no es fácil hacerlo. El régimen aprendió muchas cosas de la invasión de Playa Girón: Si muchos cubanos salen de golpe, y entre ellos muchos hombres jóvenes, esos mismos hombres regresarán poco después con armas en las manos. Para asegurar que esto no vuelva a ocurrir, ahora controlan cuidadosamente las salidas: Suficientes personas podrán abandonar el país para mantener un efecto de “válvula de escape”, pero no suficientes en número para montar rápidamente una oposición armada desde afuera. Y lo más importante, el toque genial de la dictadura: No podrán salir los varones en las edades de quince a veintisiete años. La realidad es que no se puede hacer un ejército con niños y con padres de familia. Y Fidel y sus esbirros lo sabían.

.

Así comenzó la segunda y larga fase del éxodo. Ya no era cuestión de tomar un avión hacia Miami, con pretensiones de regresar. De ahora en adelante había que solicitar el permiso de salida y esperar por años a que el gobierno te lo concediera. Cuántos años nadie sabe. Puede ser rápido –dos a tres años–. O puede ser lento –cuatro o cinco–. O puede ser *nunca*. Y todos esos años quedabas marcado como “gusano”, como contrarrevolucionario, como apátrida. Pero no te rebelabas, porque si eras un hombre con hijos pequeños lo único que querías era sacarlos de allí.

Lo otro que cambió es que ahora sabías que cuando finalmente te fueras, cuando te llegara el esperado “telegrama” auto-

rizando tu salida, te ibas sin nada. No es sólo que no se pudiera sacar dinero, aunque ya el dinero cubano no valía nada fuera de Cuba. Es que todo lo tuyo, tu casa, tu auto, tu ropa, tus muebles, tus libros, tus diplomas, y hasta tus más pequeños recuerdos de familia, se quedarán atrás. No transferidos a otros miembros de tu familia, sino desde ese momento propiedad del gobierno, que el régimen repartirá, como verdaderos despojos de guerra, entre sus fieles.

Y aun así la gente se iba.

Casa por casa comenzaron a aparecer los espacios vacíos. Lenta pero inexorablemente mi pueblo, Placetas, había empezado a cambiar. Los que se iban ahora eran mayormente profesionales y pequeños comerciantes. Los “pequeños burgueses”, en el nuevo léxico del gobierno. Los “gusanos”, para las turbas.

Los carros que quedaban atrás eran pintados todos del mismo color azul claro y entregados a los miembros de la nueva élite —los oficiales del Partido Comunista y del gobierno—. Las casas de los que se iban se vaciaban por unas semanas y poco después eran ocupadas por familias “revolucionarias”. Mi abuela materna, Herminina, murmuraba bajito —y otros asentían con la mirada— que cada vez se iba más gente buena y cada vez llegaban al barrio más sinvergüenzas.

Y sin embargo, en algún momento en esos días en que yo vestía de “pelotiero número cuatro”, y mi hermano menor no tenía aún ni dos años, mis padres miraron a la familia a su alrededor, y decidieron que no se podían ir de Cuba. Que no se podían ir y dejar a un hermano y a una hermana en la cárcel, ni a sus sobrinos abandonados a su suerte. Y así fue que nos quedamos.

Nos quedamos, eso sí, en un limbo político. No éramos claramente “revolucionarios”, ni éramos abiertamente “gusanos”. Mi padre tenía un hermano que era preso político y otro, su hermano mayor, mi tío Pepe, que era miembro del Partido Comunista. Mi madre tenía una hermana que era presa política y un primo hermano que era miembro del Partido. En un tipo de censura autoimpuesta, en mi casa, políticamente, no se hablaba mal de nadie ni de nada. Excepto por mi abuela Herminina, que insistía

en escuchar los programas de radio de la Voz de América todas las noches y en criticar en voz baja al gobierno cada vez que tenía una pequeña oportunidad y pensaba que nadie la escuchaba.

III.

LOS AÑOS DE LA INFANCIA

Fotos de la vida entre dos tiempos



Con mi madre y mi hermano en el pasillo de la casa de Lulu

9 Oasis

Esta es otra foto tomada en casa: Aquí aparezco con mi hermano en la puerta del comedor, ambos vestidos de domingo. Mi hermano tiene la cara del niño travieso que planifica cuál será su próxima trastada. Así era desde muy pequeño. Y yo, con mi cara seria y pausada, mi cara de pensador profundo, siempre buscando entender, dentro de mi reducido universo, la razón de las cosas. Y siempre con nuevas preguntas en la mente. Para entonces ya había aprendido a leer y me sentaba por largas horas en el piso de la saleta, leyendo los gruesos tomos de El Tesoro de la Juventud que se almacenaban en el librero de la casa.

El comedor de mi casa no era muy grande. Tampoco tenía muchos muebles: una nevera blanca y una mesa, también blanca, con seis sillas. Sobre la pared sur había un relieve en bronce de la última cena. Había también un aparador, no muy grande, para guardar los platos y una vitrina para los cristales. Y en una esquina, un pequeño escritorio de madera, con su silla.

El comedor era el lugar en donde desde pequeño mi padre me sentaba para tener conversaciones “de hombre a hombre”, típicamente causadas por algo que yo había hecho, o por algo que había dejado de hacer. Mi padre no me castigaba casi nunca, sólo hablaba conmigo en aquellas conversaciones largas y serias, que siempre terminaban con una promesa mía de hacer lo correcto, sellada con mi “palabra de hombre”.

El comedor era también el lugar donde mi padre tenía ocasionalmente conversaciones igualmente serias con alguno de sus amigos más cercanos, frecuentemente complementadas por una botella de ron Bacardí y que parecían terminar sólo cuando se llegaba al fondo de la botella.

Pero, sobre todo, el comedor era el lugar de los proyectos familiares. En la mesa del comedor armamos todos —mi padre,

mi madre, mi hermano y yo— cinco modelos plásticos de aviones que mis padres pudieron comprar en algún momento en que milagrosamente aparecieron para la venta en una de las tiendas del pueblo. Y en la mesa del comedor nos reunimos muchas veces para hacer papalotes, usando güines y cordel para el esqueleto, y forrándolos con papel de seda al que luego le pegábamos todo tipo de decoraciones con papeles de colores.

Saliendo del comedor hacia el pasillo exterior y pegada a la pared de la casa había una palangana grande en la que se recogía el agua de lluvia (mi abuela decía que era la mejor para lavar la ropa). Era ancha y llana, quizás no más de un pie de alto. Mi hermano se caería en ella varias veces, cuando huyendo después de alguna travesura salía corriendo de la casa por aquella puerta del comedor y por alguna razón que yo nunca entendía, doblaba siempre hacia la derecha, tropezaba con el borde de la palangana y se caía en ella, sólo para ser “pescado” (literalmente) por su perseguidor (usualmente mi abuela).

.

Muchos años después, cuando yo era ya un hombre, comprendí el esfuerzo extraordinario que hicieron mis padres mientras mi hermano y yo éramos aún pequeños para que tuviéramos una niñez normal y feliz en un país convulsionado por la opresión, el odio y la violencia. Por unos pocos años a mediados de los sesenta aquella casa, nuestra casa, fue una especie de oasis, casi un pequeño paraíso. Atravesar el umbral de nuestra casa era llegar a un lugar donde no había afiches, ni consignas, ni retratos de Fidel, ni de Marx y Lenin. Era llegar a un lugar donde nadie —ni aún los parientes comunistas cuando nos visitaban— hablaba de política. Era llegar a un lugar donde el radio tenía música o juegos de pelota, pero nunca discursos políticos. Un lugar donde lo único que se esperaba de mi hermano y de mí era que nos esforzáramos para algún día ser hombres de bien; que fuéramos trabajadores, educados, considerados, y agradecidos; que nos esforzáramos siempre por hacer lo mejor; y que aprendiéramos a ser responsables por nuestros actos.

10

El parque

En esta foto estoy en el parque de Placetas. Tengo cinco o seis años y una bicicleta nueva. Mi primera bicicleta. Debe haber sido poco después del Día de Reyes. Mi hermano sonríe detrás de mí, sentado en el pequeño “sillín” sobre la rueda trasera. La bicicleta es de color verde y como soy pequeño aún tiene las dos rueditas pequeñas en la parte de atrás para ayudarme a mantener el balance.

Es quizás la primera foto que tengo en el parque de Placetas, a pesar de que el parque estaba a sólo media cuadra de mi casa. Tengo otras fotos tomadas en el parque después, según iba creciendo, pero creo que esta es la primera.

El parque de Placetas era abierto y acogedor. Ya para la época de esta foto habían cortado los frondosos laureles por los que era conocido el pueblo y habían remodelado el parque de acuerdo al gusto arquitectónico de principios de los años sesenta, incluyendo unos bancos con tope de cemento y base de ladrillo, sin espaldar, fijos e incómodos. La remodelación había incluido también la construcción de una glorieta muy moderna, rodeada por una fuente, de tal manera que casi parecía que flotaba sobre el agua —excepto que lo del agua no duró mucho, pues la bomba instalada para alimentar la fuente se rompió muy pronto, y la fuente quedó completamente seca, que es como yo la recuerdo, a no ser por un poco de agua que se acumulara en ella como resultado de los fuertes aguaceros en los meses de lluvia—.

Seca o no, la fuente y la glorieta fueron por años un lugar favorito de juego para mi hermano y para mí. La glorieta era también el lugar donde la banda municipal de Placetas, dirigida por el maestro Escamilla, calvo, bajito y delgado, daba sus retretas de vez en cuando los domingos.

Frente al parque, por el lado oeste, estaban el Hotel Liceo, la sociedad del mismo nombre y en la esquina noroeste, la iglesia. Por el lado norte, estaban el Teatro Pujol y un edificio que había hecho de alcaldía y de cuartel de la policía, pero que en la época que yo recuerdo no parecía tener un uso muy preciso. En la esquina nordeste estaba lo que había sido la sociedad de la Colonia Española, de la que un tío abuelo de mi padre, Indalecio Ruiz, había sido en su tiempo un miembro prominente. Ese edificio de la Colonia Española en el tiempo que yo recuerdo ya estaba convertido en el “Palacio de los Pioneros”. Por el lado este del parque estaba la sede del Partido Comunista. Y en la esquina sureste unas casas que habían sido hasta la Revolución propiedad de la familia de mi padre. En el lado sur el parque colindaba con la Carretera Central y la acera opuesta estaba toda ocupada por tiendas, bares y otros locales comerciales.

El parque era el punto obligado de reunión para mucha gente del pueblo, sobre todo los fines de semana. El domingo por la noche el parque se llenaba de gente joven que hablaban sentados en los bancos de cemento o caminaban en círculos alrededor de la glorieta.

Caminando alrededor del parque de Placetas, se habían conocido mis padres a principios de los años cincuenta.

11 Carnaval

Esta es otra foto tomada también en el parque de Placetas, en algún momento indefinido del tiempo a principios de los años sesenta (no tiene fecha). Es de noche. Noche de carnaval. A pesar de las carestías económicas y la represión política, aún teníamos carnavales. Alguien de la familia debe haberme retratado en la acera norte del parque, casi frente al Teatro Pujol, mirando las dos o tres carrozas que se congregaban allí para salir en el desfile de carnaval alrededor del parque. Los temas de las carrozas son necesariamente revolucionarios, pero hay músicos en ellas y alegres muchachas bailando sobre las tarimas. La música rebota por todo el centro del pueblo cuando salen las carrozas. Hay también una o dos comparsas. La música de las comparsas es aún mejor. La inigualable música afrocubana.

Por semanas había oído las comparsas practicar detrás de mi casa, en el patio del Liceo. En los últimos días justo antes del carnaval mi madre me dejaba ir a verlos en su práctica. Estaban en la misma manzana de mi casa. Sólo tenía que salir por la puerta de la calle y doblar la esquina. Y allí, en el patio del Liceo que me parecía tan grande por ser yo tan pequeño, estaba el más impresionante y auténtico despliegue de cultura afrocubana que recuerdo. El patio del Liceo tenía en el medio una cancha de voleibol y baloncesto, con unas gradas de cemento en su lado norte. Los percusionistas, casi todos con tumbadoras, se acomodaban en las gradas, mientras la comparsa ensayaba en el medio. Yo me paraba en una esquina a mirar aquella alfombra humana que se movía con los tambores, ondulante y rítmica, hombres y mujeres bailando en una sincronía perfecta, como si fueran todos partes de un solo cuerpo negro, brillante y sudoroso, pero inmensamente bello. Así practicaban todas las noches, aunque me parece claro que, en realidad, no necesitaban tantos ensayos. No, aquello

no era un esfuerzo impuesto como preparación necesaria para el carnaval. Aquello lo hacían por puro disfrute. Y el resultado era como tener un carnaval pequeño cada noche; sólo que era un carnaval más real, más genuino, y mucho más íntimo.

Comprendo ahora cuán especiales eran aquellos “ensayos”. Es cierto que en la noche del carnaval “oficial” la comparsa podría bailar por las calles principales de Placetas, bajo un despliegue de fuegos artificiales y a la vista de todo el pueblo. Pero con los fuegos artificiales estarían también los grandes cartelones de propaganda comunista. Y esa noche habría que mezclar los cantos tradicionales de las comparsas con las consignas políticas. En los ensayos no. Los ensayos no estaban sujetos a censura, ni a los ojos vigilantes de los funcionarios del Partido Comunista, que estarían presidiendo el desfile durante la noche “oficial” del carnaval. En los confines limitados del patio del Liceo aún se podía dar un pequeño carnaval cada noche, sin nada de aquello. Sólo las tumbadoras y las trompetas, y las mujeres bailando como diosas, y los hombres “en trance” con el ron, el humo del tabaco y el toque del tambor. Algunas noches, después de una o dos horas de ensayar la comparsa grande, aquello se rompía en grupos más pequeños donde los hombres se alternaban en las tumbadoras mientras otros les hacían coro. No había casi blancos entre los que bailaban, pero sí entre los músicos. Recuerdo a uno colorado con cara de gallego que tocaba la tumbadora como ninguno, mientras mordía entre los dientes una medalla de oro de la virgen que llevaba en una cadena al cuello. No tenía camisa, sólo una camiseta blanca. Sus manos deben haber sido duras como piedras porque tocaba toda la noche y paraba sólo ocasionalmente por unos segundos para tomar un trago de ron de la botella que le pasaban, mientras una mujer que estaba con él le enjugaba el sudor que le corría a chorros por el pecho y por la cara.

Eso era lo que quedaba del verdadero carnaval. Y me alegro de haber llegado a verlo, aunque fuera en pequeño y sólo tras las paredes del patio del Liceo.

.

Después del carnaval me pasaría horas buscando por el patio y en los tejados a los que podía subirme los güines de los “voladores” más grandes que se usaban en los fuegos artificiales y que siempre caían en las tres o cuatro manzanas alrededor del parque, incluyendo la de mi casa. Aquellos güines eran los mejores para hacer los papalotes que luego ensamblaría en el comedor de la casa ayudado por mis padres. Para mí esa era una de las ventajas de vivir en el centro del pueblo: No había que salir a buscar güines en el campo, sino que una vez al año literalmente nos caían del cielo.

12

Tío Porfirio

Mi madre no había nacido en Placetas, propiamente dicho, sino en Fomento, un pueblo más pequeño, más o menos al sur de Placetas. Mi abuelo materno, Domingo Balmaseda Rubio, sí había nacido en Placetas. Provenía de una familia grande, con muchas hermanas, pero él era el único varón. Las hermanas se quedaron todas en Placetas, pero él, por alguna razón que ya nadie recuerda, terminó en la región de Fomento, en donde eventualmente conoció a quien sería su esposa, mi abuela materna, Herminina Marín Galbán.

La familia de mi abuela era también una familia bastante grande, aunque de siete hermanos y hermanas sólo cinco llegaron a la edad de adultos: Mis tíos abuelos Porfirio, Mariano y José María, mi tía abuela Celia y mi abuela.

Yo no recuerdo mucho de Fomento, porque en realidad no íbamos con tanta frecuencia. Pero sí recuerdo la casa de tío José María, la casa de tía Celia, y de forma más vaga, la casa al lado del correo en donde vivía tío Porfirio. También recuerdo las historias interminables de mi abuela Herminina sobre su pueblo, siempre con los mismos personajes: El padre Sandoval, Tatín el de la dulcería, Lolo Marín, el que hacía las raspaduras...

La única foto que tengo de Fomento está tomada en el patio de la casa de tío José María. Estoy con mi hermano y mi madre. Asumo que mi padre tomó la foto. Asumo también que el tío José María estaba allí, pero era ya un hombre mayor, con un carácter fuerte y muy resabioso, y no le gustaba retratarse. José María era un hombre de campo, fuerte, de baja estatura, un poco tosco y sin mucha educación, pero un hombre fundamentalmente bueno. Mariano y Porfirio eran completamente diferentes a José María: Ambos eran joviales y amistosos y ambos eran también personas con más educación. El tío Mariano, que por años había

vivido en Santa Clara, la capital de la provincia, y no en Fomento, era boticario práctico. Su esposa se llamaba Asunción, pero le decían Suncia, y habían tenido muchos hijos. El tío Porfirio era el más pintoresco de todos: Había sido por años el director del pequeño correo de Fomento y el telegrafista del pueblo. Era un hombre muy cívico, serio y trabajador, pero también muy enamorado y aún en aquella época más conservadora en que le tocó vivir había estado casado y divorciado varias veces, aunque nunca tuvo hijos. Yo cuando era niño desconocía lo de los casamientos y los divorcios. Pero sí sabía que el tío Porfirio era alguien muy especial: Un auténtico caballero cubano, que venía regularmente a Placetas a visitar a su sobrina –mi madre– y a su hermana –mi abuela– siempre preocupado de que estuvieran bien. Siempre vestía muy bien. Y siempre que me veía me daba una peseta “para dulces”.

Mi tío Porfirio fue la primera persona que me llevó a un juego de pelota, en el estadio de Placetas. Fuimos él y yo solos. Aquí estamos en la foto que nos tomó mi madre cuando salíamos de la casa. Él, como siempre, con su guayabera blanca de hilo, impecablemente planchada, y sus zapatos de dos tonos, impecablemente limpios. Yo, vestido por mi madre de domingo, ya mayor que en las fotos anteriores, pero no por mucho.

“¿Cuáles son *los buenos*, tío?”, le pregunté al principio del partido, queriendo decir en mi lenguaje de niño, “¿a qué equipo le vamos?”. Y él me respondió, sin entenderme, pero muy sabiamente, “Hay jugadores buenos en ambos equipos. Presta atención al juego y tú mismo te irás dando cuenta de cuáles son *los buenos*”.

Aquel día él se tomó el tiempo para explicarme el juego casi jugada por jugada, incluyendo las destrezas y los errores de cada uno de los jugadores, para que yo viera por mí mismo cuáles eran *los buenos*. Y yo aprendí una lección muy especial: Que el mundo no era todo en blanco y negro y que, en cada equipo, independientemente de que el equipo nos simpatizara o no, podía haber jugadores buenos.

13

Máximo

En esta foto estoy de nuevo con mi hermano, pero esta vez en el campo. Debo haber tenido ya 7 años. Mi tío, el hermano de mi madre, todavía estaba en la finca, en el poblado de Máximo, a las afueras de Placetas y allí íbamos a parar casi todos los domingos. Íbamos en el Oldsmobile de mi padre, que todavía se mantenía en funcionamiento, gracias a la creatividad de sus amigos mecánicos.

Mi hermano y yo somos los dos guajiritos al frente de la foto, con los sombreros de guano. Al fondo, unos tres metros más atrás, está mi tío, Domingo Balmaseda Marín, montado a caballo, erguido y sonriente, bronceado por el sol, con el machete del guajiro cubano en su vaina de cuero, colgada de su cinturón.

Yo en aquella época pensaba que era “del pueblo”. Pero para la gente de La Habana, éramos todos “del campo”. Y mirando esta foto, está claro que lo éramos: Esta es la foto de un guajirito cubano, en el campo, con los suyos. Y ese campo, esa finca de mi tío, y todo el tiempo que pasé en ella, fue una parte importante de mi formación como persona.

La finca en realidad no era de mi tío, sino del padre de su esposa, mi tía Ofelia. Pero el padre de tía Ofelia, Julio Leiva, ya estaba bastante mayor, y mi tío Domingo había sido por años quien corría la finca. Aunque, si vamos a ser precisos, en realidad la finca no era ya tampoco de Julio Leiva: Ahora era —como era todo en Cuba ya en ese momento— del Estado. Pero como era una finca pequeña, la familia seguía viviendo allí, aunque todo estuviera bajo el control estatal, y todo lo que se produjera tuviera que ser entregado, a precios fijos, al gobierno.

En aquel tiempo la finca era todavía un modelo de productividad y autosuficiencia. Había un terreno grande que casi siempre se sembraba de caña para la zafra. Pero tenía también

un guayabal. Y entre la caña y el guayabal, tenía una arboleda bastante grande, con árboles frutales y algo de café. Se sembraban también puntas de malanga y, a veces, arroz. Había un área de pasto, para las diez o doce vacas. El palmiche de las palmas reales a lo largo del río se almacenaba en un cuadrado grande, hecho con tablas de palma, para alimentar a los puercos. Y las gallinas parecían andar a su antojo entre la vaquería, el guayabal y el patio de la casa principal.

Ya para entonces el gobierno lo recogía casi todo: La leche de las vacas, la caña, las guayabas. Pero no había llegado aún a la eficacia estúpida y destructiva que alcanzaría más adelante. Claro que las vacas ya eran sagradas: Matar una vaca sin autorización conllevaba ya una condena automática de cinco años de cárcel. Sin embargo, nadie intentaba aún llevar un inventario preciso de los puercos y mucho menos de las gallinas. Supongo que nadie podía tampoco calcular la cantidad exacta de guayabas que producía el guayabal o lo que podía producir una punta de malanga. Así es que aquella finca se convirtió rápidamente en una importante fuente de comida para mi familia.

Tuvimos mucha suerte. Para las personas que vivían en el casco urbano de Placetas, sin familiares cercanos en el campo, y dependientes de lo que proveía la “libreta” de racionamiento establecida por el gobierno, la escasez de alimentos ya comenzaba a arreciar.

Luego, años más tarde, la brutalidad del gobierno terminaría con todo, en una especie de repetición tropical de las múltiples “colectivizaciones” de la agricultura ensayadas antes por otras dictaduras comunistas, igualmente brutales e ineptas, en otros lugares del mundo. Vendrían entonces las historias de funcionarios del Partido sacados de las ciudades dirigiendo a gente, también sacada de las ciudades, en la siembra de mal planificadas cosechas que nunca se darían, porque se sembraba en el terreno incorrecto, o en la época equivocada, o porque sencillamente o no sabían lo que hacían o no les importaba. Pero eso sí, se cumpliría con las metas. Aunque cumpliendo con las metas se llevaría la agricultura cubana al desastre y el país entero al hambre.

Pero esto era aún en la primera mitad de los sesenta. Y aún me quedaban unos pocos años de pasar domingos en aquella finca. De correr por la arboleda; de caminar detrás de los bueyes y del arado, recogiendo pequeñas piedritas de colores; de ir a pescar al río; de ver el café secándose al sol; de jugar sobre las montañas de palmiche.

Muchos años después, un campesino norteamericano me diría de los que crecen en el campo que “se puede sacar al muchacho del campo, pero no al campo del muchacho”. Eso es así. Yo llevo el campo cubano adentro. Lo llevaré siempre, mientras viva. Y cada vez que siembro algo, en mi mente y en mi corazón, lo estoy sembrando en mi tierra, en la finca de Máximo.

14

La escuela

Esta es una foto especial. Me la tomó en la escuela un fotógrafo profesional. Es una foto sencilla, en blanco y negro: Un niño de siete años (yo) sentado en un pupitre escribiendo. No es una foto muy fiel a la realidad: El salón de clases era un poco oscuro y para que la foto saliera bien se tomaron el trabajo de arrastrar un pupitre y una silla fuera del salón, hasta el medio del patio de la escuela y allí, a plena luz del sol, me tomaron la foto. Como la foto se enfoca en mí quizás no se nota tanto, pero es obvio que no fue tomada dentro de un salón de clases. Lo que la hace especial es que el fotógrafo fue traído por mi maestra de segundo grado para que me retratara sólo a mí. Mi maestra, Celestina Arniella Marcos (“Tinita”), me dijo tranquilamente que yo era su mejor estudiante y que quería tener un recuerdo mío antes de que terminara el curso escolar. Sólo hubo dos copias de esa foto: una para Tinita y otra para mí. No sé si es algo que ella hacía cada año con su mejor estudiante. Pero nadie lo había hecho nunca conmigo y hasta el día de hoy lo recuerdo como una muestra muy especial de cariño.

Yo recuerdo mucho del segundo grado. Tanto mi maestra de preescolar (Edilia Masón) como mi maestra de primer grado (Yolanda Santiago) fueron excelentes. Pero quizás porque yo era más pequeño, no recuerdo tanto de la escuela en esos años. Es como si el mundo escolar hubiera comenzado en segundo grado. De entonces es que recuerdo a casi todos mis compañeros de grado y muchas de las actividades de la escuela.

La escuela era agradable y acogedora. Estaba localizada en la esquina de Segunda del Norte y Cuarta del Oeste, en lo que quizás había sido algún día una gran casa colonial. Tenía un patio interior lleno de plantas y arbustos pequeños y con un busto blanco de José Martí en el centro. Alrededor de ese patio se

situaban casi todos los salones de clases, menos dos salones que daban al frente de la calle Segunda del Norte, uno a cada lado de la entrada principal del edificio. Al lado este de la escuela había un patio grande de cemento.

Aunque el adoctrinamiento político ya era una parte integral de la educación, creo que el enfoque dominante era aún el de un nacionalismo patriótico y no un comunismo fanático. Todas las mañanas antes de las ocho hacíamos fila en el portal de la escuela, por grado y en orden de estatura y todas las mañanas cantábamos a coro el himno nacional de Cuba. Siempre recuerdo a la maestra que decía que nuestro himno era corto y rápido porque era un himno de combate; que un himno para que los hombres lo cantaran antes de cada batalla en las guerras de independencia tenía que ser, por necesidad, breve y enérgico. Y así lo cantábamos todos cada mañana.

Las clases eran de lunes a viernes todo el día y medio día los sábados. El sábado terminaba siempre con un “acto cívico” en el que los estudiantes recitaban poesías o representaban momentos claves de la historia de Cuba, como la Protesta de Baraguá. Muchos de los estudiantes ya eran “pioneros”, pero aún no era algo obligado, como sería más adelante. Creo que influía el hecho de que las maestras —eran todas mujeres— eran personas maduras y educadas, que habían entrado al magisterio desde antes de la Revolución. Algunas de ellas eran conocidas de mi madre, aunque ella nunca trabajó en aquella escuela.

Aquella escuela se llamaba —y quizás aún se llame hoy en día— Yamil Duménigo.

15 Caibarién

Esta es una foto en la playa. La deben haber tomado mis padres, porque no están en la foto y nosotros nunca íbamos a la playa solos. Debe haber sido durante el verano del 1965, cuando yo acababa de terminar mi segundo grado. Estoy cerca de cumplir los ocho años. Mi hermano está al lado, con los ojos casi cerrados (le molestaba el sol). Es el niño rubio, tostado como yo por el sol, con un cubo de plástico y una pala pequeña para hacer castillos de arena. Siempre nos gustó hacer castillos de arena juntos. Claro que en esta época el que hacía los castillos mayormente era yo, porque mi hermano apenas acababa de cumplir los cinco años.

Hay otros tres niños en la foto: Uno gordito que está a la derecha es Mayito, mi vecino de enfrente y amigo de la infancia. Era sólo un año mayor que yo, pero como era mucho más alto parecía mayor. Mayito Duménigo. Hijo de Mario Duménigo, conocido en todo el pueblo como “Furulo”, y de Nena Mendiñeta. Sobrino de Yamil Duménigo. Las dos niñas que están a la izquierda son Carmencita y Lourdes. Sus abuelos, Josefa y Agustín, vivían al lado de nuestra casa y eran amigos de nuestra familia. Los tres –Mayito, Carmencita y Lourdes– siempre fueron mis amigos, desde que yo recuerdo.

Ni los padres de Carmencita y Lourdes, ni los de Mayito, tenían el lujo de un carro que aún funcionara, así que muchas veces mis padres se los llevaban con nosotros a la playa. Casi siempre llevaban sólo a uno de ellos o quizás a dos. Este debe haber sido un día especial, porque estamos todos.

La playa para nosotros era casi siempre Caibarién, un pueblo costero al norte de Las Villas, casi exactamente al norte de Placetas. Allí era a donde nos llevaba mi padre durante las vacaciones del verano. Por varios años fue una rutina: Mi

padre, que trabajaba para una empresa del gobierno como contable, tenía dos semanas de vacaciones en el verano y durante esas dos semanas nos llevaba todos los días a Caibarién, a la playa. Pero sólo de lunes a viernes. Los fines de semana no, porque según él “había demasiada gente”. En realidad, aún para los días de semana mi padre tenía un sistema muy particular: Nos levantaba temprano, no recuerdo bien a qué hora, pero creo que antes de las ocho de la mañana ya íbamos de camino en su Oldsmobile azul, que todavía rodaba. Llegábamos a la playa como a las nueve, cuando el sol apenas empezaba a calentar de verdad. Jugábamos en la arena por un buen rato y luego nos íbamos al agua, nunca solos, siempre con mis padres. Cuando nos apretaba el hambre del almuerzo salíamos a comer lo que mi madre nos había preparado esa mañana antes de salir y ya entonces no volvíamos al agua. (Creo que en Cuba en esa época todo el mundo pensaba que era malo entrar al mar después de haber comido...). Usualmente regresábamos a Placetas, pero algunas veces nos íbamos a visitar a los familiares que teníamos en Caibarién.

.

Mi tatarabuelo, José Díaz de la Rocha, fue uno de los fundadores de Placetas. Uno de un grupo de hombres y mujeres que crearon un pueblo en aquella sabana alta en el centro de Cuba, donde antes había habido poco o nada. Un pueblo de calles rectas, bordeadas por grandes laureles, que prosperó rápidamente. José fue siempre recordado en el folclor del pueblo como “el Viejo Roche”, un gallego blanco y rubio, que tuvo trece hijos e hijas legítimos y quizás otros tantos ilegítimos, después que enviudara.

Mi bisabuela, Agustina Díaz de la Rocha, fue una de sus hijas legítimas. Una de sus hermanas se casó a principios del siglo XX con Martín Portu, que tenía negocios de almacén en el puerto de Caibarién. De ese matrimonio salieron muchos hijos, con el resultado de que mientras los mayores eran contemporáneos de mi abuela, los más jóvenes eran casi contemporáneos

con mi padre. Esa era la familia a la que visitábamos cuando salíamos de la playa.

Para entonces, algunos de los hijos de Martín Portu ya se habían ido para Estados Unidos, como parte de aquella primera emigración de principios de los sesenta. Pero visitábamos a los que aún estaban en el pueblo, que vivían en varias casas contiguas frente al Paseo Martí. Eran casas antiguas y acogedoras, como la nuestra en Placetas, y entrar en ellas era para mí entrar a un ambiente completamente familiar.

Además de las fotos de nuestros días en la playa, tenemos muchas otras fotos en Caibarién. Hay fotos en casa de Bernardo Portu, hijo de Martín Portu, y su esposa Otilia, frente a la mata de mango que tenían en el patio, un árbol inmenso que daba “mangas señoras” que Bernardo recogía en sacos que suspendía en el aire debajo del árbol, para que las frutas no se dañaran al caer al suelo. Hay fotos donde estamos en el muelle junto a las “patanas”, las lanchas de fondo plano que se usaban en el pequeño puerto de Caibarién, que era de muy poco calado. Hay fotos de toda la familia en el comedor del hotel España. Y otras fotos tomadas cerca del hotel donde aparecemos sólo mi hermano y yo a la orilla del mar —un mar que aún recuerdo llano y cálido, cristalino y al mismo tiempo sucio, lleno de algas y sargazos—. Y finalmente están las fotos de mis padres en casa de Chefa Portu, una de las hijas más jóvenes de Martín Portu, con quien mi padre siempre se llevó muy bien. El esposo de Chefa se llamaba Alberto y desde que los alimentos comenzaron a escasear había convertido el patio de su casa en el huerto casero más elaborado que recuerdo.

En casa de Bernardo y Otilia había un armario con puertas de cristal que guardaba varios modelos a escala de diferentes tipos de barcos armados años antes por Nanito, el hijo de Bernardo. Como mi hermano y yo éramos pequeños sólo se nos permitía verlos a través del cristal. Nanito estaba en Estados Unidos hacía años, enviado por sus padres para salvarlo del desastre comunista. No lo sabía yo entonces, pero era uno de miles de niños cubanos enviados a Estados Unidos como parte de la Operación Pedro Pan. Su hermana Gladys también estaba en Estados

Unidos. Como en el caso de Lucita, la hija de Tata y Lulu, quizás todo comenzó como algo temporero, “en lo que mejoraban las cosas”. Y como en el caso de Tata y Lulu con Lucita, Bernardo y Otilia envejecían sin sus hijos, mientras sus hijos terminaban de crecer en una tierra extraña y sin sus padres. Pero al menos Bernardo y Otilia, años después, ya viejos, llegarían a salir de Cuba y a reunirse de nuevo con sus hijos. Ellos al menos llegarían a conocer a sus nietos.

16

La Habana

Es una foto pequeña y algo borrosa. Estoy con Tata en el Malecón de La Habana. Es uno de esos días que recuerdo como si hubiese sido ayer: Salimos a caminar por los alrededores de la casa de mi abuela Francisca (“Panchita” para la familia) en El Vedado. La intención era dar un pequeño paseo. Mi abuela vivía en el número 225 de la calle 25, entre N y O. Llegamos a la calle 23 y bajamos hasta el Malecón, la larga avenida que corre junto al mar. No sé exactamente cómo, pero de alguna forma yo lo convencí para ir caminando a todo lo largo del Malecón hasta la estatua de Antonio Maceo a la entrada de la bahía y luego más aún hasta la zona del puerto. Caminamos mucho ese día. Era un día claro y brillante. El mar era de un azul puro y resplandeciente. El cielo igualmente azul, casi sin nubes. Tata, que era calvo, terminó con una quemadura de sol en la parte de arriba de la cabeza. Si hubiera tenido su boina de vasco no le habría ocurrido, pero Tata sólo se ponía la boina en el invierno fresco de Placetas, y esto era en el verano y en La Habana. No creo que nadie se ponga una boina para caminar por el Malecón de La Habana en pleno verano por muy vasco que sea. Me acuerdo de mi tío Pepe riéndose cariñosamente de él cuando regresamos al apartamento. “Vizcaíno”, le decía, “¡te quemaste la calva!”.

.

Había ido a La Habana con Lulu y Tata. Estábamos en las vacaciones de verano y mis padres me habían dejado ir con ellos. Yo había estado en La Habana muchas veces antes, pero siempre con mis padres y nunca por tanto tiempo: Casi dos semanas. Nos quedamos todo el tiempo en el apartamento de mi abuela.

Mi abuela se había mudado a La Habana en los años cincuenta cuando todos sus hijos, excepto mi padre, eran estudiantes en la Universidad de La Habana. En el verano de este viaje ninguno de mis tíos era ya estudiante, pero mi bisabuela Agustina, ya muy entrada en años y delicada de salud, vivía con ella. Mi tío Jorge aún era preso político, pero su esposa, mi tía Coralía, vivía en un apartamento en el mismo edificio, un piso más arriba, con mis primos, Jorge y Fernando, que eran cercanos a mí en edad. Mi tío Pepe, socialista utópico y aún ferviente creyente en las promesas de la Revolución, no vivía con mi abuela, pero venía todos los días a su apartamento a almorzar. Mi tío, que era ingeniero eléctrico, había trabajado toda su carrera como ingeniero en la televisión –antes de la Revolución, en lo que era la cadena CMQ y luego en la televisión nacionalizada–. Su oficina estaba a sólo unas cuerdas del apartamento de mi abuela. Mi tío Pepe nunca tuvo hijos, pero su esposa tenía cuatro de un matrimonio anterior y creo que él siempre los quiso como si fueran suyos.

Aquel viaje fue algo extraordinario. Jugaba con mis primos. Caminábamos por toda el área de El Vedado cercana al apartamento. En la esquina había un terreno baldío que llamábamos simplemente “la loma” y pasábamos largas horas jugando allí. Pero lo mejor era el mero hecho de estar en La Habana, en el mismo centro de la ciudad. Fuimos al cine varias veces y también a Coppelía, a comer helado, después de una fila que parecía infinita. Mi tío Pepe, que también era mi padrino, me llevó con él a los estudios de televisión, y pude ver hasta los escenarios donde se hacían algunos de los programas más populares de aquella época.

17 El cine

Estoy solo frente al Teatro Caridad, en la esquina de Segunda del Norte y Segunda del Oeste, en Placetas. La foto, maltratada por el tiempo, tiene algo escrito por detrás, indicando el lugar y mi edad: 9 años.

Debo haber estado allí para alguna actividad de la escuela. El Caridad era un verdadero teatro, con escenario y cortinas y no simplemente una pantalla de cine. Más de una vez asistí allí a actividades escolares. Normalmente, sin embargo, funcionaba simplemente como uno de los dos cines del pueblo. El Teatro Caridad era el más nuevo y más moderno. El otro, el Teatro Pujol, era más viejo y más pequeño, pero estaba en Primera del Norte, justamente frente al parque.

En esta época me gustaba mucho el cine. Como vivía en el centro del pueblo, los cines me quedaban muy cerca y podía ir todas las semanas. Por alguna razón, en un país donde la prensa ya se había limitado a unas pocas páginas de pura propaganda política —el diario “Granma” con sus cuatro páginas mal impresas— y donde la radio servía principalmente para transmitir los juegos de pelota, las noticias mal contadas y los discursos de Fidel, el cine se había mantenido como una especie de oasis, donde por veinte o treinta centavos uno podía cada semana abrir una pequeña ventana a la realidad del mundo exterior. No importaba que la película fuera siempre precedida por el típico noticiero del ICAIC, donde se hablaba de la emulación socialista y de los planes y logros de la Revolución, y donde casi siempre también se incluían documentales mostrando como policías blancos en los Estados Unidos golpeaban a los negros que reclamaban sus derechos, o mostrando los restos de otro avión de combate americano derribado por los guerrilleros vietnamitas. Lo verdaderamente importante era la película, porque por alguna razón que nunca

he podido entender, la censura férrea que imperaba en el país parecía suavizarse al llegar al cine: En el cine, mezcladas con las películas rusas y de la Europa comunista, también se podían ver películas de Europa Occidental –casi siempre francoitalianas o españolas– así como películas japonesas, mejicanas, y de otros países fuera del “campo socialista”. Y aunque las películas del bloque comunista casi siempre reforzaban de alguna manera la propaganda oficial y las películas de países no comunistas eran casi siempre sobre temas inocuos políticamente hablando, el mensaje que llegaba de forma casi subliminal pero efectiva era otro: Las películas de Europa Occidental mostraban ciudades limpias y llenas de color, gente alegre y cortés, que actuaban libremente, personas bien vestidas, carros nuevos... Las películas de Europa Oriental y de Rusia en cambio mostraban un mundo gris y restringido –de hecho, muchas veces eran aún películas en blanco y negro– donde los personajes siempre cumplían con su deber revolucionario, pero en un escenario que a pesar de todos los esfuerzos nunca podía ocultar del todo ni la escasez de bienes materiales ni la opresión generalizada de las ideas.

No recuerdo el nombre de un solo actor o actriz de cine soviético, ni de Europa oriental. Todos fueron –como sus películas– autómatas grises, que llenaban su papel mecánicamente, sin dejar nada que los hiciera merecedores del recuerdo. Sin embargo, recordaré para siempre a los hombres duros interpretados por Jean Paul Belmondo, a las bellas chicas interpretadas por Catherine Deneuve y a los chistosos personajes de Louis de Funès, como recordaré siempre a muchos de los actores y actrices del cine italiano y español de los sesenta.

Y luego venían las películas japonesas, que eran casi todas de samuráis, con alguna que otra de ciencia ficción. Las de samuráis eran mis favoritas y Toshiro Mifune fue mi héroe principal del cine por muchos años. Ahora sé que algunas de aquellas películas japonesas eran las obras de Akira Kurosawa, que aún hoy se consideran como verdaderas obras maestras del cine. A mí me fascinaban. Recuerdo que las veía una y otra vez, hasta aprenderme cada escena y cada movimiento de aquellos guerreros extraordinarios, que apenas hablaban, pero que con sólo

una espada y una gran fuerza de voluntad podían enfrentar a un ejército completo. Por un tiempo, traté de imitarlos, tratando de hablar menos, midiendo mis palabras y asegurando que mis acciones eran dignas de algún código moral superior, de alguna forma parecido al de los samuráis de la historia. Claro que esto era difícil, siendo un niño de nueve años y además viviendo en un país tan oral, cuentista y dicharachero como era Cuba.

Algo sí me quedó de ver tantas películas japonesas: En Cuba se estimulaba mucho la práctica organizada del deporte. En las escuelas se había creado un sistema en el cual todos los estudiantes después de los nueve años podían escoger entre la educación física general compulsoria o el enfoque en un deporte específico. Cuando me llegó el momento de escoger, yo no tenía duda de cuál sería mi deporte: el judo.

18

Los rusos

Esta es otra foto en Caibarién. La debe haber tomado mi madre. Mi hermano, que era todavía muy pequeño, juega con la arena. Mi padre lo mira de pie, mientras que yo soy el único que mira fijamente a la cámara. Un poco detrás de nosotros hay otros dos niños jugando en la arena con sus padres. Y más allá, cerca del escarpado de rocas en donde ya terminaba el área de la arena de la playa, hay un grupo de niños pequeños, más o menos de la edad de mi hermano en aquel momento. Los pequeños están a unos veinte metros de nosotros y sus imágenes aparecen borrosas y fuera de foco, pero los reconozco: Se trata de un grupo de niños rusos. Recuerdo que iban a la playa a veces, pero siempre en un grupo y nunca con sus padres. Usualmente había dos mujeres también rusas que los cuidaban. Provenían de algún “centro infantil” en donde pasaban el día mientras sus padres trabajaban en lo que fuera que habían venido a hacer a Cuba. Siempre se estacionaban en la misma esquina de la playa alejados de los demás, proveyendo un trasfondo de pieles blancas casi traslúcidas que parecía estar completamente fuera de lugar. No cantaban, ni hablaban alto, ni hacían ruido. Estaban allí, pero era como si no estuvieran, al punto que ya nadie reparaba en ellos. Y sin embargo cualquiera que se hubiera detenido a observar aquello habría notado la incongruencia de aquel grupo de niños pálidos y disciplinados, atendidos por unas mujeres igualmente pálidas y silenciosas, en el medio del bullicio y el colorido de una playa cubana, donde muchachos curtidos por el sol corrían en todas direcciones.

Esto es lo que había pasado con los rusos en Cuba, y con todos los demás “amigos del campo socialista”: Estaban, pero no estaban. Eran como una sombra, siempre presente en el trasfondo, pero nunca del todo visibles para el ciudadano promedio. Los

del Imperio Soviético eran todos dirigentes y técnicos, insertados meticulosamente a lo largo y ancho del Partido Comunista de Cuba, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y la economía cubana. Pero hacían un gran esfuerzo por no llamar mucho la atención. Vivían aparte de nosotros. Sus hijos iban a otras escuelas. Sus pequeños iban a guarderías especiales. Nadie sabía en donde estaban sus casas. Y sin embargo eran omnipresentes: Todo lo que se hacía en Cuba parecía hacerse con la ayuda “de nuestros amigos del campo socialista”. Y las imágenes de Marx y Lenin proliferaban ya hacía años junto a las de Antonio Maceo y José Martí.

.

No había sido siempre así. Mi padre me contó muchas veces las historias de como en los meses que precedieron a la Crisis de Octubre los militares rusos se habían hecho cada vez más visibles. Me contó como a veces llegaban los rusos al parque de Placetas en camiones militares y se esparcían por los bares del pueblo con el único propósito de emborracharse. La mayoría eran soldados rasos sin mucho dinero y terminaban intercambiando lo que tuvieran por ron. Y así fue como algunos de los cantineros de mi pueblo terminaron con pequeñas colecciones de medallas soviéticas, camisas y cintos militares, y hasta botas del glorioso Ejército Rojo. En el 1962 Cuba estaba apenas comenzando su proceso de soviétización y los cubanos eran todavía naturalmente amistosos y dicharacheros: El bar era un lugar para compartir y socializar. Los rusos eran diferentes: Bebían hasta emborracharse sin remedio, vomitaban en los portales, y quedaban semiconscientes recostados de los bancos del parque. Ya entrada la noche otros camiones aparecían llenos de sus propios policías militares y los recogían a todos. A los más borrachos, ya sin botas ni camisa, los cargaban y los tiraban como sacos de basura en uno de los camiones. A los que todavía podían andar los llevaban hasta los camiones a fuerza de porrazos.

Esos eran los amigos fraternales del campo socialista. Los que nos iban a ayudar a salir del subdesarrollo económico y so-

cial en el que habíamos vivido. Los que nos apoyaban en nuestra lucha desigual contra el Imperialismo Yanqui. Esos mismos eran también los que estaban construyendo a toda prisa aquella base de misiles nucleares en los campos de Zulueta...

19

Bibo

¡Tengo que hablar de estas fotos! Las encontré, cuando ya hacía tiempo que las había dado por perdidas, en el fondo de una gaveta en un escritorio viejo que todavía tengo en casa. No tengo ni la más remota idea de cómo llegaron hasta allí, pero me dio mucha alegría encontrarlas. Casi como la alegría que me daba cuando era niño el reencontrarme con un juguete viejo, aunque estuviera roto. O como la alegría que siento todavía cada vez que me encuentro de nuevo con un libro favorito, olvidado temporariamente en algún rincón inédito de la casa.

Las fotos están tomadas en la finca de Máximo, creo que a principios del verano en que cumplí nueve años. En algún momento a finales de aquel curso escolar mi madre decidió que a su hijo mayor le vendría bien pasarse unas semanas con su hermano en la finca. Y así fue como terminé en Máximo, no por un fin de semana, sino por una temporada.

La primera foto resalta porque es la única foto en colores. Estoy con un grupo de hombres frente a la casa de Bibo, un guajiro que vivía cerca de mi tío. La casa de Bibo no es tan pobre como un bohío tradicional, pero es una casa muy modesta. En la foto yo estoy entre mi tío y Bibo. Mi tío se ve como un hombre fuerte, curtido por el sol, con el machete al cinto como siempre. Bibo en cambio es flaco, muy blanco, y mira hacia un lado con una mirada ansiosa que no pudo enfocar en la cámara que le apuntaba ni siquiera por unos segundos. Yo soy un chamaco de nueve años, con un sombrero de guano. En la foto están también otro vecino gordo y cincuentón al que le decían “Campito” y tres hombres más a los que no reconozco. El viejo “jeep” de Campito, único vehículo de motor en todos los alrededores, se ve en el fondo. Y luego, más allá de nosotros, más allá de la casa de Bibo, y más allá de todo, se extiende, amplio y luminoso, el campo cubano: A un

lado los grandes árboles de troncos macizos y copas espesas que llenaban la arboleda de la finca. Al otro, una extensión de sabana verde y abierta, que descendía suavemente hasta la orilla del río que cruzaba la finca, marcado por una hilera continua de palmas reales —las palmas reales de Cuba: altas, rectas, de troncos casi blancos, y moños tupidos con pencas de un verde puro y profundo como creo que nunca he vuelto a ver—.

No recuerdo los detalles de cuándo se tomó esa foto. Sé que se tomó cerca del mediodía porque hay tanto sol y tanta luz en ella que no pudo haber sido de otra forma. Pero no sé qué hacíamos allí, ni quién pudo haber sido el fotógrafo. Es una foto especial: la única foto en colores que conservo de Máximo y del campo cubano.

.

Bibo, el de la foto, era un personaje interesante. Un guajiro. Hablaba con pocas palabras, nunca más de las estrictamente necesarias. Rara vez sonreía y tenía un pobre sentido del humor. Pero le gustaba pasarse de listo en cualquier trato que negociara. Era un guajiro listo. O al menos, pretendía serlo.

En una ocasión cuando ya escaseaba la comida Bibo negoció con mi padre la venta de dos alforjas de malangas. El único detalle, le dijo, era que las malangas estaban “en la tierra” y él no las podía sacar porque era época de zafra, o alguna otra excusa parecida. Pero que fuera y por el precio negociado cogiera todo lo que pudiera cargar un caballo. Mi tío Domingo tenía dos caballos: uno, más brioso, que él montaba y se llamaba Centella. Otro que era un caballo de carga, muy manso pero muy lento, y se llamaba Bola de Ron. Allá fue mi padre, a la punta de malanga de Bibo, con Bola de Ron a su pasito, las alforjas de saco vacías, y conmigo de ayudante.

La punta de malanga no estaba muy lejos del caserío de Máximo, pero estaba muy abandonada. Por allí no había pasado mucha guataca, y las matas de malanga competían con todo tipo de yerbajos. Sin embargo, lo peor fue cuando comenzamos a sacar las malangas: el terreno estaba lleno de hormigas bravas.

“Papá, aquí hay hormigas”.

Mi padre, con su humor habitual, trató de convencerme de lo contrario y me decía relajando: “No, no, esas son hormigas bobas ... No te preocupes que esas no pican”.

Pero los dos sabíamos lo que teníamos entre manos y sé que en el fondo él estaba molesto con la jugada que le había hecho Bibó.

Al final, buscamos la forma de ir sacando las malangas sin meter mucho las manos y sin pisar hormigueros. ¡Y cómo sacamos malangas ese día! Bibó pensó que aquella gente “del pueblo” no le iban a sacar muchas malangas. Pero le salió mal. Es cierto que no pudimos evitar al menos una docena de picadas cada uno. Pero las alforjas de Bola de Ron iban rebosantes al regreso y tan cargadas que parecía que la barriga del caballo estaba ahora mucho más cerca del suelo.

.

Nunca más volvimos a comprarle a Bibó malangas “en la tierra”. Pero si le compramos —a Bibó o a algún otro guajiro de Máximo cuyo nombre no recuerdo— arroz acabado de sembrar, esperando que se diera bien la cosecha. En aquella ocasión no teníamos que recoger el arroz. Pero si recuerdo que mi madre se pasó unos meses deseando primero que lloviera para que el arroz germinara y creciera bien, y luego que no lloviera, para que no se doblaran las espigas y se perdiera parte de la cosecha.

Todo esto era ya ilegal. Se suponía ya que toda la producción agrícola tenía que ser entregada directamente a los funcionarios del gobierno. Pero eran las cosas que había que hacer en Cuba para no pasar hambre. Y para la gente del campo era la única forma de ganarse unos pesos adicionales con que mejorar su situación económica, que seguía siendo penosa. A varios años del comienzo de la Revolución Cubana muy pocas de las promesas hechas al campesinado se habían materializado: Los guajiros seguían viviendo en bohíos miserables, con suelos de tierra, sin electricidad ni agua corriente, ni un sencillo baño —para bañarse estaba el río y para lo demás una letrina mal oliente, o un platanal—.

.

Tengo varias fotos más, todas tomadas en Máximo durante aquel verano. Todas en blanco y negro. Algunas más claras y otras mucho más borrosas, a pesar de que se tomaron todas en las mismas semanas y estoy seguro de que con la misma cámara. Y es que esto de las fotos es como son a veces las amistades: Nunca sabes cuáles van a perdurar imborrables con el tiempo y cuáles sí se van a ir borrando poco a poco.

20 Curujey

Esta es una foto mía pescando en el río de Máximo. Por la expresión de confianza en mi cara pienso que esta foto fue al final de mi estadía en Máximo aquel verano, cuando ya me había familiarizado bastante con aquello de la pesca en el río, aunque casi nunca pescaba nada. Estoy solo en la foto. Claro que solo, lo que se dice solo, no estoy. Posiblemente estaba con mi primo y fue él quien tomó la foto. Nunca hubiera estado solo porque a esa edad mi tío Domingo, que lógicamente se sentía muy responsable por mí aquel verano, nunca me dejaba ir al río solo.

Lo de la pesca era bastante sencillo: No teníamos una caña de pescar como en las películas, sólo un hilo de nilón con un anzuelo al final. La carnada dependía de las aspiraciones del pescador: Las biajacas se pescaban usando lombrices de carnada. En Máximo eso no era difícil de conseguir, pues bastaba con excavar un poco en un pedazo de tierra húmeda y allí estaban las lombrices de tierra a montones. Las truchas sin embrago se pescaban mejor con ranitas pequeñas de carnada. Y para conseguir las ranitas lo más efectivo era buscar en los curujeyes tan comunes en los árboles de Máximo. El reto era subir al árbol, sacudir los curujeyes, y atrapar la primera ranita que te quedara cerca.

Tengo varias fotos de esos días. En una de las fotos aparece con un grupo de muchachos de Máximo. Cada uno de nosotros tiene un tirapiedras, la horqueta de madera sacada de alguna rama, y la liga sacada de alguna llanta de bicicleta vieja. Todos sonríen, menos yo. Creo que este fue el día que salimos con los tirapiedras y yo, muy a mi pesar y humillación, descubrí que no tenía ni la puntería ni la vista de águila que tenían aquellos muchachos. Caminábamos por la arboleda de Máximo con ellos haciendo apuestas verbales. “A que no le das a esa lagartija ...”. Yo

buscaba instintivamente la lagartija sin ver nada, pero ya uno de ellos estaba apuntando y en menos de 5 segundos una lagartija que yo ni había visto, ni podía ver, caía abatida a más de cuarenta pies de distancia, al primer tiro.

En otra foto lo de las sonrisas es ahora todo lo contrario: Yo soy el que sonrío, el brazo derecho en alto, en señal de victoria, con no una sino dos ranitas agarradas en la mano. Y es que en lo de subir árboles a sacar ranas de los curujeyes sí parecía tener un talento innato. Los dos muchachos a mi lado en la foto están serios... y con las manos vacías.

.

Así fue que ese verano aprendí a pescar, a sacar lombrices de la tierra y ranitas de los curujeyes, a nadar en el río, y a usar un tirapiedras (aunque sin mucha puntería). Aprendí los nombres de los árboles con sólo verle las hojas. Los árboles buenos. Los árboles malos. Y no sólo los que daban frutas: Aprendí a reconocer desde lejos la ceiba, el poderoso árbol bueno de la santería cubana, y el cedro, que da tan buena madera. Y aprendí también a reconocer el arbusto que en Cuba se llama “guao” y que te causa dolorosas ampollas en la piel de sólo rozarlo. Vi cortar el palmiche desde lo alto de las palmas reales y almacenarlo para alimentar a los puercos. Y me maravillé de que un hombre sin zapatos y con sólo una correa de cuero aguantándolo del tronco de la palma pudiera trepar tan rápido el tronco completamente liso y recto de una palma real, y desmocharla con tanta destreza.

Aprendí también a levantarme muy temprano, cuando aún era de noche, con mi tío Domingo, para ordeñar las vacas. Fui con él en el caballo cuando traía a las vacas de regreso a la vaquería por la tarde. Y entendí que el ritmo del campo no estaba en hacer las cosas de prisa sino hacerlas en el tiempo que te iba pidiendo la tierra misma. Fuese ordeñar las vacas o fuese arar un terreno para la siembra.

21

Detrás del arado

Esta foto es de uno de muchos días en que estaban arando. No recuerdo bien quién tiró la foto. Es una foto en blanco y negro, como casi todas las fotos que tengo, y bastante borrosa. No sé si es la calidad del filme, o que la tiraron mal. Quizás aquel fotógrafo anónimo se movió sin querer al retratarnos. O quizás es sencillamente que la foto, como tantas otras, se ha ido borrando con el tiempo.

Recuerdo el momento. La yunta de bueyes, el arado, y el hombre tosco y fornido que guía la yunta. A unos diez pasos detrás del hombre se ve a un muchacho flacucho con sombrero de guano. Ese soy yo. Mirando la foto me transporto por un momento a la escena. Los recuerdos fluyen como por magia: El cielo límpido de Cuba. Los terrones de tierra carmelita y húmeda que iba levantando el arado. El olor de los bueyes. El olor a trabajo y a sudor... El campo que se está arando tiene casi doscientos metros de largo y desciende suavemente hacia el río. El que guía el arado arenga a los bueyes con una voz rítmica y profunda, repitiendo sus nombres alternadamente: “¡Comandante!”, “¡Coronel!”... “¡Comandante!”, “¡Coronel!”... Y así vamos avanzando al paso de los bueyes. El hombre lleva en la mano un aguijón para azuzarlos, pero no lo usa. Yo tengo la cabeza baja porque mi interés en todo esto es ir recogiendo las pequeñas piedras de cuarzo de colores que yacen a poca profundidad en la tierra de Máximo y que el arado a menudo saca a la superficie. Por eso llevo conmigo un saquito: No es que vaya regando semillas, como quizás asumiría cualquiera que viera esta foto, sino recogiendo piedrecitas de colores...

.

Así, caminando detrás del arado en Máximo y buscando pequeñas piedras que brillaran al sol fue que me encontré un buen día de aquel verano una moneda de plata de los tiempos de España. La recogí sin decir nada y la eché en la bolsa con las piedras que había recogido ese día. En realidad, no parecía mucho: Sucia y manchada, con fragmentos de un material calizo adherido a casi toda su superficie, parecía más bien un pedazo de metal viejo. Pero la raspé lo suficiente para leer un nombre (Alfonso) y el año: 1882. Cuando se la enseñé a mi padre él me miró muy serio y me dijo que aquella era la finca de Julio Leiva, y que llevarme aquella moneda era algo que yo sólo podía hacer con el permiso expreso de Julio. Así es que sin pensarlo mucho yo me fui a hablar con Julio, le enseñé lo que había encontrado, y le pregunté si me podía quedar con aquello. Creo que a Julio Leiva le hizo gracia la formalidad de aquel muchachito que había venido a pedirle aquello con tanta seriedad y sin titubear ni un momento me dijo que sí.

—No sólo te la puedes llevar contigo, sino que voy a contactarte como es que llegó esa moneda hasta aquí.

Me hizo señas para que me sentara en un taburete y comenzó a hablar, apuntando en la dirección del campo recién arado en donde yo había encontrado la moneda.

—Por ahí mismo acamparon los españoles durante la guerra...

—¿La guerra? ¿Qué guerra?

—La Guerra de Independencia, muchacho. La del '95 digo, que para la del '68 yo ni pensaba en nacer... ¿tú no sabes de la guerra?

—Sí, sí, claro...

—Pues fíjate, por ahí acampó un grupo del ejército español durante la guerra. Quizás porque así estaban al lado del río. Yo era un muchachito, pero me acuerdo. El hecho es que hasta aquí llegaron los mambises. Un día cogieron por sorpresa a los españoles con una de aquellas cargas al machete que hacían y acabaron con ellos. Yo me acerqué a ese campo después de la pelea y nunca se me olvida. Los mambises se habían llevado todas las armas de los españoles y les habían quitado hasta las botas. Se

llevaron a sus heridos y sus muertos, si los tenían. Pero dejaron a los españoles muertos, tendidos en el campo. No por mala fe, sino porque no se podían exponer a que los otros enviaran refuerzos de Placetas. Los de aquí los enterraron, porque al final todos somos cristianos, y no los iban a dejar allí a que las auras se los comieran.

Julio Leiva hizo una pausa y me miró muy serio, como tratando de entender lo que yo estaba pensando.

—Después de aquello pensamos que ya los cubanos estábamos ganando la guerra. Pero no fue así. ¡Después de aquello vino lo peor! Los españoles regresaron y nos sacaron a todos de aquí. Nos forzaron a ir para Placetas, a sobrevivir como pudiéramos, mientras las cosechas se perdían en el campo.

Hizo una pausa más y terminó con un comentario que yo no pude entender en aquel momento.

—Tu bisabuela Agustina me mató mucha hambre en aquel entonces... —miraba al horizonte, como conversando con sus propios recuerdos. —La moneda es tuya. Y ahora mejor hablamos de otra cosa.

.

Cuando finalmente regresé a casa fui directo con la moneda a donde Tata.

—¡Tata, Tata! ¡Mira lo que me encontré en Máximo!

Tata podía ser como un muchacho a veces. Se entusiasmó casi tanto como yo. Nos fuimos juntos a la casita que tenía en el patio, debajo del tanque de agua, donde guardaba sus herramientas, pero también clavos, tornillos, latas de pintura vieja y quién sabe cuántas cosas más. Allí encontró una lata con algún tipo de solvente para limpiar la moneda. Puso un poco de aquel líquido en un pomo de cristal y tiró en él la moneda. Luego me miró sonriendo:

—Si la moneda es buena lo sabremos mañana.

Al día siguiente fuimos juntos a la casita del fondo del patio. La transformación había ocurrido como una metamorfosis: La moneda sucia y herrumbrosa era ahora una moneda plateada, perfecta, como si fuera nueva.

–Es de plata –me dijo Tata, –y plata de la buena.

Podíamos leer claramente el texto grabado en un círculo a su alrededor: “ALFONSO XII POR LA GRACIA DE DIOS 1882”.

22

Pepito

Esta es una foto del doctor José Díaz de la Rocha, primo hermano de mi abuela. Parece una foto informal pero posiblemente tomada por un fotógrafo profesional. Viste con elegancia y sus ojos claros miran a la cámara profundamente. La calidad de la foto es excelente. En el momento en que se toma la foto el doctor Díaz de la Rocha, aunque original de Placetas, vive en el barrio de El Vedado de La Habana (no lejos de su prima), es uno de los dermatólogos más reconocidos en Cuba y además es catedrático en la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana.

Pepito —como lo llamábamos todos en la familia— era un hombre muy especial. Aunque primo de mi abuela, era bastante más joven que ella. Y aunque mayores en edad que mis padres, el espíritu fiestero y casi juvenil de Pepito y su esposa Lila hacían que fueran muy afines con mis padres en su época de juventud. “Afines” en este caso quiere decir que fueron compañeros de fiestas por muchos años, pero también que más allá de las fiestas y de la relación familiar, compartían una amistad sincera y profunda. Tanto era así que mis padres escogieron a Pepito y a Lila como los padrinos de mi hermano Eugenio.

Pepito era un hombre muy educado, pero simpático y jaranero como pocas personas. En cierta forma era el estereotípico cubano chistoso, expresivo y optimista, y al mismo tiempo profesional y conocedor cuando tenía que serlo. Pepito era un gran conversador. Siempre tenía alguna nueva historia que contar y yo de muchacho me quedaba embobado a veces oyéndole los cuentos.

A mí me gustaba mucho ir a su casa en La Habana. Era uno de los pocos adultos que se ponía a mi nivel y me hablaba

de tú a tú. Cuando crecí un poco más me prestaba libros que quizás cualquier otra persona habría pensado que no eran para mi edad, pero que yo siempre disfrutaba. Me gustaba mucho también cuando Pepito y Lila venían de visita a Placetas, lo que en mi infancia ocurría al menos una o dos veces al año.

Pepito pudo haberse ido de Cuba en los primeros años de la Revolución, pero no lo hizo. Recuerdo haber escuchado una conversación de Pepito con mi padre hablando de por qué había decidido quedarse. El resumen era sencillo: Pepito se sentía parte de una élite profesional en Cuba. Para él el hecho que tantos otros profesionales de la medicina hubieran abandonado el país sólo había abierto más oportunidades y reconocimientos a corto plazo. Era considerado un experto médico en su área y como decían en el campo en Cuba ya “nadie le hacía sombra”. Muchos de los que podían haber sido su competencia profesional se habían marchado al exilio. Al mismo tiempo, Pepito tenía miedo. Recuerdo lo que le dijo a mi padre: “Hay muchos médicos cubanos cambiando camas y limpiándole el culo a los enfermos en los hospitales de Miami. Yo no voy a ser uno de ellos”. Pepito era un hombre acostumbrado a la buena vida. Aun en la Cuba revolucionaria había sido capaz de mantener un estilo de vida privilegiado: Su apartamento de El Vedado, un carro pequeño pero nuevo (marca Skoda, cortesía de los países amigos del campo socialista) y acceso a muchas cosas que hacía tiempo eran inaccesibles para el ciudadano promedio.

Así fue como Pepito se quedó en Cuba. Y así es como yo lo recuerdo en los años sesenta: Un “bon vivant” enfrascado en mantener su estilo de vida claramente “burgués” en el medio de la vorágine comunista que arrojaba al país. Pepito aprendió a citar a Marx y a Engels, y por supuesto al Che Guevara. Pero seguía frecuentando los mejores bares y cabarés aún abiertos en La Habana, comiendo en restaurantes, y vacacionado en un hotel de Varadero.

Cuando Pepito y Lila venían a Placetas a menudo venían en avión hasta Santa Clara. Está claro que esto de por sí era un indicador de su estatus en el nuevo régimen, donde no cualquiera

podía montarse en un avión, aunque fuera un vuelo interno de Cubana de Aviación. Era también algo completamente fascinante para los habitantes de un pueblo en donde en los años sesenta la mayoría de ellos nunca habían visto un avión de cerca.

.

Yo era uno de esos habitantes de Placetas que nunca habían visto un avión. Yo sabía que había aviones sólo porque los veía en las películas.

En una ocasión en que Pepito y Lila venían de visita le pregunté a mi padre que si podía ir con él a recogerlos al pequeño aeropuerto de Santa Clara. Mi padre accedió y me llevó con él. ¡Qué aventura! ¡Ir al aeropuerto de la provincia! Yo no recordaba haber visitado un lugar así nunca.

Recuerdo la carretera que llevaba hasta la terminal: Poblada a un lado y otro de hangares de concreto reforzado, cada uno con un caza MiG-15 y un camino de cemento que iba de cada hangar a la pista principal. (Sé que eran MiGs porque alcancé a ver uno a lo lejos y yo los había visto antes en fotos, quizás en la propaganda del gobierno).

Cuando finalmente llegamos a la pequeña terminal civil no había un solo avión por todo aquello. Había sólo un vuelo anunciado y era el que venía con Pepito y Lila procedente de La Habana. Aun así, me pareció un lugar extraordinario. Había gente bien vestida, e incluso algunos extranjeros. Y lo más importante: ¡había una cafetería en la que vendían emparedados de jamón! Y el jamón en aquel momento era para mí como los aviones: sabía vagamente que existía, pero nunca lo había visto.

Yo quería probar el jamón a toda costa. Los emparedados no eran exageradamente caros. Pero seguíamos estando en Cuba: Había una cola para los emparedados. Me puse en la cola. Mi padre se quedó pendiente del avión que iba a llegar (él ya conocía a qué sabía el jamón). Yo permanecí en la cola, mirando la pista vacía a través de los cristales de la pequeña terminal. La cola, como casi todas las colas en Cuba, avanzaba muy lentamente. Pero avanzaba. De unas veinte personas que tenía por

delante, quince minutos después tenía quizás sólo diez... Luego ocho... Luego cinco... Luego... sentí el ruido del avión que se acercaba a aterrizar. No podía verlo, pero lo escuchaba acercarse rápidamente... Tres personas por delante de mí en la cola... Luego dos... el avión aterrizando... ¡yo nunca había visto un avión! Abandoné la cola de golpe y corrí hacia los cristales: Allí en la pista estaba en toda su gloria el viejo avión de hélices que venía de La Habana. En mi memoria el avión que recuerdo aquel día puede haber sido un Douglas DC-3. Pero puede haber sido cualquier cosa. Yo nunca había visto un avión y ahora tenía uno a escasos metros de mí. ¡Era algo fantástico!

Los pasajeros descendieron por la escalerilla, caminaron por la pista brevemente, y entraron a la terminal. Allí estaban Pepito y Lila. ¡Qué alegría! Eran como tíos para mí. Nos abrazamos.

Sólo después de eso recordé el emparedado de jamón...

Miré hacia la cafetería. La cola se había reforzado y estaba ahora el doble de larga. Ni soñar con volver a hacerla desde el comienzo. Mi padre ya caminaba con Pepito y Lila hacia el estacionamiento.

.

A Pepito, al igual que a otros como él, se le iría cerrando el círculo poco a poco. Gradualmente las prácticas “burguesas” fueron toleradas menos y menos, al igual que cualquier cosa que oliera en lo más mínimo a decadencia capitalista. Los últimos bares, restaurantes y cabarés de La Habana fueron cerrando gradualmente, y los que quedaron, como el célebre Tropicana, estaban ahora reservados para niveles de la jerarquía revolucionaria muy por encima de Pepito.

Comprendió eventualmente que quizás él también tendría que irse periódicamente al campo a hacer “trabajo voluntario”. Que ya no tendría acceso a tiendas “especiales” donde conseguir bebidas y comestibles que no se veían en Cuba. Que el gobierno no le proveería otro carro cuando el Skoda finalmente muriera desintegrado en el calor del trópico como se desintegraban todos los carros llegados a Cuba del campo socialista.

Quizás aún peor, Pepito comprendería eventualmente que nunca podría practicar medicina de avanzada en un país en donde, a pesar de toda la propaganda en el sentido contrario, había cada vez menos recursos y menos medicamentos para tratar hasta las enfermedades más corrientes.

23

Navidad

Es una foto tomada en las Navidades de 1967. En la foto estamos mi hermano y yo. Estamos al lado del nacimiento que montábamos cada año en casa de Tata y Lulu. Un nacimiento bastante grande, con figuras de yeso que habían sido hechas casi todas por mi padrino Pepe —el que ahora era miembro del Partido Comunista— cuando era joven, seguramente más para dar rienda suelta a su interés en las artes plásticas que a su fervor religioso. El nacimiento tenía no sólo las figuras imprescindibles —María, José, el niño Jesús, la mula y el buey— sino también a los tres Reyes Magos, con sus respectivos camellos, y montones de pastores y ovejas de todos los tamaños. Lulu ya me había explicado que mi tío Pepe los había hecho así para poder crear la perspectiva correcta, con las figuras más pequeñas aparentando estar más lejos, y las más grandes más cerca.

Recuerdo la Navidad del 67 claramente. El día de la foto era fin de año. Recuerdo que fuimos a casa de mi tía Eira, que seguía en la cárcel, y pasamos un rato con su hijo, que tenía poco más de veinte años, pero ya se había casado y tenía una niña. Fue la primera vez que alguien me ofreció a probar un poco de vino tinto. Aparecieron también algunos de los alimentos que habían sido tradicionales de la época navideña pero que ya nunca se veían —turrónes, nueces, avellanas— pero todos en las pequeñas cantidades permitidas por la libreta de racionamiento. Creo que mi primo se alegró de que fuéramos a visitarlo. Recuerdo también que en el camino de regreso a casa mi padre, que quizás había bebido de más, apretó el acelerador del Oldsmobile y recuerdo cuando le decía a mi madre: “¡Qué tremendo motor!... ¡Cómo corre todavía!”, mientras mi madre le pedía que fuera más despacio.

Cuando llegamos a casa nos fuimos al lado, a la casa de Tata y Lulu, donde encendimos el nacimiento y también las luces de nuestro árbol de Navidad improvisado. No era un árbol de Navidad propiamente dicho, sino un tipo de palma que Lulu tenía en un tiesto grade en el patio interior a la que le colgábamos las luces y guirnaldas de Navidad. Lulu era muy cuidadosa y en el 1967 todavía guardaba una buena colección de bolas de cristal, luces de colores y otras decoraciones navideñas, obviamente compradas antes de la Revolución.

No recuerdo el momento preciso de la despedida de aquel año. Pero sí recuerdo claramente en algún momento, ya bastante entrada la noche, estar parado afuera, frente a la calle, en el portal de la casa. Tiene que haber sido tarde porque, aunque vivíamos en el mismo centro del pueblo, ya casi no había personas en la calle y hasta las luces del garaje de al lado de mi casa estaban casi todas apagadas. Entonces en la semioscuridad que lo envolvía todo vi aparecer a nuestro vecino Furulo, con una botella de ron en una mano y unos vasitos pequeños en la otra. Furulo se plantó en la acera frente al garaje, casi en la calle, y comenzó a repartir el ron entre todas y cada una de las personas que pasaron por allí, completamente al azar, un trago a la vez, mientras les deseaba un feliz año, les daba un apretón de manos y hacía comentarios amistosos con cada uno de ellos.

Es verdad que Furulo era un hombre de la calle, conocido en todo el pueblo. Y es verdad que él también conocía a casi todo el mundo en Placetas. Y que posiblemente conocía de alguna forma a todos los hombres que pasaron por allí aquella noche, durante la media hora escasa que duró su espectáculo.

Pero la nobleza de aquel gesto, que ha quedado en mi recuerdo para siempre, no fue solamente que Furulo estuviera dispuesto a ofrecer un trago y una felicitación a un grupo de extraños. Era que Furulo estaba dispuesto a ofrecer, en el medio de la calle, un trago y una felicitación *a quien pasara por allí en ese momento*, fuera amigo o enemigo, blanco o negro, rico o pobre, comunista o gusano.

Yo no lo entendía entonces, pero lo entendí luego: En un país que comenzaba a deshacerse bajo la presión del odio preme-

ditado y donde las traiciones y los chivatazos, los juicios populares y la justicia sumaria abrían abismos cada vez más infranqueables entre la gente, incluidos viejos amigos y hasta familiares cercanos, aquel pequeño gesto de Furulo era, quizás inconscientemente para él o quizás no, una de las afirmaciones más contundentes y profundas de humanidad que yo recuerdo.

24

El lechón

Fotos de familia en Máximo. Día de matar un puerco. Julio Leiva se ve en la foto afilando los cuchillos que les va pasando a mi madre y a mi tío Domingo para descuartizar el puerco. Al lado, un caldero enorme con manteca hirviendo en donde se va friendo la carne y se van haciendo chicharrones –los mejores chicharrones del mundo, así, acabados de cortar y acabados de freír–. Un poco más allá están Angélica, la esposa de Julio, y mi tía Ofelia, que a pesar de vivir en el campo nunca se acercaba mucho al lechón. De hecho, sale en la foto sujetándose un pañuelito blanco a la nariz, porque todo aquello –el humo del fuego, el olor de la manteca caliente– siempre le causaba “coriza”. Al fondo, mi padre, cerveza en mano, conversa animadamente con Pepito Roche. Pepito viste ropa de última moda y gafas de sol muy oscuras. Lila, la esposa de Pepito, no aparece en la foto, pero no debe andar muy lejos.

Pepito había venido a Placetas de vacaciones por unos días y le había pedido expresamente a mi padre que lo trajera “al campo”. Aquella mañana en Máximo, antes de tomarse la primera cerveza, le pidió a mi tío Domingo que le prestara ropa de trabajo, machete, y sombrero de guano, y así, vestido de “guajiro” y machete en mano, se fue con mi padre y con mi tío hasta el borde del cañaveral más cercano, a no más de cien metros de la casa, bordeando la arboleda. Allí le pidió a mi padre que lo retratara simulando que cortaba caña, junto a mi tío Domingo por supuesto –un guajiro de pura cepa para prestar autenticidad a la foto–. Con esas fotos le demostraría a todos los “compañeros” de La Habana como, entregado por completo al espíritu de la Revolución, aún durante sus cortas vacaciones él, José Díaz de la Rocha, se había ido al campo en el centro de la isla, a cortar caña y a contribuir así a las labores de la gloriosa

zafra azucarera, junto a obreros y campesinos, unidos todos por igual en el esfuerzo proletario.

.

En Máximo no había electricidad. Una vez se mataba el puerco había que limpiarlo y descuartizarlo lo más rápido posible. Descuartizar un puerco grande no es tarea fácil. Hay que trabajar rápido y con conocimiento de lo que se hace. Por eso lo hacían entre los dos: Mi tío una mitad y mi madre la otra. La carne de puerco que no se consumía en la comelata del día o se compartía con los vecinos se almacenaba ya frita en un barril lleno de manteca sólida, y se iba sacando luego poco a poco según se necesitara.

Mi padre trabajaba en el CAN, el “Combinado Avícola Nacional”. En una economía centralizada, llena de siglas y abreviaturas y donde todo era o un “combinado” de algo o una “empresa consolidada” de algo más, a mi padre le tocó trabajar en la organización asignada a administrar todo lo que tuviera que ver con la producción de huevos, pollos y gallinas en Cuba. Mi padre trabajaba como contable en las oficinas provinciales del CAN, en Santa Clara, la capital de la provincia que estaba situada a poco más de 30 kilómetros de Placetas.

Esta es la única foto que guardo de esa época, relacionada con el trabajo de mi padre: Estamos los dos en la acera en una calle de Santa Clara, cerca del lugar en donde estaba localizada su oficina, en la calle Marta Abreu. Mi padre es un hombre joven y fuerte, con pelo negro y el gran bigote igualmente negro que había tenido desde muy joven. Yo soy un muchachito flaco y larguirucho sonriendo a su lado.

No recuerdo quién tomó la foto. Realmente, no recuerdo mucho de Santa Clara, aunque estaba relativamente cerca de Placetas y por el lado de mi madre teníamos familia que vivía allí. Pero cuando mi padre trabajaba en el CAN, de vez en cuando, en días en que yo no tenía clases, me llevaba con él a su trabajo. Esos días sí los recuerdo como algo muy especial.

La “oficina” en realidad era una antigua casa colonial, amplia y fresca, y no muy diferente de nuestra propia casa en Placetas. Las habitaciones, las paredes, y hasta el patio interior eran muy similares. Recuerdo la habitación en donde estaba su escritorio y la foto de Fidel Castro que habían puesto en la pared detrás del mismo, como quien pone a un santo. Recuerdo vagamente a algunos de sus compañeros de trabajo. Y recuerdo que cuando iba con él siempre me llevaba a media mañana a una

panadería cercana a la oficina a comer pan calentito, acabado de hornear, con aceite y tomate. Casi siempre mi padre me buscaba papel y lápices y un lugar donde sentarme y mientras él hacía su trabajo yo pasaba el día dibujando o escribiendo cosas y así me entretenía.

Así me recuerdo: Yo sentado cerca de mi padre dibujando, mientras el trabajaba con las cuentas y los papeles en su escritorio, aunque de esa escena en particular no tengo una foto.

.

Tiene que haber sido frustrante para él trabajar como contable en una empresa estatal en un país comunista, calculando costos y ganancias que realmente no significaban nada. Aún lo recuerdo cuando se llevaba trabajo a casa para hacer unos estados de costo sumamente detallados, tratando de demostrar a los que dirigían aquella “empresa” que estaban perdiendo dinero con cada pollo y con cada huevo que salía al mercado. Que había que reducir los costos de operación. Que había que mejorar la productividad de las granjas...

El CAN había traído gallinas ponedoras de Rusia para las granjas de huevos. Se suponía que aquellas gallinas, blancas como la nieve de Siberia, podían poner una cantidad extraordinaria de huevos. Muchos, pero muchos más que las gallinas cubanas. Los huevos eran unos huevos blancuzcos, como las mismas gallinas, con una yema también blancuzca y no de un amarillo puro e intenso como los huevos que ponían las gallinas del país. Sin embargo, siendo los únicos huevos que llegaban al pueblo bajo el programa de racionamiento, a pesar de los recelos iniciales, la gente se acostumbró a comérselos... Las que no se acostumbraron a una comida diferente fueron las gallinas: Para poner tantos huevos aquellas gallinas rusas sólo comían un pienso que en Rusia quizás era barato, pero que en Cuba era caro, porque había que importar muchos de los ingredientes.

Luego comenzaron los desastres producto de la mala administración. Recuerdo las historias de mi padre, a veces jocosas, a veces llenas de frustración: La del maíz para hacer pienso que

los mejicanos le vendieron al CAN sin fumigar, y que se llenó de palometas en el silo de almacenaje de tal manera que cuando lo fueron a usar ya sólo había palometas y no maíz. La del idiota al que enviaron a Rusia a capacitarse como “técnico de granjas avícolas” y que a su regreso insistió en ajustar los calentadores de las naves incubadoras para los pollitos pequeños a las mismas temperaturas que se utilizaban en Rusia en invierno –aunque estaba en un país tropical– y que terminó matando de calor a miles de pollitos en su primera semana de trabajo. La del que decretó una reducción de la ración de pienso a las gallinas de un 30%, con el resultado de que las gallinas sencillamente dejaron de poner huevos.

También recuerdo sus comentarios, mucho más discretos, sobre la corrupción rampante en la empresa. Los miembros del Partido que la dirigían –mi padre nunca fue uno de ellos– se sentían en la libertad de llevarse huevos, pollos y gallinas, para repartir entre ellos y sus familiares. También sustraían de la empresa dinero, materiales de construcción, combustible, y cualquier cosa de utilidad para ellos o para negociar trueques en el ya floreciente mercado negro. Mi padre, en sus propias palabras, nunca se llevó “ni un huevo”. Al contrario, siendo un buen contable se dedicó a asegurar que toda transacción que pasaba por su escritorio tenía todas las debidas firmas de autorización y a archivar sistemáticamente copias de todo.

Eventualmente la corrupción en el CAN llegaría a un punto en que se llevarían arrestados a gran parte de la plana mayor de la empresa a nivel provincial. Mi padre se quedó casi solo por varios días en aquella oficina de Santa Clara. Era el único que no era miembro del Partido. Aparentemente era también el único que no se había robado nada.

Esta es una foto en el patio de nuestra casa. Una foto en blanco y negro, como casi todas, y como casi todas ya algo borrosa por el tiempo. Estamos mi hermano y yo, sin camisa, con tres puerquitos pequeños, en el fondo del patio. El patio era grande, para una casa en el mismo centro del pueblo, con dos árboles de mango gigantescos, que como Lulu siempre me recordaba habían sido sembrados mucho tiempo atrás por mi tatarabuelo, el mítico Viejo Roche. En época de mangos recogíamos las frutas en cubos y había suficientes mangos para regalar a todas las amistades y vecinos. Mi hermano y yo nos hartábamos de mangos. Y como ya hacía tiempo que escaseaba la comida, los mangos encontraban el camino a la mesa en las más diversas combinaciones. Lulu los freía, en sustitución de los plátanos maduros fritos que tanto nos gustaban a mi hermano y a mí. No sabían exactamente igual, pero ya era difícil conseguir hasta plátanos, y los mangos fritos resultaban un buen sustituto. Sin embargo, esta foto no fue tomada en época de mangos. Lo sé, porque se hubieran visto algunos en el suelo –los que caían desde lo más alto, ya muy maduros, y se destrozaban al chocar con la tierra–. También estamos demasiado abrigados, con camisas de manga larga y “sweaters”, lo cual indicia que la foto se tomó en invierno, cuando los mangos no habían ni comenzado a florecer. En cuanto a los puerquitos de la foto y el cómo y cuándo llegaron a nuestro patio, pues sí que tienen una historia...

Meses antes, mis padres habían tenido la oportunidad de comprarle una puerca a uno de los guajiros de Máximo, vecino de mi tío Domingo. La puerca se debe haber pagado a buen precio, pero era una oportunidad de las que no había muchas y que no se podía dejar pasar. La idea era sacrificar al animal en la finca de Máximo y repartir la carne entre nosotros y mis tíos. Pero cuando llegó el momento del sacrificio, alguien se dio cuen-

ta de que la puerca en cuestión no estaba bien cebada, sino que estaba preñada. Así es que se aplazó todo aquello y la puerca se quedó en Máximo, vivita y coleando, esperando a que pariera. De allí fue que salieron los tres puerquitos, a quienes mis padres tomando pie de una de las muchas consignas revolucionarias que la propaganda oficial repetía sin descanso, bautizaron con los nombres de Estudio, Trabajo y Fusil (La consigna completa era “¡Estudio, trabajo y fusil! ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!”).

Como los puerquitos eran pequeños y se corrían riesgos en la finca, mis padres decidieron traérselos a casa. Así que un buen día Estudio, Trabajo y Fusil hicieron el corto viaje desde Máximo a Placetas en el Oldsmobile azul de mi padre, quien previo a esto había construido un corral improvisado en la parte más distante del patio. Allí crecieron los 3 puercos, alimentados con sobras, mangos de los árboles del patio y todo lo que se pudiera conseguir. Mientras eran pequeños, como están en la foto, fueron una especie de mascotas para mi hermano y para mí. Luego, según fueron creciendo, se convirtieron en animales sucios y apestosos, como todos los puercos, y aquella amistad inicial se fue disolviendo, para convertirse en el trabajo de ayudar a mis padres a lidiar con ellos, alimentándolos y manteniendo el corral lo más limpio posible para que el hedor de aquellos animales, que no se suponía que estuvieran en el patio de una casa en el centro del pueblo, no fuera a molestar a los vecinos que colindaban con nuestro patio y muy en particular a unos vecinos que había al doblar la esquina que eran muy comunistas, muy miembros del Partido, y muy cara de pocos amigos.

A Estudio, Trabajo y Fusil les fue llegando la hora a través de un período más o menos extenso de tiempo. No recuerdo a cuál le tocó primero. Si recuerdo al verdugo: Un hombre tosco y áspero, pero muy cuentista, que se llamaba Perdomo y cuya especialidad parecía ser el matar puercos. Perdomo era una persona de relativa confianza, vecino de mi tía Eira (que aún estaba presa) y conocido de muchos años de mi familia materna. Esto era importante, pues estamos hablando de matar puercos obtenidos en el mercado negro y criados ilegalmente en un área urbana, algo que muchos se veían obligados a hacer, pero que aun así en

caso de una denuncia podía traer serias complicaciones. Perdomo era un hombre de poca educación, pero con la honestidad de la gente humilde que, a falta de otras cosas, valora por encima de todo ciertos principios. A Perdomo se le pagaba en especie: con buenos pedazos de carne del animal sacrificado. Y lo recuerdo contándole a mi abuela materna y a mi madre la historia de la vez que había matado un puerco para una gente muy tacaña, que pretendieron pagarle con órganos y sobras y como él, lleno de orgullo propio, les había arrojado aquellas piltrafas a los pies declarando que ni él ni su familia eran puercos, que el único puerco allí era el animal que él acababa de matar y por allí mismo se había largado del lugar sin mirar atrás. Un gesto muy noble para un hombre pobre con muchos hijos a los que alimentar y en medio de la escasez que había en Cuba.

Eso nunca le ocurrió en mi casa. De casa Perdomo siempre se llevó un buen pedazo de carne de cerdo para su familia, fuera Estudio, Trabajo o Fusil la víctima del momento. Mis padres eran también muy cuidadosos de compartir parte de la carne con todos los vecinos, incluyendo con los muy comunistas que vivían al doblar la esquina. En el caso de esos era más claramente un soborno: Cualquiera que ha visto matar un puerco sabe bien el ruido que el animal hace. Después que matamos al primero era ya imposible ocultarle a ningún vecino la presencia de los puercos en el patio y mis padres no querían tener problemas con el CDR.

.

Para la época de los puercos en el patio de la casa ya los CDR, los temidos “Comités de Defensa de la Revolución”, estaban institucionalizados sistemáticamente a todo lo largo y ancho del pueblo. Por lo general había uno cada una o dos manzanas. Sus líderes eran con frecuencia aquellos vecinos nuevos que gradualmente habían ocupado las casas de aquellos que ya se habían marchado al destierro. Pero los había también de los que habían sido “pequeños burgueses” y de repente, por convicción algunos y por conveniencia la mayoría, se habían convertido de la noche a la mañana en fanáticos comunistas.

La función principal de los CDR era espiar todo lo que ocurría en el barrio. El espionaje era continuo y no respetaba en lo más mínimo la privacidad de nadie. Sabíamos que era así, al extremo de que en las pocas ocasiones en que íbamos a estar fuera de la casa por un día o más, mi padre le dejaba saber “al Comité” a donde íbamos a estar, por cuanto tiempo y qué íbamos a estar haciendo allí.

Pocas de la “organizaciones de masas” creadas por la dictadura en Cuba eran tan odiosas y repugnantes como los CDR. Sus miembros eran espías y delatores; eran los que acusaban en los “juicios populares”; eran los que apoyaban turbas y manifestaciones forzadas a favor —o en contra— de cualquier persona o cosa, lo que la dictadura ordenara. Y eran, sobre todo, la razón más penosamente visible por la cual en un país antes amistoso y hospitalario como había sido Cuba ahora no se podía confiar en nadie, ni siquiera en tus propios vecinos.

27

La pelota

Es una foto pequeña y borrosa. Se ha ido borrando un poco con el tiempo y le falta un pedazo en la esquina superior derecha. Pero definitivamente ese muchacho que está en la foto soy yo. Estoy sentado en el cuarto de mis padres, al lado de un radio grande y antiguo —uno de aquellos radios de tubos al vacío hechos por la RCA Victor que todavía abundaban en Cuba—. Por la expresión de concentración en mi cara parece obvio que estoy escuchando un juego de pelota transmitido por radio.

A los nueve años yo era ya un verdadero fanático del béisbol. Tenía un equipo —los “Azucareros”— y seguía la mayoría de sus juegos, aún si eso suponía estar pegado del radio por horas a la vez. Recuerdo hasta el día de hoy el nombre de los jugadores, incluyendo los lanzadores estelares de aquella época: Rolando Macías y José Antonio Huelga. Recuerdo cuando José Antonio Huelga lanzó un juego de veinte entradas. Mi abuelo Tata decía que no deberían permitir eso, que lo iban a “quemar”. Pero él siguió ponchando bateadores hasta la última entrada. Para mí Huelga era sobrehumano, como lo eran todos los jugadores de aquel equipo fantástico, que con un montón de jugadores “del campo” derrotó a los equipos de La Habana para coronarse campeón en la Serie Nacional de 1967-68. Así es que yo me pegaba del radio y escuchaba atento la narración jugada por jugada, muchas veces en la voz inconfundible de Bobby Salamanca. Mientras escuchaba, me iba haciendo una imagen de cada jugador como figuras casi míticas, capaces de las más increíbles hazañas en el campo de juego.

Mi padre tenía un amigo llamado Luis que también era de Placetas y trabajaba en Santa Clara, excepto que el amigo no trabajaba en el CAN sino en otro conglomerado del gobierno que en lugar de producir pollos y huevos se encargaba de todo lo

relacionado con la distribución de galletas, dulces y refrescos, pero también cerveza y ron. Y así fue como un día llegó mi padre del trabajo haciendo el cuento de como los jugadores del equipo Azucareros se habían aparecido a la empresa donde trabajaba Luis y se habían llevado no sé cuántas cajas de ron y de cerveza, más refrescos y entremeses, para un fiestón que iban a hacer después del juego de esa noche. Todo esto quizás habría parecido normal en cualquier otro sitio, pero Cuba era un país donde todo estaba ya racionado y donde conseguir una sola botella de ron o unas pocas cervezas en el mercado negro era ya una verdadera aventura. Yo no lo podía creer. No podía imaginar a mis héroes de la radio como un grupo de privilegiados, sacando provecho de su posición para obtener lo que para la gente de pueblo era ya inaccesible. Y mucho menos me los podía imaginar borrachos... Me quedé por un momento como suspendido en el espacio.

Mi padre me devolvió a la realidad. “Los peloteros son personas como cualquiera”, me dijo. “Son como tú y como yo, Fernan. No son mejores ni peores. Algunos serán buena gente, otros quién sabe...”. Y me miró a los ojos como hacía en todos los momentos en que compartía conmigo algún detalle profundo sobre la realidad de la vida que yo estaba descubriendo por primera vez.

.

Algunos meses después Tata me llevó a ver por primera vez un juego de la Serie Nacional. Los juegos siempre eran en los estadios grandes de las capitales de provincia. Pero por alguna razón que no recuerdo aquel juego fue en el terreno de pelota del central San José. No podía llamarse un estadio. Apenas había gradas. Encontramos un espacio detrás de la cerca del jardín derecho y desde allí vimos el juego de pie pues no había donde sentarse. El tiempo no estaba bueno y estuvo lloviznando todo el partido.

Allí estaban mis héroes. Y mi padre tenía razón: Eran de carne y hueso. Eran gente como cualquiera. En la vida real y visto todo de cerca aún las mejores jugadas no parecían tan increíbles como sonaban en el radio en la voz de Bobby Salamanca.

Hasta me pareció que los peloteros jugaban sin muchas ganas... Realmente no era lo que yo me imaginaba.

Es verdad que a los nueve años yo era ya un gran aficionado al béisbol. Pero aquel día, regresando a casa con Tata bajo la lluvia —que ya no era llovizna sino aguacero— dejé de ser fanático de ningún equipo. El juego me seguía gustando. Pero sólo como eso: un juego.

IV.
LA REALIDAD QUE SE ABRE PASO
El final infeliz de esperanzas y fantasías



Con mi hermano y mi primo Rubén en Máximo

28

Solos

Esta es una foto con mi primo Rubén, el hijo de mi tío Domingo. Estamos solos los dos, “posando” frente a un vagón de tren azucarero en la línea de Máximo. Es un día de sol brillante y cielo azul. Rubén, que era cuatro años mayor que yo, está sonriente. Yo no. Yo estoy muy serio. Esta es la última foto que tengo con Rubén en Cuba.

Mi mundo comenzó a cambiar en el 1968. Yo vivía consciente de que algunas de las personas más cercanas a mí se irían para “El Norte” algún día. Pero cuando uno es niño los meses son más largos y los años casi infinitos. Sí, algún día llegaría ese momento, y yo lo sabía. Pero sería luego. Más tarde, mucho más adelante, después de mucho tiempo. Quizás nunca. Eso: Quizás nunca. Quizás las cosas iban a cambiar. Después de todo, yo aún escuchaba los murmullos de algunos en el sentido de que aquello no podía continuar así. Que tendría que terminar de alguna forma. Que los americanos no iban a permitir la permanencia de una dictadura comunista en el Caribe. Pero en el 1968 todo llegó de momento.

Creo que primero les llegó el permiso de salida a mi tío Domingo, su esposa Ofelia y mi primo Rubén. Recuerdo cuánto me dolió aquella ausencia tan repentina. ¿Cómo íbamos a ir ahora a la finca en Máximo? Los padres de Ofelia, ya ancianos, estarían allí todavía. Pero, ¿con quién íbamos a jugar mi hermano y yo si ya Rubén no estaba? ¿Cómo sería la finca sin mi tío Domingo organizándolo todo, desde su caballo, siempre con una sonrisa?

Luego se fueron Carmencita y Lourdes, mis vecinas de al lado. No eran familia, pero estaban más cerca. Además, como vivíamos en el centro del pueblo, rodeados de edificios públicos o comerciales, y no casas de familia, la realidad es que nunca hubo

muchos niños en el barrio. Como resultado, al irse Carmencita y Lourdes, más su hermano menor, Agustincito, nos quedamos casi solos en el barrio Mayito Duménigo, mi hermano y yo.

Finalmente se fueron mis primos de La Habana. Su padre, mi tío Jorge, había salido de la cárcel y un tiempo después pudieron salir todos de Cuba. Salieron por lo que llamaban entonces “el puente aéreo”: Directamente de La Habana a Miami. Todo ocurrió muy rápidamente. No creo que llegué a despedirme de ellos, o si lo hice no lo recuerdo. Después de todo vivían en La Habana. Estaban lejos. Yo sólo los veía en las vacaciones, cuando yo iba a La Habana, o cuando ellos venían por unos días a Placetas. Y, sin embargo, aun así me quedó como una sensación de vacío por dentro, firmemente anclada en el conocimiento de que la próxima vez que yo fuera a La Habana, ya ellos no estarían allí.

Se fueron todos: Mi tío Domingo, mi primo Rubén, mis primos de La Habana, mis amigas del barrio. No recuerdo el tiempo de forma completamente precisa, pero creo que todo ocurrió en un período de sólo unos meses. Por mucho tiempo me invadió un profundo sentimiento de soledad. ¿Regresarían algún día? No. Dejé de creer en el regreso. Nadie regresaría nunca. Los que se iban, se iban para siempre. Nadie había regresado. De Cuba se podía decir que era difícil salir, pero imposible volver. Me había quedado sin primos de mi edad. A mi tío Jorge apenas lo conocía, por todo el tiempo que él había estado en la cárcel, como preso político. Pero a mi tío Domingo sabía que lo iba a extrañar enormemente.

.

“Pero es que los americanos no van a permitir jamás la permanencia de una dictadura comunista a 90 millas náuticas de sus costas...”. ¡Ah! ¡Cuántas veces escuché esa historia! Que los americanos no iban a permitir aquello. Que lo que Kennedy no había hecho, el tejano Johnson sí que lo iba a hacer, porque ese sí era un americano de verdad, como los vaqueros en las películas del oeste...

La realidad era que en el mundo de las ideas Cuba había sido colonizada por los Estados Unidos por muchos años antes

de la Revolución y que aún ahora estábamos pagando las consecuencias de tener una clase media que había pasado demasiado tiempo en los años cuarenta y cincuenta leyendo revistas como “Selecciones del Reader’s Digest” y “Life”, que predicaban continuamente la superioridad del modelo americano y del “American way of life”; una clase media que se había atragantado de toda aquella propaganda producida durante y después de la Segunda Guerra Mundial, donde los americanos eran todos una especie de superhombres, justos y nobles; una clase media que había visto demasiadas películas hechas en Hollywood, donde unos pocos magnates del cine habían reescrito tantas veces la historia para apoyar lo mejor posible la teoría de la superioridad anglosajona.

Así fue como nos quedamos en la década del sesenta: Esperando que nuestros nobles vecinos del norte vinieran a rescatarnos. Sólo que los americanos ni eran tan nobles, ni estaban tan interesados en Cuba. Para los que creaban la política exterior de los Estados Unidos, éramos sólo un peón en un juego gigantesco de ajedrez global. Para sus hombres de negocios, un mercado pequeño que se había perdido y quizás algunas propiedades confiscadas –nada que un “write-off” no pudiera corregir en sus libros de contabilidad–. Para la mayoría de los políticos norteamericanos éramos otra república bananera más, al sur de sus fronteras, habitada por gente generalmente vaga y fiestera, con nombres como Juan y José, sombreros de paja y grandes bigotes negros. Y para la inmensa mayoría del pueblo norteamericano, no éramos nada. Absolutamente nada. Porque el americano promedio, entonces como ahora, no sabía ni siquiera donde estaba Cuba. Y tampoco le interesaba saberlo.

.

No recuerdo haberme despedido de nadie. Quizás porque no hubo grandes despedidas. O quizás porque a veces borramos de la memoria los recuerdos que más nos duelen.

Tampoco tengo muchas fotos. Sólo páginas que pudieron estar llenas en un álbum, pero que quedaron vacías: Las páginas

para las fotos que podía haber tomado en el verano del 68 y en los veranos siguientes con mi tío Domingo y con mi primo Rubén en la finca de Máximo, con mis otros primos en La Habana, y con mis amigas en la playa de Caibarién, si todos ellos no se hubieran ido.

29

Manacas

Esta es una foto de mi padre con sus amigos Nazín y Mario. Es una foto muy vieja, tomada a principios de los años 50. Están en la mesa de un restaurante, con otros amigos. Casi todos visten guayaberas de hilo, blancas y bien planchadas. Sobre la mesa no hay comida, sólo muchas botellas de cerveza Hatuey.

Nazín y Mario Dali eran cubanos de origen libanés. Sus padres habían llegado a Cuba del Líbano más o menos por la misma época que mi abuelo José Torre había llegado desde España. Se habían establecido en Placetas y habían creado con su trabajo un negocio de molida y venta de café, el café “Los Moritos”. Sus hijos, también conocidos cariñosamente como “los moritos”, nacieron en Placetas y crecieron junto a mi padre y sus hermanos. Nazín y Mario eran amigos de mi padre. Amigos de juventud, de fiestas y parrandas. Pero buenos amigos.

Mi madre siempre recordaba la ocasión en que, antes de conocer formalmente a mi padre, lo había visto en un desfile de carnaval en Placetas, en un carro viejo y desvencijado, ya al final de las carrozas formales, con sus amigos los moros, cantando disparates a toda voz y lanzando al público rollos de papel sanitario en lugar de la serpentina tradicional.

Las parrandas de juventud de los moritos llegaron a ser legendarias en Placetas por unos años a principios de los cincuenta. Y mi padre siempre andaba con ellos. Luego a mi padre le llegó el momento de casarse y tranquilizarse, pero los moritos siguieron en su soltería alborotada y fiestera por unos años más. En esa estaban cuando llegó la Revolución. Y en esa estaban aún cuando decidieron oponerse abiertamente al régimen, después de alguna noche de tragos a principios de los años sesenta. No duraron mucho. Eran gente noble, pero no eran buenos conspi-

radores —demasiado abiertos, demasiado confiados, demasiado descuidados en lo que decían y a quién y en dónde, en un país que ya estaba lleno de chivatos—. Se los llevaron a engrosar las filas del presidio político, como a tantos otros. Como a mi tío Jorge. Como a mi tía Eira. Como a otros amigos de mi padre.

Si mi padre hubiera sido otro, aquello habría quedado allí. Después de todo eran los amigos de juventud. Cuando cayeron en prisión ya hacía años que no eran compañeros de parranda ni de nada. Los podría haber olvidado. Pero mi padre fue siempre muy fiel a sus amigos. Ellos no tenían esposas ni mucha familia cercana fuera de la cárcel: Sólo una hermana solterona. Mi padre ayudó a la mujer como pudo y muchas veces iba con ella a la cárcel a visitarlos. La cárcel estaba en Manacas, en la misma provincia de Las Villas. Al menos era más accesible que cuando iba a visitar a su hermano en la cárcel de Isla de Pinos o a su cuñada en Pinar del Río, en el extremo oeste de Cuba.

Yo tenía nueve años cuando los conocí y nunca había visitado una cárcel. Mi padre me dijo un día muy tranquilamente: “Voy a visitar a unos amigos y quisiera que vinieras conmigo. Tú no te acuerdas de ellos, porque eras muy pequeño cuando se fueron. Pero ellos sí se acuerdan de ti y les gustaría mucho verte, ahora que ya estás hecho un hombre”. No dijo nada más, ni tenía que decirlo.

Manacas no estaba muy lejos de Placetas. No recuerdo mucho del viaje para llegar hasta allí. Pero recuerdo muchas otras cosas como si hubiera sido ayer. Era un día nublado y lluvioso. Yo había esperado ver un imponente edificio gris, con gruesos barrotes de metal en las ventanas, como las cárceles de las películas, pero no era así. Lo primero que encontramos fue un área grande, llana, completamente desprovista de vegetación. La tierra era de un color carmelita muy vivo, que una llovizna ligera pero continua comenzaba a convertir en barro. Al final del descampado, había una cerca metálica, con un portón. Seguimos a la gente que caminaba hacia el portón, lentamente, en fila india. Nos fuimos acercando. No era una cerca común: estaba llena de alambre de púas y, distribuidos a intervalos regulares, una especie de puestos de observación con guardias armados. En la entrada también había guardias armados, en el uniforme verde olivo del régimen.

Nos revisaron de arriba a abajo. Todo. La ropa, los bolsillos, la “jaba” que llevábamos con algo de comida que la hermana les había enviado con mi padre y que los guardias desempacaron e inspeccionaron parte por parte con una siniestra y metódica eficiencia. Más allá, otro descampado: Más tierra rojiza, completamente pelada, que la persistente llovizna seguía convirtiendo en barro. Caminamos tras los demás visitantes, siguiendo el trillo de tierra apisonada que aún no había cedido a la lluvia. El cielo era de un gris plomizo. No había nubes individuales, sólo aquella capa gris. Y al final del descampado, otra cerca metálica, llena de alambre de púas. Más guardias armados. Más puestos de observación. Hombres de verde olivo armados con ametralladoras. Nos revisaron nuevamente. Luego otro descampado y finalmente llegamos al área de la visita: Era casi al aire libre, con techo, pero sin paredes. Todo a la vista de los guardias. Tiempo limitado. No se podía hablar de mucho. Noticias de amigos y familiares. Los enfermos; los que se habían ido; los que habían caído presos recientemente.

—Fernandito, ¡qué grande estás! —Nazín Dali me miraba y luego miraba a mi padre con asombro—. ¡Cómo ha crecido este muchacho! Ya tienes un hombre.

—El tiempo pasa. Ya llevamos 6 años aquí adentro...

Su hermano Mario, algo menor en edad, lo había interrumpido brevemente, como tratando de traerlo de regreso a la realidad. Pero Nazín continuaba examinándome con aquella mirada de genuina sorpresa.

—Oye, Fernando, es muy serio este muchacho. No se ríe.

—Sí, es que es medio guajiro...

—A ver, Fernandito, ven acá, déjame medirte el dedo, que te voy a hacer una sortija...

Los presos hacían sortijas con el metal de una peseta cubana de aquella época, moldeando el metal de la moneda a golpes, poco a poco, en un proceso que tomaba mucho tiempo y no poca paciencia. Supongo que era una forma de mantenerse ocupados. “Medirme el dedo” fue simplemente mirarlo, tomar una breve medida “a ojo” y eso fue suficiente.

Luego se acercaron otros hombres, también de Placetas y conocidos de mis padres. Un saludo. Algunos comentarios sin

mucha profundidad. Entendí que no era mucho lo que ese podía hablar bajo las miradas herméticas de los guardias... Y los guardias, ¿de qué pueblo eran? Eran cubanos, eso sí. Pero ¿por qué tanto odio en aquellas miradas? ¿Qué nos separaba? Creo que era odio lo que vi aquel día. Pero un odio calculado, aprendido, inculcado. El odio cuidadosamente cultivado por el régimen entre sus esbirros a todos los niveles. El odio reservado para los contrarrevolucionarios. El odio reservado para los “gusanos”. Nunca lo había sentido tan de cerca hasta ese día. Hasta ese día yo sabía de ese odio oscuro y profundo sólo por referencia. Supongo que era porque, aunque no estábamos “integrados” a la Revolución, tampoco éramos abiertamente “gusanos”. Yo no sabía entonces cómo la vida de mi familia inmediata y la mía cambiarían poco tiempo después y que ya nos sobrarían las oportunidades para sentir aquel mismo odio, en carne propia, muy de cerca.

Sentí una pena muy profunda por aquellos hombres. Por Nazín y Mario. Por los otros de mi pueblo que estaban allí. Por todos ellos. La mayoría eran aún hombres relativamente jóvenes. Comprendí sin que nadie me lo explicara que llevaban años allí y que ninguno de ellos sabía cuándo serían libres, o ni siquiera si alguna vez llegaría ese día. Comprendí sin verlo que en algún lugar allí cerca sí había un edificio gris, como las cárceles de las películas, con barrotes de hierro en las ventanas y que era allí, encerrados en un calabozo, en donde realmente transcurría su vida. Y sin embargo de aquellos hombres emanaba también un sentimiento de fortaleza interior que he vuelto a ver muy pocas veces en mi vida.

Sólo muchos años después supe a cabalidad lo que realmente significaba ser preso político en Cuba y que el odio de los esbirros no se quedaba en aquellas miradas de desprecio, sino que se traducían en golpizas, torturas y todo tipo de vejaciones hacia los prisioneros. Mi admiración y mi respeto ha sido constante para todos los presos políticos cubanos que mantuvieron esa dignidad y esa fortaleza de espíritu y que no olvidaron nunca que, pasara lo que pasara, estaban en el lado correcto de la Historia.

No creo que la visita durara más de dos horas. Nos despedimos y emprendimos el camino de regreso. La llovizna continuaba y el descampado era todo barro rojizo que se pegaba de

los zapatos. Nuevamente las alambradas y las inspecciones en cada puerta. Teníamos que salir en grupos, como mismo habíamos entrado. En una de las inspecciones la lluvia arreciaba y mi padre me dijo que me cobijara bajo un pequeño techo al lado del sendero de salida, en lo que los guardias revisaban a algunas de las personas que iban delante en la fila. De repente hubo una movilización de los militares –algo andaba mal–. Gruñían entre ellos palabras ininteligibles. La lluvia había arreciado y comenzaron los truenos. Los que esperaban para salir no entendían lo que ocurría, pero la situación se tornaba tensa rápidamente. Más guardias se acercaron, rodeando completamente al grupo... Entonces entendieron: Faltaba una persona. “En este grupo entraron quince y ahora hay sólo catorce...”. Mi padre salvó la situación, apuntando hacia mí: “Es mi hijo, que está allí... lo dejé que se quedara unos pasos atrás... por el aguacero”. En su celo carcelario los esbirros habían perdido de vista a un niño de nueve años a sólo unos pocos metros de distancia. Finalmente nos dejaron pasar, contando cabezas de nuevo y revisándonos nuevamente a cada uno.

Salimos de allí en silencio. Mi padre no habló mucho en todo el viaje de regreso a Placetas. Luego sería obvio por qué me había llevado con él aquel día. Ya en esa época me trataba como un hombre y trataba de explicarme las cosas con mucha sinceridad, como mejor podía. Meses después, cuando pasó lo que pasó, ya yo no necesitaba explicaciones.

Si mi hermano hubiera sido mayor, sé que mi padre lo habría llevado con él también aquel día. Pero mi hermano tenía sólo seis años.

.

Algunos meses después, un día en que la hermana de los moros vino a mi casa, trajo un regalo para mí: La sortija que sus hermanos me habían hecho en la cárcel. Me la puse en el dedo que me habían “medido” y me quedó perfecta. La usé continuamente por varios años, cambiándomela a los dedos más pequeños según yo crecía.

30

El Salto

En esta foto estamos mi hermano y yo con mi tía Eira en la playa. Pero no es la familiar playa de Caibarién. Es una playa de arena “negra” (gris, en realidad) y muy llana: A pesar de estar a una buena distancia de la orilla el agua apenas me llega a las rodillas. Es una foto tomada en la playa de El Salto, un poblado pesquero en la costa norte de lo que era la provincia de Las Villas, al noroeste de Sagua La Grande y muy cerca del municipio de Corralillo. La foto está tomada en el verano de 1968.

Habíamos ido a El Salto de vacaciones. Nos fuimos la familia completa por una temporada, menos mi padre, que tenía que trabajar, y sólo estuvo con nosotros parte del tiempo. Fue algo muy distinto de lo que hacíamos todos los años: En lugar de los viajes diarios a Caibarién, esta vez nos fuimos realmente de vacaciones por varias semanas. Creo que parte de la razón es que mi tía Eira había salido hacía poco de la cárcel y estaba viviendo sola en una casita en El Salto que una parienta le había prestado. Aunque había otra razón, de mucho más peso, para aquellas vacaciones tan diferentes, que yo sólo entendería un poco más adelante.

En El Salto realmente no había mucho que hacer: Una larga península arenosa, recorrida en toda su extensión por un camino sin asfaltar; la playa al lado este del camino, las casas en hilera al lado oeste, y al fondo detrás de las casas, la laguna de agua salobre, llena de manglares. Las casas eran sencillas, con techos de guano y paredes de tablas rústicas. La laguna estaba llena de cangrejos de tierra de todos los tamaños, de mosquitos hambrientos (sobre todo en las horas de calma, cuando la brisa no soplabla) y de mierda (ya que todas las casas tenían letrinas sobre la laguna). La playa sin embargo era otro mundo, amplia y llana, rebosante de agua clara y salada que llegaba hasta la orilla en olas suaves

y pequeñas. El lado de la laguna era sombrío y oscuro, por los manglares, pero en la playa no había ni donde cobijarse del sol, un sol radiante y continuo que lo llenaba todo de luz.

A mí siempre me ha gustado hacer castillos de arena. Y aquel verano en El Salto me di gusto. Hacía torres redondas. Luego cuadradas. Luego aprendí a hacerles techos puntiagudos a mis torres. Y puertas. Y ventanas. ¡Tanta concentración! Haciendo un torreón a la vez. Y luego otro. Y luego la muralla que los conectaba. Y así, hasta tener un castillo completo... Me imaginaba que yo era no uno, sino muchos hombres pequeñitos que construían el castillo y lo construía poco a poco, torre a torre, tal como lo habrían hecho aquellos hombres diminutos de mi imaginación. Incluso extendía las fortificaciones siempre de la forma más estratégica posible, pues asumía que podíamos ser atacados en cualquier momento. Así pasaba mañanas y tardes, de sol a sol. Cuando bajaba la marea, extendía murallas y caminos hacia el mar que huía, para asegurar el acceso marítimo a mis tropas, y construía represas en los delgados ríos que dejaba atrás la marea, para asegurar el abastecimiento de agua a mis fortificaciones. Y cada noche le dejaba mi trabajo al mar, que lo barrería todo, y así podría empezar otra vez, a la mañana siguiente, con una fantasía nueva, con un nuevo castillo.

Al principio me quemé con el sol. El sol del Caribe, que no perdona. Me llené de ampollas, me subió la temperatura y por uno o dos días lo pasé sinceramente mal. Mi tía Eira, que todo lo resolvía con vinagre en aquella época, me puso compresas de vinagre por todo el cuerpo. No creo que sirvió de nada. Finalmente, solté el pellejo en tiras. Pero para entonces ya no me dolía. Me entretuve despellejándome a mí mismo: brazos, piernas, nariz, frente, espalda... La nueva piel salió dura y curtida. Oscura, fuerte, salada. Piel de pescador, pensé. Y ya el sol no volvió a molestarme en todo el verano.

Otras cosas también cambiaron: A fuerza de pisar la arena caliente de El Salto me salieron callos en los pies. Ya no me molestaba tanto caminar descalzo por las partes más ásperas de la playa, pisando, más que arena, fragmentos de conchas y pedazos de coral. Tampoco me daba asco pisar en las partes fangosas de

la playa, donde el fondo estaba lleno de sargazos. Finalmente aprendí a nadar bien. Por primera vez en mi vida me atrevía a nadar en lugares donde no daba pie. Por primera vez le había perdido un poco el miedo al mar. (Más bien el mar y yo comenzamos ese verano una amistad que duraría por años).

Piel de pescador. Castillos de arena. Piel de pescador, dura, oscura, salada: Al cabo de unas semanas ya no parecía un muchacho de un pueblo pequeño en el interior de la isla, sino un hijo de pescadores. Quizás por eso, los hijos de los pescadores venían a ver mis castillos de arena y me invitaban a pescar. Cogíamos jaibas pequeñas en las partes bajas de la playa para usar como carnada. Y luego nos íbamos al final de los muelles con el hilo y los anzuelos. Pero nunca pescábamos nada. Al menos, nada que valiera la pena. Y es que ellos, en realidad, no sabían de pesca más que yo. O sea, que no sabían nada.

.

Me tomó un tiempo comprenderlo, pero es que El Salto estaba lleno de hijos de pescadores... pero sin padres. Yo al principio asumía que había padres. Que salían a pescar, muy temprano, y por eso no los había visto. Pero los padres, uno tras otro, habían salido a pescar un día y no habían vuelto nunca. Ahora vivían quizás en Miami. O en Cayo Hueso. Quizás seguían pescando en el mismo mar, sólo que al otro lado del estrecho. Pero Miami era una palabra mágica. Era El Norte. El mundo exterior, a miles de millas de distancia mental. Casi como otro planeta. Aunque en realidad sólo estuviera unas millas más allá del horizonte, perfectamente alcanzable por un barco pesquero. Claro que no siempre las cosas salían bien. A veces te sorprendían los guardacostas tratando de escapar... A veces el estrecho te traicionaba... Todos sabían cuántos hombres se habían ido. Pero nadie sabía a ciencia cierta cuántos habían muerto en el camino.

Al lado de la casa en donde nos estábamos quedando vivía una de esas familias. La mujer sola con cinco hijos. La hija mayor tenía 16 años. Después venía una de 13. Luego un varón de mi edad. Luego uno como de 8 años. Y finalmente uno aún más

pequeño, que nunca había conocido a su padre. Yo había hecho amistad con el de mi edad, que se llamaba Lázaro. Su padre era de los que había escapado varios años antes. Por eso Lazarito era un hijo de pescador que no sabía pescar. Por eso aquella mujer se veía siempre tan desolada. Por eso su mirada de desesperación y de miseria.

Al menos el padre de Lázaro sí había llegado al otro lado del estrecho. Lázaro lo sabía y se lo recordaba a sí mismo todos los días. “Nadie conocía los cayos como él”, me decía. “Nadie pescaba como él”. Y a veces mirando al mar: “Yo sé que él nos quiere. Yo sé que nos va a reclamar. Y entonces nos vamos a ir todos con él para El Norte...”.

Los mayores no hablaban de estas cosas. La madre de Lázaro no le hubiera contado nada a mis padres. Después de todo, no nos conocía. ¿Quiénes éramos? ¿Éramos revolucionarios? ¿Qué hacíamos en El Salto? Aun cuando mi tía Eira acababa de salir de la cárcel, como prisionera política. La desconfianza y el recelo se habían apoderado del país entero y ni un rincón apartado como El Salto se había librado de ello. Cuba se había convertido en un país de espías y delatores. Nadie se atrevía a hablar de nada. Aunque fuera con tus vecinos. Aunque la soledad te oprimiera y el dolor te partiera el alma. Sólo los muchachos hablábamos. Y la historia se repetía: El Salto era un pueblo de pescadores sin hombres. Sólo mujeres y niños. Y los milicianos en sus “jeeps”, en continua vigilancia. Como si también las mujeres y los niños pudieran irse. Muelles vacíos, sin botes. Ni aún en la nueva “cooperativa pesquera”, donde en lugar de velas sólo ondeaban consignas revolucionarias frente a un retrato negro y rojo, chapucero e inmenso, del Che Guevara.

.

Por la noche, a la luz de las velas y los quinqués, oíamos los cuentos de mi madre y de tía Eira, de cuando venían a El Salto siendo jóvenes en los veranos. Los cuentos de cuando mi madre, a los 14 años, vio el mar por primera vez. Y de cuando el gallego Cañedo había construido su muelle en El Salto, cuando Cañedo

era joven y fuerte, con mucho pelo negro y un grueso bigote, y no el viejo calvo que era ahora.

Por las noches los cangrejos trepaban por las paredes de tablas de la casa, haciendo un ruido peculiar, como si un gigante con uñas enormes arañara suavemente las paredes. Por las noches la ciénaga detrás de la casa se llenaba de ruidos misteriosos, cuando los sonidos de los animales nocturnos se mezclaban con el rumor del terral en los manglares. A veces llovía de noche. Aguaceros fuertes de verano, en los que el agua golpeaba con fuerza las paredes y hacía goteras en el techo, creando hilos de agua que corrían por el piso de cemento pulido.

Un día, ya hacia el final de las vacaciones, nos despertamos sabiendo que algo andaba mal. El tráfico de los “jeeps” y camiones de los milicianos era más de lo normal. La casa de al lado estaba cerrada herméticamente. Ni rastro de Lázaro, ni de su madre, ni sus hermanos...

Para el mediodía ya todos sabían más o menos lo que había pasado: El padre de Lázaro, el que conocía los cayos y el estrecho como nadie, el que se había escapado fácilmente años antes, había regresado a buscar a su familia, en un bote moderno, de motor, desde Miami. Había llegado hasta la parte de atrás de El Salto, por el pantano. En medio de la noche, habían alcanzado a montarse en el bote. Pero no pudieron salir. Los cercaron en el pantano. Se los llevaron a todos. A Lázaro. A su madre. A sus hermanos. Y al padre que había regresado a buscarlos.

.

En el 1968 ya hacía años que no era fácil salir de Cuba legalmente. Para las salidas directamente a Estados Unidos había una espera de varios años y fuera de eso sólo se podía salir hacia Méjico o hacia España, creo que los únicos países no comunistas, además de Canadá, con los que Cuba mantenía relaciones diplomáticas. Pero había varios requisitos que dificultaban el proceso. Uno de ellos era que el gobierno requería el depósito desde el exterior y en moneda fuerte del costo completo de los pasajes de ida y de vuelta desde La Habana a Madrid o a Ciudad de Méjico.

Poco después de su regreso al trabajo al final de aquellas vacaciones mi padre recibió una carta de su hermano Antonio (Ñico para la familia), que llevaba ya más de siete años en Miami, donde le dejaba saber que el dinero para los pasajes de mi familia de La Habana a Madrid, España, había sido enviado. El dinero había sido reunido por él y por mi tío Domingo, que se había asentado en Union City, New Jersey. El lenguaje de la carta era vago, a propósito, porque hacía años que uno tenía que asumir que cualquier carta a Cuba o desde Cuba podía ser abierta y leída por los censores del gobierno. Pero el mensaje, hábilmente disimulado entre una multitud de pequeñas noticias familiares, era completamente claro: El dinero había sido enviado.

La cuenta regresiva había comenzado: Nos íbamos a ir de Cuba. Mi padre no sabía cuándo, pero sí sabía que una vez que formalmente solicitara el permiso de salida, no habría vuelta atrás. La carta de mi tío Ñico no había sido abierta por la censura. Eso al menos le daba quizás unos días más para prepararse para los eventos que pronto se iban a desencadenar. Aquellas vacaciones de El Salto serían las últimas vacaciones familiares que tendríamos en Cuba.

31

La maestra

Esta es una foto de mi madre con sus compañeras de trabajo, las maestras de la escuela primaria Camilo Cienfuegos de Placetas, localizada en la calle Primera del Norte, entre Primera del Oeste y el Paseo Martí. La foto está tomada a principios del curso escolar 1968-69. En la foto se encuentra también la directora de la escuela y, en el fondo, un pequeño grupo de estudiantes.

Mi madre era una buena maestra. No porque yo lo diga, sino porque así lo decían otros maestros a los que conocía y, sobre todo, por las continuas muestras de aprecio y agradecimiento que recibía de los que habían sido sus estudiantes en algún momento. Tenemos muchas fotos de ella similares a esta: fotos al comienzo o al final del curso escolar, con otros maestros, o con grupos de estudiantes. Cuando se tomó esta foto llevaba 18 años como maestra y había trabajado en muchas escuelas, comenzando con aquellas escuelas rurales en los campos más apartados de Placetas. Cuando yo era pequeño ya trabajaba más cerca del pueblo, en San Felipe. Unos años más tarde, se cambió al pueblo, a la escuela Mimí Fortún, y algunos años después la trasladaron a la escuela en donde se tomó esta foto, que estaba muy cerca de nuestra casa.

Fue la última escuela en donde mi madre trabajó como maestra. Unos días después de haberse tomado esta foto, habiendo presentado la solicitud de salida del país, mi madre fue “expulsada deshonorosamente del magisterio”, según palabras de la carta que le hicieron llegar. Después de ese día tendríamos que vivir cerca de tres años más en Cuba, pero ninguna de esas otras maestras que posaron sonrientes junto a ella en esta foto volvieron a dirigirle la palabra. La escuela estaba a sólo tres cuadras de nuestra casa. Ninguna de ellas, sus amigas y compañeras,

pasó un instante por nuestra casa, ni en aquel momento, ni en los próximos tres años. En un día mi madre dejó de ser un miembro respetado de aquella sociedad y se convirtió en un paria, a quien ninguna de ellas se iba a acercar, y mucho menos públicamente.

Yo no lo sabía entonces, pero en los últimos años a mi madre se le había hecho muy difícil ejercer el magisterio. Ya durante la época en que había comenzado a trabajar como maestra en la escuela de San Felipe la presión política sobre los maestros se había incrementado dramáticamente. Para el régimen la escuela era un instrumento fundamental de adoctrinamiento y los maestros tenían que estar dispuestos a servir ese propósito más allá de cualquier consideración y por encima de cualquier criterio personal. Para efectos prácticos al maestro se le exigía una lealtad ciega a los mandatos revolucionarios. Cuando mi madre finalmente se cambió a una escuela grande en el pueblo trató de manejar la situación enfocándose en ser profesora para las clases de ciencias y matemáticas, donde la presión del adoctrinamiento era algo menor que en materias como historia. Pero antes de eso, cuando estaba aún en San Felipe, tuvo una experiencia que quizás marcó su vida para siempre.

A principios de los años sesenta muchos cubanos se alzaron contra la dictadura de los Castro en la provincia de Las Villas. La rebelión se sostuvo en la Sierra del Escambray por unos años hasta que fue sofocada de la forma más brutal por el ejército del régimen con apoyo soviético. Muchos de los “alzados” eran campesinos, gente sencilla de la tierra, que se habían levantado antes contra Batista y al ver la Revolución traicionada no dudaron en rebelarse nuevamente. Muchos eran de los alrededores de Placetas. Uno de estos rebeldes, Pedro Gutiérrez Campos, conocido como “Chin”, fue capturado en marzo de 1962 por las tropas del régimen que lo trajeron a Placetas mal herido. Llegando a Placetas a Chin lo llevaron al hospital y le dieron algo de cuidado médico para que delatara a otros. “Si hablas te dejamos ver a tus hijos”. No lo hizo. Lo sacaron del hospital y lo llevaron hasta el cementerio a la salida del pueblo donde fue fusilado el 31 de marzo de 1962. Sin juicio. Sin clemencia. Dos esbirros tuvieron que amarrarlo a un taburete para

que el pelotón de fusilamiento le disparara porque aquel hombre no podía mantenerse en pie.

Años después escucharía a mi madre decir repetidamente que cómo podía ella decirles a los estudiantes en aquel salón de clases en San Felipe que la Revolución era buena y era justa, y que había que darlo todo por la Revolución, cuando sentados en aquel mismo salón estaban los hijos huérfanos de Chin Gutiérrez.

V.
GUSANOS
(Así nos llamaban)



Mi madre con mi hermano en la escuela de San Felipe

32

Gusanos

El Combinado Avícola Nacional aún estaba tratando de recuperarse de los escándalos, robos y mala administración de los años anteriores. Mi padre no era miembro del Partido, pero era un profesional competente y un hombre completamente honesto. Quizás por esto, o porque todos los miembros del Partido que podían haber hecho el trabajo en las oficinas provinciales del CAN estaban todavía en la cárcel, un miembro de la alta jerarquía del CAN había pedido reunirse con mi padre aquella misma semana. Mi padre demoró la reunión un par de días. Cuando finalmente se reunieron, el hombre elogió la competencia y profesionalidad de mi padre y le mostró una carta firmada por la cual lo ascendían a jefe de contabilidad a nivel provincial. Mi padre entonces le entregó la carta, también firmada, de su renuncia, por haber solicitado la salida del país.

.

Poco tiempo después los funcionarios del gobierno llegaron a nuestra casa para hacer el infame “inventario”: Todas y cada una de nuestras pertenencias físicas fue listada. Cada silla, cada cama, pero también las fundas, sábanas y almohadas. Cada plato, taza, vaso, cuchara, tenedor... Todo, hasta las cosas más pequeñas, fue minuciosamente detallado. El día en el futuro cuando finalmente nos dieran el permiso de salida, volverían otros funcionarios con la misma lista, para asegurar que todo estaba aún allí, y que nuestras pertenencias, hasta la más pequeña, pasaran íntegramente a la propiedad del estado. Si una taza se rompía, habría que reponerla. Y ni soñar con vender nada en el mercado negro para ayudarnos a sobrevivir.

Y sobrevivir no iba a ser fácil. Mis padres fueron ambos despedidos de sus trabajos desde el día en que solicitaron el permiso para salir de Cuba. Mi padre fue enviado a un campamento

de trabajos forzados, en el área conocida como Cacahual, varios kilómetros a las afueras de Placetas. Mi madre no sufrió la misma suerte porque tenía hijos pequeños (mi hermano tenía sólo siete años). Nosotros, que por años nos habíamos mantenido políticamente en una especie de zona gris, éramos ahora “gusanos” (así nos llamaban). Algún día, cuando el gobierno quisiera, saldríamos de Cuba. Podía tomar dos o tres años. O podía tomar mucho más. Pero mientras tanto, para el régimen y todos los que por conveniencia o por convicción le brindaban su apoyo, éramos sólo eso: Gusanos. Traidores a la Revolución. Escoria social. Apátridas.

Cuando uno acaba de cumplir diez años una espera de dos, tres, cuatro años es un tiempo muy largo. Ingenuamente pensé por algún tiempo que en mi mundo de muchacho de diez años quizás la mayoría de las cosas podrían continuar como habían sido siempre. Pero no sería así.

33

Judo

En esta foto estoy vestido con un kimono blanco de judoca. Los muchachos a mi lado eran compañeros de escuela. Recuerdo sus nombres, pero no viene a nada mencionarlos. Éramos amigos. Y esa amistad se fortaleció con todo el tiempo que pasamos juntos en las clases de judo. La foto está tomada a la entrada de lo que era entonces el CV Deportivo de Placetas. Antes de la Revolución había sido un club social, del cual mis padres eran miembros. Ahora era un centro de practicar deportes y crear futuros atletas. En Cuba, siguiendo el modelo de otros países comunistas, se le daba mucha importancia al deporte. Como creo haber mencionado antes, lo menos que uno podía hacer como estudiante era participar en las clases regulares de educación física. Sin embargo, te daban la alternativa de tomar clases en un deporte específico, en lugar de las monótonas sesiones de educación física de la escuela. Lo mío era el judo. Culpa, ya saben, de todas aquellas películas japonesas que veía y volvía a ver, por 25 centavos cada vez, en los dos cines de Placetas.

La foto fue tomada unos días antes de que mis padres presentaran la solicitud de permiso para salir del país. Unos días después se me informó formalmente que ya no podría asistir más a las clases de judo. Que las clases especializadas de deporte estaban reservadas para los revolucionarios. Y que me reportara a las clases regulares de educación física en mi escuela.

En la escuela como tal las cosas no cambiaron tanto. Mis maestras de quinto grado eran dos –Nancy Sánchez y María de los Ángeles– y ninguna de ellas era en aquel entonces una comunista rabiosa. Además, yo siempre había sido un buen estudiante, con frecuencia el mejor de mi clase, y eso era algo que todo maestro apreciaba. Creo también que las maestras que tuve tanto en quinto como en sexto grado habían sido compañeras de mi madre en el magisterio y eso me ganaba quizás algo de consideración.

Pero la realidad era que el mundo había cambiado. Y no eran sólo las clases de judo. Antes del cambio, por ejemplo, siempre que había una competencia escolar de lo que fuera a nivel municipal, yo era uno de los que representaba a mi escuela —concursos de lectura, de escritura, de pintura y hasta de ajedrez—. Ahora no. Iban otros, pero yo no.

Mis amigos de la escuela siguieron siendo mis amigos y eso es algo que siempre voy a agradecer. Pero aun así hubo cambios, algunos sutiles, otros no. Por ejemplo, yo siempre había sido muy enamorado. Eso en escuela primaria no quiere decir nada. En segundo y tercer grado sólo quería decir que a través de notitas, o de alguna que se prestaba a ser la Celestina, le preguntabas a la muchachita en cuestión si quería ser tu novia y si te decía que sí, pues a intercambiar miradas, dibujos y papelitos y —a veces— a sentarse juntos en los actos cívicos y otras actividades de la escuela. Luego, de cuarto grado en adelante, la pregunta de “¿quieres ser mi novia?” se hacía ya directamente, cara a cara, porque ya éramos mayores. La cosa es que yo siempre tenía novia. Que fuera con papelitos o frente a frente, nunca me habían dicho que no. Quizás porque yo era el mejor estudiante de la clase. Quizás porque dibujaba bien. Pero aquella serie de conquistas platónicas terminó con una muchachita preciosa que había en quinto grado. Se llamaba Cachita. Me había “pintando monos” (y yo a ella) por todo un año. Pero nunca me daba la oportunidad de hablar con ella a solas. Siempre estaba con las amigas y nunca se despegaba de ellas. Yo sabía que le gustaba. Pero en mi ingenuidad, no entendía por qué a veces se me acercaba y a veces parecía huirme. Cuando por fin conseguí, a finales de quinto grado, hacerle la famosa pregunta, me miró a los ojos, luego bajó la mirada y se fue sin decir nada. La respuesta me llegó días después, a través de una de sus amigas: “Dice Cachita que la disculpes. Que tú le gustas. Pero que no puede ser tu novia. Porque tú te vas del país. Y ser tu novia no llevaría a nada, porque al final te vas a ir...”.

Como dije, mis amigos siguieron siendo mis amigos. Aun los que eran en aquel entonces de familias muy comunistas y muy “integradas” a la Revolución, como se decía entonces. Nun-

ca ninguno de ellos me llamó “gusano”. Nunca me excluyeron de nada informal, desde grupos de estudio hasta los muchos juegos de pelota callejera que se hacían en el barrio o a la salida de la escuela. Pero de las actividades más formales estaba claramente excluido. Otros se encargarían de asegurar que así fuera. Otros que siempre andaban con el uniforme de milicianos puesto, aunque sólo fueran simples burócratas en el sistema escolar del pueblo. Otros que decían estar dispuestos a dar la vida por la Revolución, y que se pasaban repitiendo la consigna de “Patria o Muerte”, aunque ninguno de ellos había arriesgado ni un dedo para derrocar a la dictadura de Batista, como lo había hecho mi familia. El caso es que yo ya no iba a tener más clases de judo. No iba a participar en más competencias representando a mi escuela. Y sobre todo –y esa fue la que más me dolió en aquel momento– ya no iba a tener más “novias” mientras estuviera en Cuba.

34

Las botas de mi padre

La foto es de tamaño mediano. Una de las orillas está rota, pero aparte de eso se conserva muy bien. Ese muchachito pequeño y flaco soy yo. Tengo 10 años y estoy limpiando las botas de mi padre. Mi padre que hace ya meses que ha sido enviado a un campamento de trabajos forzados en las afueras de Placetas. Mi padre, a quien lo dejan venir a su casa por día y medio cada dos semanas, y que se ve un poco más delgado y un poco más viejo cada vez. Mi padre, que quizás aún duerme, agotado, mientras yo hago esto, aunque debe ser domingo por la mañana...

¡Qué botas aquellas! Parecían siempre cuando él llegaba como dos bolas de barro, dos bloques de fango endurecido, polvoriento, lleno de grietas. Para limpiar las botas primero tenía que sacarlas de aquel molde de barro seco. Comenzaba dándoles golpes contra el piso de cemento del pasillo y luego con la ayuda de un pedazo de machete roto iba partiendo los terrones de barro, pedazo por pedazo, poco a poco, hasta recuperar algo que al menos ya parecía tener la forma de una bota. Cuando terminaba de remover los trozos más grandes de barro, dejaba el machete roto a un lado y humedecía el barro que quedaba, echándole agua bajo la llave que había al fondo del pasillo, no muy lejos de donde me tomaron esta foto. Allí agachado, con la ayuda del agua iba raspando las botas con algo duro, pero no cortante, hasta dejar todo el cuero al descubierto, limpio y mojado. Lo hacía poco a poco, una bota a la vez, y con mucho cuidado de no mojarlas por dentro. Cuando terminaba de remover el barro de esta manera ponía las botas a secar al sol, en el borde de la cerca de ladrillo que separaba nuestra casa de la casa de Tata y Lulu. Y entonces, mientras las botas se secaban, comenzaba mi próximo trabajo: Afilar la mocha.

Afilar la mocha tomaba tiempo. Era pasar y repasar la lima, con toda mi fuerza, a todo lo largo del filo hasta que fuera todo agudo y plateado. Siempre en la misma dirección, sobre la hoja ancha y gruesa de la mocha. Primero una lima más gruesa, luego una más fina. Hasta dejar aquella mocha tan afilada que cortaba sólo con el roce.

Si está bien afilada, pensaba, quizás le tomará un poco menos de esfuerzo cada golpe. Tal vez se cansará un poco menos. Tal vez al final del día le dolerá menos el alma, si no los huesos...

Pasaba una hora o más afilando la mocha, mientras las botas se secaban al sol, sobre la cerca blanca que bordeaba el pasillo. Cuando terminaba de afilar la mocha, la guardaba, con mucho cuidado para no cortarme, en una improvisada funda de cartón y entonces volvía a las botas.

Para entonces las botas ya estaban secas. O más bien resecas. Ahora había que ponerles betún para suavizarlas, pero más que nada, para impermeabilizarlas lo más posible. Para eso, les aplicaba varias capas de betún, llenando las grietas del cuero, y puliendo y cepillando después de cada aplicación.

Si las botas quedan bien, pensaba, tal vez no les entre agua cuando papá este atascado en el fango de los cañaverales de madrugada. Quizás sus pies se mantengan secos y no se le hagan ampollas muy grandes cuando tenga que trabajar 24 horas corridas alimentando de caña las “alzadoras”. Quizás pueda apoyarse mejor cuando lo lleven junto con otros cien hombres como a animales en la cama abierta de un camión...

.

Mi padre y todos aquellos hombres eran ahora víctimas del mismo odio que yo había sentido de cerca por primera vez cuando él me llevó a la cárcel de Manacas a visitar a sus amigos presos. Pero el preso ahora era él. Un preso cuyo único delito era haber pedido el permiso para salir de Cuba con su familia. Preso en un campamento pseudo-militar que no podía abandonar, donde la comida era mala y poca, y donde nunca era llamado por su nombre sino por su número de preso: Noventa.

Por más de dos años mi padre fue sometido a trabajos forzados, con frecuencia por dos o tres jornadas corridas, trabajando en los campos día y noche, sin importar el estado del tiempo y haciendo los trabajos peores en condiciones infrahumanas. Eso fue parte del precio final que tuvimos que pagar para poder salir de Cuba.

Es una foto gris y gastada. Los materiales de fotografía que nos llegaban del bloque socialista no eran de la mejor calidad. Y quizás como resultado de esto las fotos que tengo de Cuba se van viendo más viejas cuanto más recientes son. En un proceso que parece ir en paralelo con el desgaste que todo el país experimentaba a través de los años sesenta: Según se agotaban los materiales de construcción, la pintura y las piezas de repuesto para todo, las fotos también parecen cada vez más viejas y desgastadas. Mi casa, mi pueblo y hasta la misma Habana se ven mucho mejor en una foto del 1960 ó 61 que en una foto del 1969 ó 70. En muchos casos es difícil precisar si es porque la foto más reciente está tomada con una cámara checa y un rollo de fotografía ruso, o si es porque el edificio retratado al fondo ya en el 1969 llevaba no menos de diez años sin pintarse.

En fin, que esta es una foto en la que estoy de nuevo en La Habana. Estoy junto a mi tío Pepe en el balcón del apartamento de mi abuela. Al fondo se ve la calle y los edificios del otro lado. Excepto que, como ya dije, todo parece más gris, más triste, más gastado... Es difícil de describir, pero es así.

Regresé a La Habana en las vacaciones de verano del 1969, entre mi quinto y mi sexto grado. Regresé con mi tía abuela, Lulu, que había ido para ayudar a su hermana (mi abuela) a cuidar a su madre (mi bisabuela) que era ya muy mayor y que en esos días estaba muy enferma. El viaje no fue fácil. El transporte era cada vez peor y las filas para los autobuses cada vez más largas. Creo que fue bueno para Lulu el que yo fuera con ella. Podía ayudarla con las maletas y también creo que mi presencia en alguna forma le daba ánimos.

Creo también que fue muy bueno para mí. Había pasado ya casi un año desde que mis padres habían solicitado el permiso

de salida. Suficiente tiempo para que yo no me hiciera ya ningún tipo de ilusiones. Al contrario, con mi padre fuera de casa, en “la granja” (como eufemísticamente llamábamos al campamento de trabajos forzados a donde lo habían enviado), había tenido que terminar de crecer lo más rápido posible. Había tenido que dejar los sueños y enfrentar la realidad de estar viviendo en un país que se desgastaba gradualmente, con un gobierno cada día más represivo, y estando claramente marcado como miembro de una clase inferior, sin ningún tipo de derechos.

Sin embargo, al llegar a La Habana sucedió algo casi mágico: Mientras Lulu y mi abuela Panchita cuidaban de su madre enferma, mi tío Pepe se hizo cargo de mí. Y por las próximas dos semanas, todo cambió. En La Habana yo no era un gusano. En La Habana yo era el sobrino de Pepe Torre, ingeniero, revolucionario y miembro del Partido Comunista de Cuba. Como en visitas anteriores, cuando yo era más pequeño, mi padrino me llevó con él a su trabajo. Como en visitas anteriores me llevó a ver los estudios de televisión. En los días en que no podía hacer nada especial conmigo, se encargó de que una de sus hijastras, Paula, me llevara a diferentes sitios. Paula, que era estudiante de veterinaria, fue completamente extraordinaria. Me llevó al zoológico. Me llevó a varios museos. Me llevó a lugares en donde se podía comer helado sin hacer filas inmensas... Por dos semanas, habité un país diferente.

Un domingo, hacia el final de mi estadía, fui con mi tío Pepe y su esposa a ver al hijo menor de ella, Lorenzo, a quien mi tío quería como a su propio hijo. Lorenzo era unos dos años mayor que yo y estaba “becado” en una escuela en las afueras de La Habana. Era una de muchas escuelas construidas para los hijos de la élite revolucionaria. Una escuela moderna, casi nueva. Los estudiantes vivían en la escuela y regresaban a sus casas sólo esporádicamente. Creo que esto era parte del gran experimento comunista: Terminar de criar a los jóvenes lejos de su casa, con el Estado todopoderoso llenando el papel de los padres. Lorenzo no parecía nada feliz. Pero mi tío parecía estar muy satisfecho. Me decía: “¿Ves esta escuela? Algún día todas las escuelas en Cuba serán como esta”. Aquel día habló mucho conmigo.

Mi tío tenía un “jeep” Toyota que le había dado el gobierno por su posición. En el camino de regreso a La Habana se detuvo en un lugar al lado de la carretera y nos bajamos para, como él decía, “estirar las piernas”. Me enseñó un área bastante extensa recién sembrada de café. Me dijo que aquello era parte de un nuevo plan de desarrollo agrícola: “El Cordón de La Habana”. Que se estaba sembrando mucho café, y que con el trabajo “voluntario” de los residentes de la capital pronto se podría duplicar la producción de café de Cuba, resultando en más exportaciones a nuestros países hermanos del campo socialista. Me dijo que además se estaban sembrando árboles frutales de todos tipos y hortalizas, para abastecer a la capital de vegetales frescos. Me parece escucharlo: “Pero esto no será la finca de nadie... Esto será todo del pueblo y para el pueblo. La gente vendrá aquí a contribuir con su trabajo, de forma voluntaria y desinteresada, porque esto es algo para el bien de todos. Y cuando necesiten frutas y vegetales, vendrán aquí y podrán recoger ellos mismos todo lo que necesiten...”.

Escuchar a mi tío Pepe hablando aquel día era escuchar la descripción de la utopía socialista en primer plano, no desde los escritos de Marx sino en las palabras de una persona de carne y hueso. Mi tío era un buen hombre. Noble, educado y muy inteligente. Era también un gran soñador. Su socialismo era ese: el socialismo utópico de los libros. Mi tío no sabía nada del campo. Pero yo miraba aquellos arbustos de café sembrados al sol, en un lugar al nivel del mar y tan cerca de la costa que el aire olía a salitre, y me parecía curioso que alguien hubiese decidido sembrar café en un lugar tan diferente de los lugares donde yo había visto sembrar café: Bajo la sombra de grandes árboles en la finca de Máximo, en el clima fresco de la meseta central de Las Villas. Se lo mencioné a mi tío. “No te preocupes”, me dijo, “este es un café diferente al que tú has visto. Es de una variedad que se llama “Caturra” y se da muy bien al sol. Lo importamos de otros países”. Entonces miré al suelo. Caminé un poco más, hasta los primeros surcos, y miré al suelo de nuevo. El terreno era blancuzco, como formado por pequeñas piedritas de roca caliza. No se parecía en nada a la tierra oscura y fina de la finca de Máximo. A

la salida de Placetas había un terreno parecido a este. Pero todo el mundo sabía que allí no crecía nada. Era un terreno árido, estéril. Recordé la voz de un guajiro conocido de mi tío Domingo: “En una tierra así lo único que crecen son las penas”.

No creo que el “Cordón de La Habana” haya producido nunca mucho café. Hay un proverbio norteamericano que dice que el camino al infierno está pavimentado con buenas intenciones.

.

El día antes de regresar a Placetas lo pasé en el apartamento de mi abuela. Mi bisabuela, Agustina Díaz de la Rocha, había mejorado lo suficiente como para salir de la cama y estaba acostada en el sofá de la sala viendo televisión.

Yo me senté en una silla al lado del sofá, buscando el televisor para matar el aburrimiento. Abuela Agustina parecía estar dormida, pero de repente me agarró el brazo, como para que no me moviera, y empezó a hablar. Me habló de la Guerra de Independencia y de cómo su padre, José Díaz de la Rocha, y su marido, Máximo Ruiz, había sido proveedores del ejército español. Me habló de cómo los españoles habían forzado a los campesinos cubanos a dejar sus fincas y los habían concentrado en los pueblos, en muy malas condiciones, para que no pudieran prestar apoyo a los rebeldes. Y como ella se las arreglaba para conseguir alimentos para los guajiritos “reconcentrados” en Placetas, sacando a veces de lo que su marido tenía almacenado para las tropas españolas.

Mi bisabuela estaba aún muy débil y al principio pensé que deliraba. Hablaba en primera persona de una guerra que yo sólo conocía, idealizada y glorificada, a través de las clases de historia en la escuela. Pero luego entendí que no, que mi bisabuela tenía más de noventa años y era ya una mujer joven al comienzo de la guerra, en el 1895. Y que sus relatos no venían de ningún libro, sino de sus recuerdos, que aquel día parecían increíblemente claros y precisos.

Recordé de momento los cuentos de Julio Leiva en Máximo el día en que yo había encontrado la moneda española en un

campo recién arado. Y me vino a la mente aquel comentario que yo entonces no había podido comprender: “Tu bisabuela Agustina me mató mucha hambre en aquel entonces”. Y comprendí que Julio Leiva había sido uno de aquellos guajiritos reconcentrados en Placetas. Uno de aquellos que mi bisabuela había alimentado como podía, robando provisiones destinadas irónicamente para los soldados españoles. Para Julio Leiva, como para Agustina Díaz de la Rocha, la Guerra de Independencia no era algo que se leía en un libro, sino algo vivido en carne propia. La diferencia es que Julio Leiva había sido un niño durante la guerra y sus recuerdos eran vagos e incompletos como los de un niño al fin. Pero Agustina había sido ya una mujer adulta: sus recuerdos eran fascinantemente completos y precisos.

Pero su historia no era la de una guerra gloriosa de liberación, llena de héroes y patriotas. Era una guerra fratricida. Cruel. Sangrienta. Llena de crímenes y de injusticias. Una guerra donde los jóvenes reclutas del ejército español morían por montones de enfermedades para las que no tenían defensa. Y donde la población rural de Cuba moría de hambre, por las malditas reconcentraciones de Valeriano Weyler.

—Un hombre malo, muy malo. Español, pero muy malo.

—decía de Weyler.

—¿Y Martínez Campos?

—Un general, un hombre de guerra.

—¿Y José Martí?

—Nunca lo conocí en persona... Leí sus escritos. Escribía muy bien. Pero le gustaban demasiado las faldas.

Agustina Díaz de la Rocha hablaba de todos ellos como de viejos contemporáneos conocidos. Cuando se cansó de hablar de la guerra, me contó de Placetas y de cómo era al principio. Me habló de cómo su padre, uno de los fundadores del pueblo, había hecho el trazado de las calles, donde antes había sólo sabana. De cómo la primera iglesia era de madera y de cómo ella con un grupo de damas de familias de bien en el pueblo habían reunido suficientes fondos para construir la iglesia de cemento que yo conocía.

Hablamos por mucho rato. Al final estaba cansada y me lo dijo. “Tengo que descansar... pero mañana, si quieres, te hago más cuentos... vas a estar aquí mañana, ¿verdad?”. Y yo le dije que sí, sabiendo que no era cierto, porque a primera hora de la mañana nos íbamos de regreso a Placetas.

36

La costurera

En esta foto estoy con mi madre en el pasillo interior de la casa, al lado de la puerta del dormitorio de mis padres, no lejos del lugar donde muchos años antes, cuando tenía yo cuatro años, me habían retratado vestido de pelotero. Ahora estoy cerca de cumplir los once. La foto está tomada en el 1969, quizás poco después de regresar de La Habana. Y como la foto de La Habana, se ve gris y desgastada. Las esquinas de la foto están algo borrosas, pero en el centro estamos claramente mi mamá y yo. No tengo camisa puesta. Estoy flaco y tostado por el sol del verano. Parezco demasiado serio para mi edad. Mi madre tampoco sonríe. La pared de la casa al fondo se ve manchada. La pintura en el marco de la puerta se ha ido descascarando con el tiempo. No recuerdo quién tomó la foto. Pero recuerdo la canción en el radio cuando la tomaron: “Penélope”, de Juan Manuel Serrat. Recuerdo también el comentario de mi madre al final de aquella canción tan poética: “Pero, ¿qué pensaba la Penélope esa? ¿Es que no se daba cuenta que la gente se pone vieja?”. Es interesante ver los detalles que a veces uno recuerda.

En el momento en que se tomó esta foto hace cerca de un año que mi madre no trabaja como maestra. Mi padre sigue en la “granja”. Mi madre nos mantiene trabajando informalmente como costurera. Hace principalmente canastilla y ropa de niños. Supongo que porque requieren menos tela —y la tela es algo que ya no se consigue—. Mi madre se las ingenia con retazos de tela que había guardado muchos años antes, cuando cosía y bordaba como un pasatiempo y no por necesidad. También utiliza la tela de ropa que ya no usa o de la que puede prescindir. Eventualmente, hasta una bandera cubana que tenía desde sus años de maestra rural, y que estaba hecha con muy buena tela, es desarticulada y los pedazos de tela azul, roja y blanca que produce son utilizados

para hacer trajecitos de niña para la venta. Mi madre cose y borda sin descanso. Trabaja todo el día y muchas veces hasta muy entrada la noche. Su dormitorio —al otro lado de la pared despintada de esta foto— se ha convertido en taller, donde su máquina de coser “Singer” ocupa un lugar privilegiado junto a la ventana, donde la luz es mejor. Su cama está siempre llena de recortes de tela, botones, cintas. Y el radio siempre está puesto en algún programa musical. Todo lo que hace lo vende —o mejor aún, lo intercambia por comida—. En Cuba todo está racionado y todo en cantidades insuficientes. Nadie puede subsistir solamente con los alimentos que te permite adquirir la libreta de racionamiento y nadie puede vestirse contando solamente con las piezas de ropa que te permite la libreta. La menguante economía cubana ha evolucionado rápidamente a una basada en el trueque y el mercado negro: Mi madre intercambia batitas de canastilla por arroz o frijoles, vestidos de niña por pollos. Los mejores clientes son a veces los del campo, que tienen más acceso a la comida.

Ya en esta época, la bodega y la carnicería del barrio —las únicas donde podíamos comprar alimentos bajo el sistema de racionamiento— estaban siempre vacías. Cuando llegaba algún suministro, por pequeño que fuera, se formaban largas colas. Así teníamos la cola del pan; la cola de la carne; la cola de los huevos; y también la del aceite, la del kerosén para cocinar, la del arroz... En un verdadero desastre para la productividad, el país entero dedicaba una gran parte de su tiempo y energía simplemente a hacer colas. Pero había que hacerlas, porque ni aún las limitadas raciones de la libreta estaban garantizadas: Te tocaba una cantidad de carne, o de huevos, o de arroz, o de lo que fuera, pero sólo si al llegar tu turno en la cola todavía quedaba algo. Si no, había que regresar a casa con las manos vacías y esperar por la próxima entrega, en una semana, o en un mes, para hacer la cola de nuevo, y tratar de quedar un poco más adelante para llegar a alcanzar algo.

Intermitentemente, el gobierno iniciaba esquemas que se suponía que iban a proveer alivio a la falta de alimentos. Todos empezaban bien. Todos fracasaban en el abandono y la mala administración. Una de esas iniciativas que recuerdo fue la de las pizzerías: Alguien de alto rango en el gobierno debe haber

salido con la idea de que poner a los cubanos a comer pizza era una forma de mejorar la alimentación del pueblo. Así es que se construyeron pizzerías en todas las poblaciones de cierto tamaño a través del país. La nueva pizzería de Placetas estaba en la esquina de la Carretera Central y Primera del Este. Al principio era excelente: Un restaurante de diseño moderno, que no sólo servía pizzas de diferentes tipos, sino también todo tipo de pastas. Un año después las pastas fueron desapareciendo del menú, hasta quedar sólo el espagueti con queso. Poco después desapareció el espagueti también y sólo se servían pizzas de diferentes tipos. Luego sólo pizzas de queso. Luego sólo de queso “cuando había”. Al final, la pizzería quedó tan vacía como la bodega de mi barrio, excepto por los días en que tenían suficiente queso y harina para hacer unas pizzas insípidas y duras, y para las cuales se formaban, como en la bodega, unas colas interminables.

En otro momento, después del desastre de las pizzerías, construyeron un “merendero” al aire libre. Ese estaba en la misma esquina de la Carretera Central y el Paseo Martí. Era un espacio abierto, con una barra bajo techo donde se podían ordenar dulces y refrescos, y con mesas y asientos al aire libre para consumirlos. Como la pizzería, por unos meses funcionó más o menos bien, aunque las colas siempre estuvieron. Luego el suministro de dulces y refrescos fue cayendo víctima del mismo patrón de escasez y el merendero pasó a estar vacío la mayor parte del tiempo, excepto cuando sorpresivamente llegaba algún suministro y tenían algo que vender. Como el merendero estaba cerca de mi casa, mi madre, mi hermano y yo íbamos allí con frecuencia cuando llegaba algo y se formaba una cola y hacíamos la cola varias veces para poder comprar lo que fuera —mayormente “coffee cakes” y panetelas borrachas— y llevárnoslo a casa para tener algo más de comer. Para la época del merendero ya mi padre estaba en la “granja” y con frecuencia mi madre usaba parte de lo que comprábamos allí para prepararle pequeños empaques de comida que le hacíamos llegar de alguna forma, o que él se llevaba cuando venía a la casa, una vez cada dos semanas.

Otra cosa que nos ayudaba en esta época era que mi madre había conseguido hacer un arreglo con una familia a las afueras

del pueblo para comprarles un litro de leche diario. La leche, como todo, estaba racionada y se limitaba sólo a niños pequeños, creo que de seis años o menos, que podían recibir un litro diario por niño. Pero esta familia tenía varios hijos por debajo de esa edad, y estaban dispuestos a vender uno de sus litros de leche al precio del mercado negro: Un peso por litro —una cantidad bastante alta, si se considera que un sueldo normal en Cuba en esa época no era mucho más de cien pesos al mes—. Pero de alguna forma, entre costuras y bordados mi madre conseguía el dinero y ese litro de leche no faltaba nunca en casa. La casa de esta familia, muy modesta, estaba en la salida de Placetas hacia Santa Clara, en el sector conocido como El Copey, y debido a la distancia desde nuestra casa en el centro del pueblo, yo era el encargado de ir en mi bicicleta todos los días, después de la escuela, a recoger el litro de leche. Siempre recuerdo aquella casa y la familia en ella. La casa, aunque estaba en la periferia del pueblo, tenía piso de tierra como los bohíos del campo. La señora era muy blanca, y siempre parecía agobiada por el cuidado de los niños, cuatro niños blancos y rubios, que andaban siempre sin zapatos y los más pequeños sin ni siquiera pantalones...

.

En una sociedad más libre, la escasez que ya había en Cuba habría provocado disturbios y protestas en contra del gobierno. Pero en Cuba diez años después de la Revolución los aparatos represivos eran tan eficientes como ineficientes eran los sistemas de producción. Los Comités de Defensa de la Revolución y los esbirros del Ministerio del Interior lo controlaban todo, manteniendo un orden casi perfecto mientras la población se sumía más y más en la miseria.

Sólo la loca del pueblo se atrevía a hablar: Era una señora ya mayor, de raza negra y bastante desquiciada. Se llamaba Modesta y los sinvergüenzas del pueblo para molestarla le decían “La Mula”. Pues bien, Modesta era la única persona que recuerdo en el medio de la acera, frente a mi casa, en la Carretera Central, gritando a viva voz, más de una vez, “¡Comunistas, hijos de puta!

¡En este país no hay nada ya, ni comida! ¡Están matándonos de hambre!”. A veces en sus ataques de locura se paraba en el medio de la calle, como tratando de detener el tránsito y les tiraba sobras de comida a los carros que pasaban, mientras parecía bailar el principio de una conga imaginaria al son de unos tambores que sólo ella podía escuchar... Pero nadie le hacía caso. Las personas que pasaban por la calle sabían que Modesta decía, o más bien gritaba, la verdad, pero bajaban la cabeza y seguían andando. “La pobre”, murmuraban los que sentían pena por ella. Otros la azuzaban, gritándole “¡Mula!”, lo que la hacía aún más desenfrenada. “¡Comunistas, hijos de puta!”, seguía gritando hasta el agotamiento.

37

Mi bicicleta

Esta foto está tomada también en el 1969, más o menos por los mismos días de la foto anterior. Estoy solo, montado en mi bicicleta, frente a la estación de trenes de Placetas. La foto, como las otras, se ve gris y desgastada, como si fuera un día de invierno, nublado y oscuro, aunque en realidad lo recuerdo claramente como un día de sol, caluroso y radiante, bajo un cielo de azul profundo sin una sola nube. La estación al fondo se ve, ya saben, como mi casa en la foto anterior: Paredes que hace diez años que no se pintan y una especie de deterioro general, en este caso evidente en los bancos rotos en el andén y los grandes yerbajos creciendo sin control alrededor de la entrada.

Mi bicicleta era polaca, color vino, y corría muy bien. Era un regalo de Navidad de mis padres, creo que del último año en que se habían celebrado las Navidades en Cuba. Antes de que el gobierno decidiera que las Navidades eran realmente un rezago del capitalismo. Antes de que Fidel explicara que las Navidades eran algo que tenía lógica para países como los Estados Unidos y los países europeos, donde coinciden con lo más crudo del invierno, una época en la que en esos países no se podía trabajar la tierra, pero que no tenía sentido para un país como Cuba, donde coinciden con la zafra azucarera. Antes de que se nos recordara que la Navidad no era más que un burdo anacronismo religioso, siendo la religión, como ya sabíamos gracias a Marx, “el opio de las masas”. Antes de que las celebraciones se movieran a finales de julio, cuando se suponía que la zafra había terminado y donde coincidían con el aniversario del asalto al cuartel Moncada, comienzo de la lucha armada revolucionaria.

Yo tenía un apego muy particular a mi bicicleta. Al principio, había sido demasiado alta para mí y me daba dificultad montarla. Pero seguí creciendo y ahora resultaba perfecta para

mi estatura. En aquella bicicleta yo había explorado toda la parte norte de mi pueblo y sus alrededores. La parte sur no, porque mis padres me habían prohibido que cruzara la Carretera Central. (Mi padre había sido atropellado por un carro montando en bicicleta en la Carretera Central cuando muchacho y en esta época la Carretera Central todavía tenía bastante tráfico). En las vacaciones montaba la bicicleta casi continuamente. En época de clases sólo en los fines de semana. Ya para entonces no había escapadas a la finca de Máximo los domingos, ni a la playa en los veranos. La bicicleta era mi escape. A veces solo, a veces en grupo con otros amigos, debo haber recorrido decenas de veces cada calle en la parte norte de Placetas, así como los caminos a la loma de La Vigía y a la loma de la Cruz y la carretera hasta el central Fidencia. En Placetas las calles dejaban de estar asfaltadas tan pronto como uno se alejaba unas manzanas del centro del pueblo. Algunas estaban cubiertas de piedra picada, que llamaban “cascajo”; otras eran simplemente de tierra. Esas calles de tierra y sin cascajo eran, en la época de seca, las mejores para recorrer en bicicleta. Recuerdo particularmente un callejón que salía de cerca de la estación del tren en dirección este que era mi favorito: llano y sin tráfico, en él podía correr tan rápido como quería. Quizás allí me dirigía cuando me tomaron esta foto.

La bicicleta era también una herramienta muy útil en las actividades diarias. No sólo iba en ella hasta El Copey todos los días, a recoger la leche, sino que también me permitía ser una especie de mensajero de la familia. En una ocasión, cuando a mi padre lo tenían trabajando en los cañaverales al norte de Placetas y nos enteramos a tiempo, pude ir en la bicicleta a llevarle algo de comida. Es uno de esos días que siempre voy a recordar. La “brigada” de mi padre estaba cortando caña en unos terrenos por el camino de la loma de la Cruz, que yo conocía bien. Aún me parece ver el cañaveral extendiéndose hacia el horizonte desde la orilla de camino. Habían comenzado a cortar la caña desde el camino hacia adentro y cuando yo llegué habían cortado más de la mitad del campo. Todo lo que podía ver era la fila de hombres trabajando a unos ciento cincuenta metros de distancia, con el movimiento rítmico del cortador de caña: unir el mazo de cañas,

brazo en alto con la mocha para el corte arriba... doblar la cintura, inclinándose para abrazar el mazo de cañas, y dar el corte abajo... repetir de nuevo... repetir de nuevo... repetir de nuevo... bajo un sol que no perdona; bajo la mirada de los “brigadistas”, los carceleros que se mantenían muchos pasos atrás, vigilándolo todo, en sus caballos... Una fila de hombres atacando con sus grandes cuchillos de acero la inmensidad verde esmeralda del cañaveral. Haciendo retroceder el verde poco a poco, metro a metro, casi en paralelo... Eran muchos. Todas figuras lejanas, con ropa gris y sombreros de guano. Imposible saber cuál era mi padre. Me quedé de pie en el borde del camino, aguantando la bicicleta, en un punto en donde yo era completamente visible. Eventualmente ellos me vieron y en el próximo descanso mi padre pidió permiso y vino hasta donde yo estaba. Lo vi acercarse a mí como en cámara lenta. Estaba completamente empapado en sudor, sucio y tizado, pero sonreía y yo sabía que le había dado una gran alegría verme. Sólo hablamos un momento. Le di lo que le había traído y él regresó al trabajo, a pasos largos como los de un verdadero guajiro. Mi papá era un hombre fuerte, pero ya no era tan joven: Tenía más de cuarenta años. Nunca había trabajado en el campo y mucho menos bajo las condiciones en que estaba ahora. Llevaba ya casi un año de trabajos forzados y el desgaste comenzaba a notarse. Pensé en eso mientras él se alejaba. En lo flaco que se veía. En que el bigote antes negro brillante era más gris cada día. Creo que yo había madurado mucho. Hacía tiempo que no me hacía ilusiones sobre nada. Creía con firmeza que mi padre iba a sobrevivir aquello. Que todos íbamos a sobrellevar lo que fuera y a salir eventualmente de Cuba. Pero también sabía que esa salida, aún distante, iba a ser sólo el principio de otros esfuerzos; que saldríamos sin nada, a empezar de nuevo. Y que a partir de ese momento mi padre todavía iba a necesitar todas sus fuerzas.

38 Miguelito

Esta foto pensaba que la había perdido, pero aquí está. Estamos en el medio de la calle Tercera del Oeste, saliendo de un juego callejero de pelota. Somos tres en la foto: Mayito, grande y regordete, está al fondo. Al frente estamos Miguelito Romay y yo.

Miguelito era unos meses menor que yo, más o menos de mi alto, negro como el carbón y tan flaco y desgarbado como yo mismo era en aquel momento. Recuerdo que llegó al barrio después que otros se habían ido. No recuerdo la fecha exacta, pero sí el momento: Estábamos en la calle tratando de jugar pelota, pero sin tener con qué. El bate era un pedazo de palo de escoba. La bola la habíamos hecho nosotros mismo comenzando con un pedazo de corcho, y poniéndole capa tras capa de cordel lo mejor que pudimos, más tres tiras de esparadrapo que alguien había conseguido, pero sabiendo que no eran muchos los batazos que aquella “pelota” podría aguantar. Yo tenía un guante viejo que me habían dejado mis primos de La Habana, sin forro en los dedos menores. Pero la mayoría del grupo jugaba sin guante, “a mano pelá” como decíamos. Y de repente se aparece este chamaco flaco al que nunca hemos visto por el barrio, pero que trae con él un bate de pelota profesional, una pelota “de verdad” nuevecita, y un guante de jardinero tan nuevo como ninguno de nosotros había visto uno nunca...

.

Miguelito acababa de mudarse al barrio. Su padre estaba bastante arriba en la jerarquía del Partido, lo cual explicaba el bate, el guante y la bola. Explicaba también el que se hubieran mudado a un apartamento grande y relativamente moderno que

estaba en la esquina de Tercera del Oeste con la Carretera Central, en los altos de la bodega El Fuego, y que había quedado disponible después de que sus dueños originales se fueran del país.

Miguelito era buena gente. Su padre era muy comunista y sólo Dios sabe qué tenía en su consciencia. Pero su madre era una persona dulce y educada que mantenía en la sala de su casa un cuadro grande del Sagrado Corazón de Jesús. Esas eran las contradicciones de la época. Miguelito y yo nunca hablamos de política. Él sabía que yo también me iba del país, pero no le importaba; creo que sólo quería ajustarse a su nuevo entorno y que lo aceptaran los demás muchachos en el barrio, donde realmente no éramos muchos. De hecho, antes de llegar Miguelito al barrio no había suficientes muchachos para un verdadero juego de pelota.

Todo eso cambió con Miguelito: tan pronto se regó la noticia de que en Tercera del Oeste había uno que tenía una pelota y un bate “de verdad” empezaron a aparecer muchachos de las calles vecinas que querían mágicamente ser nuestros amigos y jugar pelota con nosotros. Y eso complicó las cosas. Se elevó el nivel del juego. Ahora tenían que elegirte para el equipo —o te quedabas fuera—. Claro que Miguelito siempre jugaba, principalmente porque había dejado bien claro que si él no jugaba se llevaba el bate y la bola. Pero yo no tenía esa ventaja y aunque Miguelito abogaba por mí, varias veces estuve a punto de quedarme fuera. Fue en una de esas ocasiones que la cosa se puso tensa porque los de afuera del barrio estaban dominando la situación y no me querían dejar jugar. Tuve que “sacar pecho” y al final el que era líder de uno de los equipos me dijo: “Te voy a poner en el jardín izquierdo, pero más vale que las agarres todas, porque si me dejas ir una sola bola te dejo fuera. Y no me vengas después con cuentos”. Guante en mano corrí a mi posición. Los de afuera del barrio eran un par de años mayores que Miguelito y yo. Le daban fuerte a la bola —y era una bola de verdad, con un bate de verdad—. Y yo allí sólo en el izquierdo con el guante que me habían dejado los primos cuando se fueron para El Norte, el guante sin forro en los dedos pequeños...

No tardó mucho tiempo: Línea fuerte por el jardín izquierdo. La cogí “de aire”. Y al momento sentí un dolor agudo en

el dedo pequeño. El “capitán” del equipo me miró asombrado. “Buena jugada, campeón, sigue así... yo no pensé que podías hacer eso”. Me mordí el labio del dolor, pero le hice señas como diciendo “chúpate esa, que por aquí no va a pasar nada, y eso es para que veas quién soy yo”. Y así jugué el resto del juego. Con un dedo fracturado. Cuando llegué a casa y finalmente me quité el guante tenía toda la mano hinchada y ya hacía mucho que no podía mover el dedo. Me lo entablillaron esa noche y tuve que dejar la pelota por un tiempo. Pero sabía que de ese momento en adelante tenía un lugar seguro en nuestro equipo callejero.

39

Antonio

Esta foto es muy especial: En ella estoy con mi hermano junto con dos primos de mi madre, Villo y Antonio Marín, y al fondo mi abuela, Herminina Marín. La foto está tomada a finales del 1969 en la cocina de mi casa. Villo y Antonio sonríen para la cámara mientras sostienen cada uno una tacita de café. Tanto Villo como Antonio eran visitantes asiduos de mi casa en esta época. Ambos eran hijos de hermanos de mi abuela materna y más o menos de la misma edad. Y ambos eran igualmente afables y amistosos conmigo. Los dos estaban trabajando en Placetas, aunque no vivían allí, y venían a nuestra casa casi todos los días a tomarse el café que mi abuela les hacía —o como decía ella, la “sambumbia”—. Hasta ahí llegan las similitudes; lo demás son todo diferencias.

Villo era hijo del tío José María y vivía en Fomento. Había aprendido el oficio de telegrafista con el tío Porfirio, también en Fomento, pero ahora trabajaba en el correo de Placetas, aunque viajaba desde Fomento todos los días. Villo era un buen hombre, serio y trabajador. Lo recuerdo siempre tratando de inventar pequeñas soluciones técnicas a los problemas del día a día en la Cuba de aquella época. Entre sus “inventos” recuerdo un tipo de calentador de agua eléctrico muy primitivo, pero que funcionaba y que nos permitía calentar agua, aunque fuera un cubo a la vez para bañarnos durante el invierno. Villo estaba casado con Gertrudis y no tenían hijos. Era de piel muy blanca y pelo negro que comenzaba a escasear. No era muy alto, pero tenía la espalda ancha y los brazos musculosos producidos por la práctica de la gimnasia de argollas en su juventud. Villo no era comunista.

Antonio era hijo del tío Mariano, el que vivía en Santa Clara. Uno de creo que ocho hijos nacidos del matrimonio del tío

Mariano con Asunción Conde, criados todos en las condiciones de estrechez que permitía el salario de boticario práctico del tío Mariano en los años anteriores a la Revolución. Antonio era más alto y más delgado, con un abundante pelo negro peinado hacia atrás, al estilo de John Travolta en la película “Grease”. Antonio no tenía estudios ni tenía oficio. Realmente nunca supe cuál era oficialmente su trabajo. Antonio era simplemente miembro activo del Partido Comunista y “trabajaba” en Placetas porque era en Placetas que había sido asignado por el Partido. A diferencia de Villo que tenía que desafiar el deficiente transporte público de guaguas maltrechas y “guarandingas” para viajar entre Placetas y Fomento todos los días, Antonio tenía una habitación en el hotel Liceo, frente al parque de Placetas, asignada para su uso personal. Su esposa y sus dos hijas pequeñas seguían viviendo en Santa Clara, que era mucho más ciudad, pero Antonio casi siempre se pasaba la semana en Placetas y viajaba a Santa Clara sólo los fines de semana, en la moto nueva que el Partido le había entregado, precisamente para que no tuviera que depender de la deficiente transportación pública.

Villo siempre venía a tomar café después de almuerzo, durante el receso del mediodía en el correo. Antonio siempre venía de noche, después de cenar. Por eso es que esta foto es tan especial: Es la única que tengo con los dos primos juntos, porque por alguna razón ese día Antonio coincidió con Villo para el cafecito del mediodía.

Las visitas de Villo, siendo durante su receso del almuerzo, eran casi siempre breves. El correo de Placetas estaba en Segunda del Oeste, a dos manzanas de mi casa. Pero Villo no tenía tanto tiempo de almuerzo. Las visitas de Antonio sin embargo casi siempre se extendían, a veces hasta una hora o más. Era una de las peculiaridades de la Cuba de esa época que mientras que muchas personas antes conocidas no pensaban ni en dirigirnos la palabra y mucho menos en visitar nuestra casa desde que habíamos solicitado la salida del país, Antonio, miembro del Partido y comunista hasta los huesos, había comenzado a visitarnos casi a diario justamente después de solicitar nosotros la salida, pues había sido por esa época que lo habían transferido a Placetas.

Antonio hablaba de todo, menos de política. Sin embargo, cuando descubrió que mi padre aún atesoraba una colección de Selecciones del Reader's Digest viejas, que guardaba desde antes de la Revolución, preguntó si podía llevarse una prestada para leerla. Mi madre se la prestó. Antonio la debe haber leído completa, porque regresó con ella a la semana siguiente, pero buscando intercambiarla por otra. Así comenzó una rutina en la que cada semana Antonio Marín Conde intercambiaba su edición de Selecciones ya leída por otra que, aunque igualmente vieja, era completamente nueva para él. Yo también leía en esa época las Selecciones viejas de mi padre. Y aún hoy en día pienso en la ironía de un miembro del Partido Comunista leyendo con tanto gusto, pero prácticamente a escondidas, las ediciones viejas de una revista tan "capitalista" y tan repleta de propaganda americana.

Antonio tenía también un buen sentido del humor. En una ocasión en que mi madre se quejaba de que las cenizas provenientes de la quema de los cañaverales en las afueras del pueblo le habían ensuciado la ropa recién lavada que había tendido ese día a secar al sol, Antonio rompió a reírse y le decía: "Tú lo que quieres es estar allá en El Norte y que te caiga encima el hollín de la 'United Chemical Company' en vez de la ceniza de la caña de Placetas... pero cuando estés allí y te caiga ese hollín encima, ¿a quién te vas a quejar?". Mi madre lo miró muy seria, todavía molesta, pero los dos terminaron riéndose.

Antonio me llevaba a veces con él en su moto. Cuando me dio por criar peces tropicales como pasatiempo y descubrí que se podían hacer peceras improvisadas usando las cajas plásticas de baterías de camiones, cortándoles el frente y reemplazando el lado cortado con un cristal pegado con un poco de cemento, fue Antonio quien me consiguió los materiales para aquel invento. Primero me llevó con él en su moto a recorrer los talleres de mantenimiento de camiones en todo el pueblo hasta conseguir un par de cajas de baterías de buen tamaño. Y luego me llevó, siempre en la moto, al principal almacén de materiales de construcción que quedaba en el pueblo a buscar un poco de cemento para pegarles el cristal del frente. Como a mi tío Pepe, también militante

del Partido, a Antonio Marín se le abrían todas las puertas. Conseguir el cemento fue tan simple como llegar al almacén y pedir la cantidad que quería. (Es cierto que no era mucho, pero para entonces el cemento en Cuba era ya algo prácticamente imposible de conseguir). Y como a mi tío Pepe, a mi primo Antonio no le importaba que yo fuera el hijo de unos gusanos: Yo era antes que nada el hijo de su prima Margarita y eso era suficiente. La familia primero. Desafortunadamente recuerdo a mucha gente en la Cuba de entonces que no fueron capaces de hacer esa distinción.

No recuerdo quién me tomó esa foto. Estoy con mi hermano en la calle Segunda del Oeste justo al sur de la Carretera Central. Estamos en el portal de unas tiendas que se encontraban más o menos al frente de donde estaba la oficina de notario de Eugenio Retana, amigo de mi padre, y no muy lejos de la ferretería que había sido de mi familia. Las tiendas están cerradas. Los cristales de la vitrina de una de las tiendas se rompieron en algún momento y están cubiertos en cinta adhesiva. Pero al frente de todo se ve un cartel grande y chillón que proclama “Carnaval de Placetas 1970 – Los Diez Millones Van”.

En Cuba realmente ya no había carnavales. Como tampoco había Día de Reyes, ni Noche Buena, ni Navidades, ni fiestas de Año Nuevo. Pero mientras que las Navidades y el Día de Reyes fueron eliminados de forma explícita, luego de determinar el Gobierno que todo aquello no eran más que rezagos del capitalismo, los carnavales murieron una muerte lenta y tan humillante como puede ser el que a todo un pueblo le distorsionen, le roben y le falsifiquen hasta las más profunda de sus tradiciones.

Oficialmente sí había carnavales. Y allí estaba el cartel enorme y en colores chillones para anunciarlo. Pero ya no había comparsas, por más oficiales que fueran, y por más que los cantos tradicionales hubieran sido reemplazados por consignas revolucionarias ya en años anteriores. Hacía años que no sonaban los tambores ni en el patio del Liceo, ni en ningún rincón del pueblo. No había carrozas, ni música en vivo. Lo único que había eran una especie de quioscos que el gobierno montaba con retazos de madera en algunas esquinas del pueblo, en donde se vendía cerveza caliente y ron, mientras hubiera, para que unos cuantos infelices se emborracharan, mientras los altavoces instalados por todo el centro del pueblo en lugar de repetir el últi-

mo discurso de Fidel repetían una y otra vez la misma música... Creo que es de aquella época que se me grabaron en la mente para siempre el “Pare Cochero” y el “Guayabero” de la Orquesta Aragón.

La tarde en que me tomaron esa foto era un domingo “de carnaval”. Caminaba con mi hermano por el pueblo. No había nada que hacer. A los quioscos donde vendían la bebida les decían “trochas”. Estaban llenos de consignas. Mejor dicho, de *una* consigna: “Los Diez Millones Van”. El 1970 era el “Año de los Diez Millones”. Era el año en que Cuba iba a producir 10 millones de toneladas métricas de azúcar. Mi hermano era tres años menor, pero yo había tenido que crecer rápido y ya entendía perfectamente la ridiculez de todo aquello. Por años en la escuela nos habían martillado con la idea de que había que salir del subdesarrollo; que parte del legado del subdesarrollo era el monocultivo de la caña de azúcar; que había que desarrollar una economía diversificada, en la que Cuba no dependiera sólo del azúcar; que la industrialización era la clave para la diversificación económica. ¡Y de repente el único objetivo del régimen volvía a ser la industria azucarera y cómo producir más azúcar! Aquel fue un año desastroso para Cuba. Todo se supeditó al esfuerzo para aumentar la producción azucarera, sacrificando y en muchos casos destruyendo otros renglones económicos. Lo que quedaba de la agricultura cubana sufrió un declive masivo cuando se arrasaron campos que producían todo tipo de cultivos para sembrarlo todo de caña, aun cuando muchos de aquellos terrenos no eran adecuados para el cultivo de la caña.

Me detuve frente a la trocha que estaba en la esquina de Segunda del Oeste y Primera del Sur, la esquina de lo que había sido la ferretería La Campana. Detrás de la trocha recostado del portal alto de la antigua ferretería un hombre completamente borracho trataba de incorporarse.

“Cochero pare, pare cochero...” decían los altavoces por décima vez.

Un amigo trataba de ayudarlo mientras le explicaba a uno de los “compañeros” que atendían al público que hacía fila para comprar cerveza caliente en la trocha:

—No fue la cerveza, viejo, es que el tipo se puso a tomar gualfarina... ya tú sabes... ahora tiene una borrachera que no hay quien se la quite.

—No será el primero ni el último... —le dijo el de la trocha —Hay que dejarlo. Ya se le irá pasando poco a poco.

El amigo del borracho asintió con la cabeza, y luego de ayudarlo a ponerse de pie, lo dejó recostado a una columna y se fue caminando calle abajo.

La canción de la Orquesta Aragón terminó por décima vez, y alguien gritó por los altavoces “Los Diez Millones Van... ¡y de que van, van!”.

El borracho, ahora solo, seguía tratando de espabilarse, pero de repente dio un paso en falso y cayó de bruces sobre el asfalto de la calle.

Por los altavoces comenzó una canción de Silvio Rodríguez, pero cantada por Omara Portuondo.

“La era está pariendo un corazón... No puede más se muere de dolor...”.

El borracho seguía en el piso.

“Los Diez Millones Van...”.

• Ves esta foto? ¿Ves a ese muchacho flaco y larguirucho en el medio del grupo? Pues ese soy yo el primer día de clases en lo que en Cuba era la escuela secundaria. Atrás había quedado la escuela primaria Yamil Duménigo, que llegaba sólo hasta el sexto grado. Ahora comenzaba en una escuela mucho más grande y con estudiantes que venían de todas partes del pueblo. Sí, ya sé que me veo muy serio. Pero recuerdo ese día y creo que en el fondo estaba contento. El muchacho negro alto que está a mi derecha en la foto era uno de mis mejores amigos: Fernando Díaz Hernández. Era tan alto y tan fuerte para su edad que todos lo llamábamos “Fernandón”. El rubio bajito que está a mi izquierda en la foto es Francisco Antonio Mora Alpízar, otro de mis mejores amigos. Ese que está un poco más a la derecha, al lado de Fernandón, es Bernardo Lorenzo, otro amigo. Creo que ese día todos compartíamos la emoción de haber llegado por fin a la escuela grande.

Fernandón vivía unas cuatro o cinco manzanas al noroeste de mi casa, cerca de la bodega que había sido de Rigo Pérez. Su padre era miliciano. Tenía un hermano y una hermana mayores que él. Todos eran iguales: Altos y fuertes. Fernandón era un atleta innato. A los trece años tenía un físico al que la mayor parte de los hombres sólo pueden aspirar a una edad mucho mayor y después de mucho tiempo en un gimnasio. Nadie se atrevía a provocarlo. Ni aún los estudiantes mayores de los grados más altos. Sin embargo, yo que lo conocía bien desde el quinto grado, sabía que aquel muchachón estaba lleno de bondad, humildad y sencillez; que era travieso, eso sí, pero incapaz de hacerle un mal a nadie. Un día que estaba en casa de Fernandón su mamá me preguntó si yo era el nieto de Panchita —el nombre por el que llamábamos a mi abuela paterna dentro de la familia—. Ese día

supe que su abuela había sido sirvienta en casa de mi bisabuela Agustina por muchos años, y había visto crecer a mi abuela desde que era pequeña.

Bernardo Lorenzo era guajiro. Originalmente era de Máximo, pero su familia se había mudado a una pequeña finca a las afueras de Placetas, en la salida hacia Fidencia. Como se había criado en Máximo, conocía a mis tíos, y a mi primo Rubén, y en parte por eso habíamos hecho una buena conexión cuando él empezó a asistir a la escuela primaria en Placetas. Me caía bien, porque como Fernandón era un muchacho bueno y sencillo. Como guajiro al fin, era un poco tímido. Nunca hablaba de más, pero decía lo que tenía que decir y se podía confiar en su palabra. Más de una vez yo había llegado hasta su casa en mi bicicleta. Siempre guardo la imagen de verlo un día descascarando arroz en un viejo pilón de madera de la manera que se hacía en el campo cubano: Machacando una y otra vez el arroz contenido en el nido cóncavo del pilón con una gran maza también de madera y pausando periódicamente para levantar en alto con las manos grandes puñados de arroz que luego dejaba caer: los granos, por su peso, cayendo de nuevo en el pilón, mientras que las cáscaras eran separadas por la brisa y caían afuera. Allí estuvimos un par de horas, haciendo cuentos, mientras nos alternábamos en el pilón, con una docena de gallinas peleándose a nuestro alrededor por los pocos granos que ocasionalmente llegaban al suelo junto con la paja.

Francisco Antonio era bajito, blanco y rubio como un rusito. Su familia, como la mía, era una antigua familia de Placetas. Sus padres habían compartido con los míos, en otra época, antes de que tanto él como yo viniéramos al mundo. Sus padres estaban ahora divorciados. Su padre, Nico Mora, se había ido para Estados Unidos varios años antes, cuando él era todavía pequeño. Francisco y su hermana menor vivían con su madre, Leonor Alpízar, y su abuela materna en una casa grande y antigua, parecida a la mía. Su madre era comunista. Su abuela era comunista –juez de los temidos “tribunales populares” en Placetas–. Y Francisco era comunista –si es que se puede ser comunista a los diez o doce años–. Pero por alguna razón, a Francisco no parecía importarle

que yo no lo fuera. Desde mitad de la escuela primaria habíamos sido los dos mejores alumnos de nuestra clase. Competíamos en las clases, pero al mismo tiempo nos respetábamos enormemente. Con el tiempo la competencia en lugar de distanciarnos había hecho que la amistad se hiciera más fuerte.

En la escuela primaria, todo aquello había sido posible. Francisco era pionero y comunista y yo no era nada. Pero aún ambos éramos reconocidos como los mejores estudiantes de la clase.

Lo que yo no sabía entonces era hasta qué punto mis maestras de quinto y sexto grado —los grados que había cursado desde que mis padres solicitaran la salida del país— me habían protegido de la realidad que se extendía fuera de las paredes de la aquella escuela. A ellas —Nancy y María de los Ángeles en quinto grado y María y Araceli en sexto— siempre les voy a estar agradecido por eso.

.

El mundo comenzó a cambiar poco después de que se tomara esta foto. La escuela secundaria Rodolfo León Perlacia no era la escuela primaria Yamil Duménigo. Y no sólo porque era un edificio más grande, de dos pisos, todo de cemento y con muchos más salones de clase. En la Perlacia el nivel de adoctrinamiento político de los maestros estaba muy por encima de cualquier cosa que yo hubiera experimentado hasta entonces. Y así mismo era el nivel de adoctrinamiento que se pretendía impartir en cada clase.

En la clase de historia, la antigua Atenas no era un experimento en gobierno democrático sino una sociedad esclavista fundada, como todas las sociedades antes del comunismo, en la explotación del hombre por el hombre. En la historia de la antigua Roma la filosofía de Séneca o las conquistas de Julio César eran irrelevantes. Lo verdaderamente importante había sido la rebelión de Espartaco, porque era parte de la lucha de clases que sólo culminaría en el siglo XX con la gloriosa Revolución Bolchevique. En la clase de español todas las lecturas eran sobre temas políticos. Todos los ensayos eran sobre temas igualmente políticos. Más aún, cuando se nos pedía escribir sobre algo, la

respuesta ya estaba dada: sólo quedaba por ver quién podía ser más elocuente en exponer aquella versión oficial, claramente conocida, y de la que nadie podía desviarse en lo más mínimo, bajo pena de recibir una pésima nota.

Pensé que tendría un poco más de espacio en las clases de ciencia. Sin embargo, en el primer examen de biología me dieron un 90 de 100. Yo sabía que lo había contestado todo bien. Fui ante la profesora a discutir mi nota y pedí ver mi examen corregido. En el examen no había nada marcado como incorrecto; sólo unos números en la esquina superior izquierda de la primera página, en tinta roja: $100 - 10 = 90$.

“¿Por qué me está quitando esos diez puntos?”, fue mi pregunta.

Y la única respuesta fue: “Tú eres el estudiante que se va del país, ¿correcto?”.

Y por un momento que pareció muy largo sostuvo mi mirada con la suya, con una mezcla profunda de prepotencia y desprecio, hasta que yo perdí lo poco que me quedaba de inocencia y entendí el mensaje sin necesidad de más palabras.

Nunca se me había hecho tan largo el camino de regreso a casa al final de un día de clases.

La escuela Rodolfo León Perlacia estaba en un edificio que antes de la Revolución sido un colegio privado de monjas. Asumo que antes de la Revolución sólo entraban a esa escuela estudiantes de cierta clase social, que eran allí indoctrinados en un dogma muchas veces sin sentido —el de la Iglesia Católica—. Once años después de la Revolución, estábamos en el mismo sitio, sólo que el Partido Comunista dictaba el nuevo dogma y sus conversos habían reemplazado a los curas y las monjas.

42 Johnson

Creo que esta es la única foto que he conservado en la que no hay ninguna persona conocida. Es sólo la foto de una calle vacía. Una calle larga y recta, como casi todas las calles de mi pueblo, donde la vista se pierde en la distancia. Es una vista de la calle Cuarta del Oeste, tomada desde la esquina con la Carretera Central, mirando hacia el sur. A esta calle la llamábamos comúnmente la Carretera de Cumbre, por el nombre del sector en las afueras de Placetas a donde llegaba la carretera.

En esta época, la Carretera de Cumbre era una calle de bastante tránsito y en la foto se ven varios carros americanos de los años cincuenta mezclados con diferentes tipos de camiones rusos, así como un camión Pegaso español. Estacionado a la derecha se ve un pequeño Alfa Romeo, de los que el gobierno había importado a finales de los años sesenta para los oficiales más altos del Partido Comunista.

Allí, en ese mismo lado de la calle, quizás unos metros más adelante, era donde se estacionaba el camión que recogía a mi padre para regresarlo a “la granja” en los domingos de aquellos fines de semana en que le permitían venir a casa. Y la razón porque lo recuerdo tan bien es porque muchas veces yo lo acompañaba en el camino desde la casa hasta la parada del camión. “El camión de los Johnsons”, le decían. Y es que “Johnsons” era como le decían entonces a todos los que estaban, como mi padre, en brigadas de trabajos forzados, en aquellas “granjas” dispersas a través del país, por haber solicitado el permiso para salir de Cuba. “Johnson” porque ese era el apellido de un presidente norteamericano y era una manera de recordarle al resto de la población que estos individuos habían optado por ir a unirse a Johnson y al Imperialismo Yanqui, en lugar de sacrificarse por la Patria y por la gloriosa Revolución Cubana.

Recuerdo haber andado con mi padre muchas veces las tres cuadras escasas que había desde nuestra casa hasta el lugar donde se estacionaba aquel camión, siempre un domingo por la noche. Mi padre vestido con su ropa de Johnson: Pantalones de trabajo desteñidos y remendados muchas veces por mi madre; camisa de manga larga de trabajo, de un gris indefinido, e igualmente remendada una y otra vez. Botas de trabajo, limpiadas por mí poco antes —gastadas pero relucientes con las varias capas de betún que yo les había aplicado meticulosamente para impermeabilizarlas lo más posible—. Sombrero de guano. Y mochila. Una mochila hecha por mi madre, con los mejores pedazos de tela que pudo reciclar quién sabe de dónde. Una mochila fuerte y robusta, que cargaba el resto de su poca ropa y la comida que habíamos podido conseguirle para cuando le apretara el hambre —cosas que duraran lo más posible, como galletas o comida enlatada, que habíamos ido consiguiendo y guardando para él durante las dos semanas anteriores—. En la mochila había también una capa de agua que mi madre le había cosido con pedazos de lona vieja, para cuando lo sorprendieran los fuertes aguaceros de Cuba a la intemperie en el medio de algún campo. Y finalmente la mocha, afilada por mí hasta el límite que aguantaba su metal oscuro y guardada ahora en una funda de cartón para evitar accidentes.

Llegábamos enseguida porque trabajando en el campo mi papá había adquirido el paso rápido de los guajiros. Siempre nos parábamos a unos metros del camión. Y entonces nos separábamos y él iba a subirse a la cama del camión donde se confundía con decenas de otros “Johnsons”. Así se los llevaban de regreso a la granja, en Cacahual: Varias decenas de hombres apretados hasta que ya no quedaba espacio para uno más en la cama abierta de un camión, con sólo una baranda muy tosca de madera alrededor. Si hubieran sido animales los habrían transportado mejor.

Como ya en esa época los apagones eléctricos ocurrían todas las noches, casi siempre estas caminatas ocurrían con el pueblo completamente a oscuras. Creo que era mejor así. Había poca gente en la calle y las pocas personas con quienes nos cruzábamos en la oscuridad no habrían podido reconocer a mi padre. Una vez el subía al camión y se mezclaba con el resto de

los hombres, yo tampoco podía distinguirlo. Entonces me daba la vuelta y regresaba a casa.

Así es como recuerdo la calle que aparece en esta foto: No la calle llena de carros y gente, bajo el sol radiante del mediodía, sino la calle completamente oscura y callada en la que yo me separaba de mi padre un domingo por la noche, cada dos semanas.

Sabía que lo vería de nuevo en dos semanas. Que llegaría sucio y agotado, tizado de trabajar en los cañaverales quemados.

A veces parecía salido del mismo infierno.

43

La Escuela al Campo

En esta foto estoy de nuevo frente a la escuela secundaria en Placetas. Está tomada a finales de marzo del 1971. Hay otros estudiantes a mi alrededor, pero ninguno que yo recuerde. Al fondo, hay un autobús relativamente nuevo: Es el que nos va a llevar al campo. Estoy a finales de mi séptimo grado y este es el primer año en que me toca participar en el programa que llamaban “La Escuela al Campo”: En Cuba todos los estudiantes de séptimo grado en adelante tenían que ir a trabajar al campo por mes y medio todos los años. Yo me estoy reportando tarde, retrasado gracias a una infección más o menos seria en mi pie izquierdo. Pero en este día estoy saliendo con ese grupo para un campamento en un sitio llamado Yabú en las afueras de Santa Clara a donde ha sido destacada mi escuela.

La foto fue tomada al mediodía.

Sin embargo, salimos de noche (en Cuba todo se demora).

Recuerdo el viaje de ida como si hubiese sido ayer: el pequeño autobús lleno de estudiantes desconocidos; el fuego de los cañaverales ardiendo en la distancia; la ironía de una canción de Tony Orlando en el radio (canción en inglés que nadie podía entender).

Recuerdo igualmente la llegada al campamento Yabú esa noche. Era un campamento grande con varios “albergues” alineados en paralelo. Los albergues eran naves largas, con piso de tierra y techo de dos aguas hecho con planchas de fibrocemento. A un lado los albergues de los varones y al otro lado los de las hembras. Dentro de cada albergue dos hileras de toscas literas con un pasillo largo y estrecho en el medio.

“Tú estás con la brigada 3”, me dijo el encargado de recibirnos.

Caminamos por el descampado que había al frente de los albergues, una plazoleta de tierra pelada, sin un solo árbol, y nos detuvimos frente al que estaba asignado a mi brigada.

Entramos. En Yabú no había electricidad, así es que la única iluminación dentro del albergue venía de unas cuantas “chismosas” de kerosén esparcidas a intervalos irregulares a lo largo de la nave. Avanzamos unos quince metros y allí a la derecha había un espacio vacío.

“Esa es la tuya”, me dijo, señalando la litera, que no era más que una armazón hecha con cabillas de acero soldadas con una tela de saco (la misma que se usaba para los sacos de azúcar en los centrales) amarrada al metal con soga de estropajo.

Era obvio que la parte de arriba estaba ocupada, así es que la mía sería la de abajo. Comencé a organizar mis pocas cosas lo mejor que pude. No había mucho espacio. Tampoco entre las literas —quizás un máximo de 18 pulgadas entre una y otra—. Conocía a los que estaban a mi alrededor. Eran todos de séptimo grado y algunos habían sido mis compañeros de clase. A mi compañero de litera no lo conocía. Se llamaba Saturnino y creo que venía de una de las escuelas de Santa Clara.

Un gordito mulato al que conocía de Placetas y que estaba dos literas más abajo me dijo “Acuéstate temprano, Fernan, que aquí suenan la campana a las cinco de la mañana, no importa lo que pase”.

.

—Fernando, Fernando... ¡Despierta, que está lloviendo!

La voz parecía venir de algún sitio lejano. Pensé en medio de mi sueño que no podían ser las cinco de la mañana aún.

—¡Despiértate, Fernando!

Abrí los ojos y noté que todo seguía oscuro. El de la litera de mi lado derecho roncaba plácidamente... Pero alguien me estaba sacudiendo del otro lado. Me viré y casi tropecé con la cara de Saturnino.

—Levántate, coño, que empezó a llover.

Aún sin entender salté de la cama lo más rápido que pude.

—Agarra por allá —me dijo, indicando el lado de los pies en

la litera, mientras el agarraba la cabecera—, ahora levanta... así... vamos a moverla para tu izquierda. Lo más posible. Así mismo...

Pegamos la litera lo más que pudimos a la que nos quedaba al lado izquierdo. En el espacio de unos tres pies que quedaba ahora del otro lado podía distinguir claramente, con la luz de una pequeña linterna, un fino hilo de agua que se colaba por una grieta en el techo y caía verticalmente al piso de tierra. Comprendí entonces: Antes de mover nuestra litera, la gotera le estaba cayendo encima a Saturnino.

—Es que se me había olvidado decírtelo, que cuando llueve, hay que mover la litera. Bueno, ya tú mismo ves cómo es la cosa.

Pensé en acostarme otra vez, pero Saturnino pareció leerme los pensamientos.

—El problema es que si llueve más fuerte esta gotera se aguanta, pero entonces se abre otra más a la izquierda y vamos a tener que mover la litera para el otro lado...

Palabras proféticas, pues unos minutos más tarde la lluvia arreciaba y mientras la gotera inicial se convertía en un hilo de agua más grueso que corría ahora por la pared del albergue, otra gotera similar a la primera se abría unos dos pies a la izquierda, mientras Saturnino y yo movíamos precipitadamente la litera lo más posible hacia la derecha.

—¿Desde cuándo esto está así?

—Desde siempre, yo creo. Por eso es que dejaron esta litera vacía. Pero cuando yo me reporté hace una semana era la única litera que había y me pusieron aquí. Y ahora llegaste tú y es lo mismo. Nada, que nos jodimos con esto... El mayor problema es el fanguero que se forma.

Pero no era así: El mayor problema fueron las dos horas que pasamos en medio de la noche moviendo la litera con todas nuestras pertenencias de un lado a otro cada diez minutos, según la lluvia aflojaba o arreciaba nuevamente. Los gallos ya estaban cantando cuando finalmente dejó de llover y pudimos acostarnos de nuevo.

Poco tiempo después sonó la campana.

El desayuno era una jarra de café con leche bastante aguada. Cada cual tenía que tener una jarra de lata, que llevaba al espacio sin paredes que servía de comedor, y allí hacer la cola para que te dieran la ración de café. En Yabú, como ya dije, no había electricidad, y a las cinco todavía era de noche. Tampoco había agua corriente. Sólo un pozo, con una bomba de mano. Así es que ni pensar en lavarte la cara o los dientes. A una hora fija teníamos que estar formados en fila, por brigada, y por número, en el descampado al frente de los albergues. Una vez allí cantábamos el himno nacional y recibíamos una breve arenga o alguna charla política de una de las directoras de las escuelas que estaban allí o de algún profesor y luego marchábamos al campo, sin romper nunca formación, todos en fila. Según salíamos del campamento ya amaneciendo, diferentes brigadas eran dirigidas en diferentes direcciones, según fuera el trabajo del día.

En Yabú había plantaciones de dos cosas: Cebollas y tomates. Para los varones el trabajo era usualmente limpiar los sembrados de malezas, utilizando las tradicionales “guatacas”. Para las hembras, el trabajo era usualmente recoger las cebollas y tomates.

El trabajo de mi primer día fue desyerbando un campo de cebollas a fuerza de guataca. Creo que el cabo de la guataca era más alto que yo y los surcos parecían inmensos de largos. Pero poco a poco le fui cogiendo el ritmo a aquello. A media mañana, cuando el sol comenzaba a arreciar, llegó el “aguador” y nos dieron un descanso de 15 minutos. El aguador lo que traía eran dos latas grandes de agua con azúcar. Regresamos al trabajo como hasta las doce del mediodía. A esa hora formamos fila de nuevo y regresamos al campamento para el almuerzo. El almuerzo en el espacio que servía de comedor consistía de arroz con frijoles y tomates muy maduros, casi podridos ya. Antes de las dos de la tarde estábamos de regreso en el campo, nuevamente guataca en mano y trabajábamos como hasta las cinco. A las cinco, sudados y llenos de polvo regresábamos al campamento y comenzaba la

odisea del baño: Primero había que hacer la fila, frente al pozo único, con un cubo. Cuando te llegaba el turno, llenabas el cubo de agua y procedías al área del baño: un espacio abierto con piso de cemento sin pulir y rodeado de planchas de zinc: Allí buscabas un espacio, te enjabonabas (con el pedazo jabón que habías traído contigo) y te enjuagabas lo mejor posible estirando al máximo el agua del cubo.

Finalmente, ya casi de noche, llegaba la hora de la comida: Nuevamente arroz con frijoles y los tomates tan maduros que ya no podían embarcarse a ningún sitio.

La misma rutina se repetía todos los días, excepto que los domingos no había trabajo. A veces nos quedaba un rato por la noche para conversar un poco, antes de acostarnos lo más temprano posible, para comenzar el mismo ciclo de nuevo al día siguiente. Lo único que realmente cambiaba era si el campo que había que guataquear estaba sembrado de cebollas o de tomates.

El maestro encargado de mi brigada era joven y afable. No recuerdo su nombre, pero le decían “Tronquito”.

.

Una mañana, durante el periodo para las arengas que siempre seguía al himno nacional, una de las directoras a cargo del campamento presentó a una estudiante de una de las escuelas de Santa Clara a todo el grupo y expuso que esta estudiante había robado algo a una de sus compañeras y que por lo tanto estaba siendo expulsada no sólo del campamento, sino también de la escuela. Más que eso, se tomó todo el tiempo normalmente dedicado a alguna insípida charla política para atacar y humillar públicamente a aquella estudiante. Años después he pensado muchas veces en aquel incidente: ¿Cómo se puede expulsar de la escuela a una niña de doce años por cometer algo que necesariamente tiene que haber sido un pequeño error? ¿Cómo puede una mujer adulta enseñarse de tal manera con una niña de doce años? ¿Por qué?

VI.

CAMINO AL DESTIERRO



Tata y Lulu

44

El telegrama

• Esta es la foto del día que nos llegó el telegrama!

! El “telegrama” era realmente la autorización final para salir de Cuba. No creo que fuera ya un telegrama como tal, pero en algún momento, quizás a principios de los años sesenta, sí lo había sido, y el nombre se había quedado en el lenguaje popular. Sólo que ahora estábamos en el 1971 y lo que llegaba a tu casa no era un telegrama sino un grupo de oficiales del Ministerio del Interior, en uniforme militar verde olivo, que te comunicaban la aprobación para tu petición de salida y al mismo tiempo te daban no más de dos horas para salir de tu casa, sin más pertenencias que una maleta de tamaño mediano por persona. Las maletas sólo podían contener ropa y algunos efectos personales sin valor, lo mismo que te permitirían sacar de Cuba en el vuelo de salida unas semanas más tarde. Mi madre sabía –o quizás deseaba esperanzada– que el momento estaba cerca y hacía ya un tiempo que tenía nuestras maletas prácticamente listas.

Ese día yo había salido para la escuela por la mañana como cualquier otro día, sin saber que estaba viendo el interior de mi casa por última vez. Cuando regresé pasadas las doce del mediodía para almorzar, la puerta de mi casa estaba sellada y un oficial de los de verde olivo permanecía todavía plantado al frente.

Por eso es que esta foto está tomada con Lulu y Tata en su casa. Por eso la tristeza tan profunda en sus ojos, porque sabían ya con certeza que nos íbamos y que nunca más volveríamos a vernos.

.

Alguien de la familia –no recuerdo quién– llevó el mensaje a la granja, en Cacahual: Una especie de liberación para

mi padre, que ya esa noche estaba con nosotros, esta vez para siempre.

Creo que a todos nos embargaba una tristeza profunda por Tata y Lulu, y por todos los que se quedaban atrás, pero también la alegría igualmente profunda de que finalmente podríamos salir de Cuba. Yo no dejaba de pensar que volvería a ver a mis primos y quizás a algunos de mis amigos que se habían ido antes.

Pocos días después nos fuimos de Placetas para La Habana. Estábamos en abril y el vuelo de salida no era hasta el 10 de mayo, pero mi padre quería la oportunidad de pasar unos días con su madre y sus dos hermanos que aún estaban en Cuba: Mi tío Carlos, el ex combatiente del ejército rebelde, y mi tío Pepe, el socialista utópico.

Fernandón y Bernardo vinieron a casa de Lulu a despedirse de mí. Siempre guardaré la imagen de verlos doblar la esquina de la casa por última vez, pensando que ya no los vería nunca más. Algunos otros amigos también se despidieron, pero no muchos. En aquellos últimos días yo estaba en Placetas, pero al mismo tiempo era como si ya no existiera, como si me hubiera ido ya a otro mundo del que nunca regresaría. Era como si finalmente se completara aquel proceso de expulsión gradual, comenzado más de dos años antes, cuando mis padres fueron despedidos de sus trabajos y cuando tantas de nuestras antiguas amistades nos dieron la espalda.

Sin embargo, varios amigos de mi padre sí estuvieron con él hasta el final, desde Eugenio “Ñeño” Retana, abogado, hasta sus amigos mecánicos, Pedro Vega y Felo Puya.

.

En un gesto final de amistad, Pedro Vega y Felo Puya se aseguraron de que el viejo Oldsmobile de mi padre, que ya apenas se movía y que mi padre de alguna manera tenía que entregar al gobierno funcionando, fuera capaz de hacer el viaje de 36 kilómetros de Placetas a Santa Clara, donde el carro tenía que ser entregado.

No sé todo lo que tomó conseguir que aquel carro del 1952, que no había visto ni piezas de repuesto ni mantenimiento ade-

cuado por más de diez años, pudiera recorrer esos 36 kilómetros sin problemas, pero uno de los componentes fue la instalación de una vieja batería de camión ruso, seguida de la advertencia: “No importa lo que pase, no enciendas las luces del carro, porque no te va a quedar una sola bombilla”.

Como si todo esto fuera poco, Pedro siguió a mi padre hasta Santa Clara en otro vehículo, “por si surgía algún problemita por el camino”, y lo trajo con él de regreso a Placetas.

Cuando mi padre llegó a la oficina de gobierno donde debía entregar el carro, no se atrevía a apagarlo y dejó el motor corriendo. Pero el oficial del Ministerio del Interior, que no era tonto, le pidió que apagara el motor y luego que lo encendiera de nuevo. Mi padre, que nunca fue religioso, quizás pensó en todos los santos por un momento. Pero el motor –impulsado por aquella batería adaptada del camión ruso– arrancó con tanto ímpetu que lo único que el sorprendido verde olivo pudo decir fue algo como: “Oiga, ¿este carro siempre arranca así?”. A lo que mi padre respondió, aparentando gran confianza: “Siempre. Este carro está entero... Mire, en mi opinión, esto es lo mejor que han fabricado los americanos”.

Carro entregado. Papeles firmados. Y de regreso a Placetas.

Gracias a Pedro y a Felo.

Siempre los recordaremos.

45

Tata y Lulu

Lo más triste para mí fue despedirme de Tata y Lulu. Yo sabía que nunca los volvería a ver. Tata nunca se iba a ir de Cuba. Él mismo me lo había dicho, en su propia forma: “Yo ya fui un emigrante una vez y estoy muy viejo para ser un emigrante de nuevo. Mi vida termina aquí”.

Yo había escuchado muchas veces, desde pequeño, la historia de cómo Tata había salido de su pueblo natal, Bermeo, cuando tenía solamente 14 años, como trabajador en un “vapor” que había ido primero a Liverpool, luego a los Estados Unidos y finalmente a La Habana. De cómo había llegado a La Habana a trabajar con algún pariente y de cómo, poco a poco, se había abierto camino, hasta llegar a ser un hombre relativamente rico.

Al principio su vida en Cuba había sido muy dura. Luego, cuando ya tenía dinero, había regresado a España dos veces, con Lulu y con su hija: El prototipo del emigrante exitoso, que regresa a su tierra después de haber triunfado. Pero la Revolución le había quitado su negocio y su posición. Y ahora, que lo había perdido todo, no iba a regresar a España viejo y sin nada, ni tenía tampoco la energía y la juventud que se requerían para empezar de nuevo, en otro país, desde cero.

Las primeras veces que yo había escuchado la historia de cómo Tata había dejado todo atrás y había salido solo de su país a los 14 años me había impresionado mucho. Yo tenía entonces siete u ocho años y recuerdo pensar que era algo terrible que Tata siendo todavía un niño había tenido que dejarlo todo atrás —su país, su familia, sus amigos—. Y más de una vez le pregunté ingenuamente si no había sentido miedo. Pero durante los últimos días que pasé en Placetas no dejé de pensar en la ironía de que era yo ahora quien lo estaba dejando todo atrás. Y aunque me iba

junto con mis padres, tenía doce años, no catorce. Sin embargo, no sentía miedo. Tristeza sí. Pero no miedo.

Después de mis padres, el ser la persona que soy se lo debo más que a nadie a mis abuelos, Tata y Lulu.

Legamos a La Habana a finales de abril. No recuerdo que hayamos paseado mucho en esos días. De hecho, no recuerdo prácticamente nada de esos días, excepto la reacción de mis familiares.

Mi tío Carlos fue tan indiferente conmigo como lo había sido siempre. El antiguo guerrillero hacía ya tiempo que se había desilusionado por completo con el gobierno “revolucionario”. Había solicitado el permiso para salir de Cuba con su esposa más o menos por la misma época que nosotros. Pero mi tío era médico y Cuba para entonces había perdido fácilmente la mitad de sus médicos, junto con los cientos de miles de personas que habían abandonado el país desde el 1959. Por lo tanto, el trato fue diferente para mi tío Carlos de lo que había sido para mi padre: A Carlos no lo mandaron a un campo de trabajos forzados, sino que lo dejaron seguir trabajando como médico, sólo que lo asignaron a un policlínico en un pueblo pequeño en las afueras de La Habana. Esa fue la parte positiva de ser médico. La parte negativa fue que, aunque había solicitado la salida por la misma época que nosotros, no lo dejarían salir hasta tres años después de nosotros. Él sabía que sería así y no disimulaba su frustración. Creo que para entonces era un hombre bastante infeliz.

Mi abuela Panchita fue mucho más fuerte que su hermana Lulu. En ningún momento vi en ella la tristeza tan profunda y el dolor que vi en Lulu durante los últimos días que pasamos con ella en Placetas. Creo que parte de eso era sencillamente la personalidad de Panchita. Pero parte era que ya entonces ella también pensaba en irse de Cuba y sabía que quizás algún día volvería a vernos. Mientras que Lulu sabía ya que ella y Tata nunca iban a salir de Cuba.

Y finalmente, estaba mi tío Pepe, que en el 1971 continuaba soñando con su utopía socialista. Creo que era a él a quien más le dolía vernos partir. Como Tata, pero por diferentes razones, él sabía también que nunca se iba a ir de Cuba y que quizás nunca nos volvería a ver. Esta vez no me llevó a los estudios de televisión, pero sí organizó una comida en su casa que nunca voy a olvidar.

Recuerdo que durante la comida mi padre hizo un comentario sobre el reloj de pulsera ruso que tenía y que, sabiendo la mala calidad de todos los bienes de consumo hechos en Rusia, no sabía cuánto le iba a durar (asumiendo que no se lo quitaran en el aeropuerto el día de la salida). Lorenzo, el hijastro menor de mi tío, que tenía ya cerca de quince años, le dijo a mi padre, “Y tú. ¿por qué te preocupas por eso, si tú te vas y pronto vas a poder comprarte cualquier reloj que quieras?”. Mi padre le respondió que eso no era tan fácil, que teníamos que empezar de cero y que por mucho tiempo no iba a tener dinero para comprarse otro reloj.

Al final de la comida, mi tío me habló muy seriamente: “Lo que tú padre le dijo a Lorenzo es cierto. Aquí todo el mundo piensa que sales de Cuba y automáticamente vas a tener de todo. Pero no es así. Tu padre lo sabe. Y yo lo sé aún mejor, porque antes de la Revolución yo viajé mucho fuera de Cuba. La vida en las sociedades capitalistas no es tan fácil como la pintan. Al contrario: es dura. Y será más dura aún para ustedes, porque a donde quiera que vayan, van a ser extranjeros”.

“Tú padre es un hombre muy luchador y yo espero que todo le vaya bien y que salga adelante. Pero quiero decirte esto y quiero que nunca lo olvides: La educación es algo muy importante. Aquí en Cuba todos tienen derecho a una educación completamente gratuita —de nuevo el socialista utópico— pero en los Estados Unidos no es así. Las mejores universidades son sólo para los ricos. Muchas personas no pueden ir a la universidad, porque no tienen los medios económicos. Y no vamos a hablar del racismo...”.

Se quedó por un momento como el que tiene algo muy importante que decir y no sabe exactamente como decirlo. Y entonces continuó:

“Tú eres un muchacho inteligente. No importa lo que pase en el futuro, tú tienes que educarte. Y si cuando llegue el momento allá afuera ustedes no tienen los medios para que tú te eduques y para que vayas a la universidad, tú me vas a escribir y me lo vas a decir, y ese día yo te aseguro que tú puedes regresar a Cuba y que aquí podrás tener tu educación”.

A mi tío Pepe le debo la inspiración para haber estudiado ingeniería. De hecho, le debo la inspiración para haber estudiado. Y punto.

.

No saldríamos de Cuba el 10 de mayo, como nos habían informado inicialmente. La fecha de salida fue atrasada por el gobierno, hasta finalmente ser fijada dos semanas después, el 25 de mayo.

Era una etapa más de la guerra psicológica a la que nos habían sometido hacía más de dos años: te daban una fecha de salida y luego te la atrasaban arbitrariamente, sin darte razón alguna. Pero para entonces ya habían confiscado tu casa, tus pertenencias, todo. Afortunadamente para nosotros, teníamos familia en La Habana. Pero para las personas del interior de Cuba que no tenían familiares que pudieran albergarlos en La Habana un retraso de sólo una o dos semanas podía ser muy duro. ¿Cómo subsistir con una familia por varios días en una ciudad desconocida, sin dinero, ni alimentos, ni acceso a un alojamiento?

Salimos del apartamento de mi abuela en la calle 25 del Vedado cuando todavía estaba oscuro afuera. El vuelo de Iberia de La Habana a Madrid salía a media mañana, pero teníamos que estar en el aeropuerto José Martí varias horas antes. Había una llovizna muy fina, casi imperceptible afuera. Por alguna razón yo tenía en la cabeza la melodía de “rain drops are falling on my head...” aunque yo entonces no sabía nada de inglés y mucho menos la letra de aquella canción.

El aeropuerto era más pequeño de lo que yo esperaba y estaba lleno de murales con frases del Che Guevara en español, inglés y francés. Recuerdo que la palabra “people” se repetía una y otra vez en aquellas traducciones y estimé con certeza que significaba “pueblos”. Traté de “traducir” otras palabras. No era difícil, particularmente porque las frases traducidas yo las conocía de memoria en español, de tanto que me las habían taladrado en la cabeza: “Porque esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar...”.

Mis ejercicios de traductor improvisado terminaron donde comenzaron las últimas humillaciones: El registro. El registro completo y exhaustivo de tu maleta, de la que te sacarán y te revisarán todo, hasta los calzoncillos. De ti y de la ropa que llevas puesta. Cada bolsillo de tus pantalones virado al revés. Para que recuerdes muy bien que te vas sin nada. Que ni tú ni los tuyos se van a llevar nada, absolutamente nada de valor. Ni un anillo de boda. Ni una foto de familia. Nada. Para recordarte, una vez más, que no eres más que un gusano y un apátrida. Que no te queremos. Que eres escoria. Que no eres nada. Que, aunque sólo tienes doce años, eres un traidor y un vende Patria...

.

Finalmente salimos a la pista...

“Porque esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar...”.

Caminamos lentamente; en silencio; con la cabeza baja...

“Y su marcha de gigantes ya no se detendrá...”.

Caminamos bajo el sol radiante de Cuba (ya no está lloviznando), bajo un cielo azul purísimo, hacia el avión con las insignias rojas y amarillas en la distancia.

“Hasta conquistar la verdadera independencia...”.

Atrás, al otro lado de una cerca de alambre donde termina el cemento de la pista hay un grupo de familiares que han venido a despedir, desde lejos, a los que se van. Pensamos que nadie ha venido a despedirnos. Pero distinguimos la figura inconfundible del tío Porfirio, delgado y erguido, con su guayabera blanca de hilo, impecablemente planchada, y sus zapatos de dos tonos, impecablemente limpios, que nos dice adiós con la mano en alto.

Voy subiendo la escalerilla del avión y recordando aquel primer juego de pelota al que mi tío Porfirio me llevó en el estadio de Placetas. Aquel día en que él se había tomado el tiempo para explicarme las jugadas buenas y malas, y las destrezas y errores de cada uno de los jugadores, para que yo entendiera por mí mismo cuáles eran “los buenos”.

“¿Cuáles son los buenos, tío?”.

“Hay jugadores buenos en ambos equipos... Presta atención al juego y tú mismo te irás dando cuenta...”.

El día en que, a través de un simple juego de pelota, yo había aprendido una lección muy importante de vida: que en cada “equipo”, independientemente de que nos simpatice o no, puede haber jugadores buenos...

Me detengo por un instante frente a la puerta metálica del avión y de un golpe lleno mi mente con aquel verso breve y sublime de Martí, que resume la realidad al atravesarla:

“Sin Patria, pero sin amo...”.

EPÍLOGO



Reunión familiar en la finca de Máximo

Muchas de las fotos aquí descritas ya no existen. Más aún, muchas de ellas *no existieron nunca*, por la sencilla razón de que, a partir de cierto momento en el tiempo, que dejaré sin precisar, ya no había forma de tomar fotos en Cuba, pues no había ni cámaras ni filme fotográfico, ni servicio de revelado. Hablo de ellas como fotos, pero son sólo imágenes que por alguna razón quedaron plasmadas en mi mente de forma indeleble para siempre.

Otras fotos sí existieron. Pero no nos permitieron sacarlas con nosotros cuando nos fuimos de Cuba. Sólo tenemos las que nos llegaron luego en las cartas enviadas por Lulu y Tata a través de los años. Muchas de esas no llegaron nunca, porque el correo comunista era notoriamente incompetente y porque los esbirros del régimen se reservaban el derecho de abrir y destruir cualquier sobre que les pareciera sospechoso —que podía ser cualquier sobre que pareciera contener algo más que un simple pliego de papel, incluyendo una foto—. Pienso que todo eso fue parte del esfuerzo de la dictadura por quitarnos no sólo nuestras posesiones materiales, sino también nuestras raíces, nuestra identidad y hasta nuestros recuerdos.

A esas personas, en dondequiera que estén, quiero decirles que, en esto, como en todo lo que emprendieron con tanto odio y fanatismo en aquellos años, también fracasaron. Que las “fotos” de Cuba se quedaron en mi mente, para siempre, con toda su riqueza y todos sus detalles, y en cantidades suficientes para escribir cien relatos más como este. Y que todo lo verdaderamente importante nunca pudieron quitárnoslo, porque no iba ni en los bolsillos que nos viraron al revés en el aeropuerto de La Habana, ni en las pequeñas maletas de ropa vieja con las que salimos de Cuba... Todo, absolutamente todo, lo verdaderamente importante nos lo llevamos dentro.



En Máximo, con mi hermano, mi primo, y el caballo “Centella”

UN COMENTARIO FINAL



En el parque de Placetas

Tomó tiempo, sí, el destruir todo lo que se destruyó en Cuba. Los que vivimos en ese espacio y en ese tiempo, aún como niños, lo vimos progresar todo como en cámara lenta. Actos de represión extrema eran seguidos por períodos de aparente calma. Y los más idealistas pensaban, “quizás es hasta aquí que llegamos, quizás la situación se estabiliza...”. Pero el proceso continuaba inexorablemente. Cada año sería peor. Más represión. Y menos libertad —hasta que ya no quedara nada—. En paralelo con la destrucción de las libertades más básicas vino la destrucción material y económica. Una economía que había sido próspera se hundió en unos pocos años hasta que llegamos todos a la miseria. Todos, esto es, menos los “pinchos” del Partido Comunista, la nueva élite.

Así terminamos: Un país miserable y esclavizado. Y en el fondo siempre los discursos infinitos de Fidel, transmitidos y repetidos una y mil veces a lo largo y ancho del país, sembrando la división, el rencor, y el odio...

Odio hacia los capitalistas, hacia los americanos, hacia los llamados contrarrevolucionarios. Odio hacia los “pequeños burgueses”, hacia los que se iban del país, hacia los “lumpen”. Odio, finalmente, hacia tus compañeros de trabajo, tus vecinos, tus primos, tus hermanos. Las masas se vuelven ciegas. La vorágine te envuelve y, si eres débil, terminas coreando las mismas consignas sin sentido y propagando el mensaje oficial de odio, represión, y violencia.

Recuerdo a muchos que resistieron, que no se doblegaron ante aquel mensaje. Son ellos los héroes de esta historia. Los que, a pesar de todo, se mantuvieron fieles a sus convicciones y a sus principios. Aun cuando sabían que pagarían un alto precio: la marginación social, el exilio, la cárcel, y hasta la vida.

Ese fue el país en que me tocó crecer. Yo era un niño al comienzo de esta historia. Y un niño crece, no importa lo que esté pasando a su alrededor. Un niño crece aun si su mundo se

está descomponiendo en pedazos, y lo que va quedando se hace más pequeño y más hostil con cada mes y cada año. Hasta cierta edad no lo sabes. Luego quizás comienzas a ver la realidad, poco a poco, pero no entiendes todas las implicaciones de esa realidad, en gran parte porque es lo único que conoces y no tienes marco de comparación ni puntos de referencia, ni nada... Luego creces un poco más y ya puedes usar como punto de referencia el año pasado, o los dos o tres años anteriores. Entonces, de repente, entiendes toda la realidad y todas sus implicaciones. Y ese día, cuando finalmente llega, es el día en que dejas de ser un niño.

ÍNDICE

La infancia de los años

1. Placetas	13
2. La Campana	18
3. Mi madre	20
4. Mi padre	23

La traición

5. El cambio	29
6. 1961	32
7. Octubre 1962	36
8. Decisiones	39

Los años de la infancia

9. Oasis	45
10. El parque	47
11. Carnaval	49
12. Tío Porfirio	52
13. Máximo	54
14. La escuela	57
15. Caibarién	59
16. La Habana	63
17. El cine	65
18. Los rusos	68
19. Bibó	71
20. Curujey	75

21. Detrás del arado	77
22. Pepito	81
23. Navidad	86
24. El lechón	89
25. El CAN	91
26. Estudio, Trabajo, Fusil ...	94
27. La pelota	98

La realidad que se abre paso

28. Solos	103
29. Manacas	107
30. El Salto	112
31. La maestra	118

Gusanos

32. Gusanos	123
33. Judo	125
34. Las botas de mi padre	128
35. La Habana sin mis primos	131
36. La costurera	137
37. Mi bicicleta	142
38. Miguelito	145
39. Antonio	148
40. El último carnaval	152
41. La escuela secundaria	155
42. Johnson	159
43. La Escuela al Campo	162

Camino al destierro

44. El telegrama	169
45. Tata y Lulu	173
46. La Habana, una vez más	174
47. 25 de mayo de 1971	177

Epílogo	181
Un comentario final	185



Una calle en el centro de Placetas en época reciente
(Foto de Vivian Torres y Mario González)

Este libro se terminó de imprimir
el 27 de noviembre de 2021.

Felipe Lázaro

INVISIBLES TRIÁNGULOS DE MUERTE

Con Cuba en la memoria

(Relatos)



BETANIA

Belkys Rodríguez Blanco

LA PUNZADA DEL GUAJIRO y otros cuentos

Prólogo de Manuel Díaz Martínez



BETANIA

Luis García de la Torre

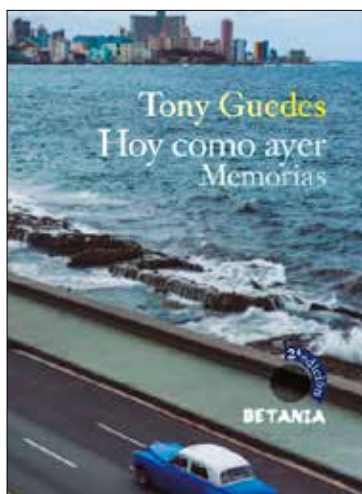
BREVES Y LIGERAS CRÓNICAS DE UN GUSANO DE LA HABANA EN SANTIAGO DE CHILE

Prólogo de Lilliam Mora



BETANIA

Tony Guedes Hoy como ayer Memorias



BETANIA

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2021)

Colección Narrativa

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.

Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.

El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.

Ruyam, de Pancho Vives.

Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.

Memoria de siglos, de Jacobo Machover.

El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,

Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).

de Raúl Thomas.

Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.

Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.

Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.

Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.

Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.

La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.

Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.

Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.

Chivitas, de Adriana Restrepo.

Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.

Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.

Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.

Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.

Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.
Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llópiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Samba.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.

En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.

Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.

Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.

Fantasías reales, de Silvia Burunat.

17 memorias y un prólogo, de VV. AA.

Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.

De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.

Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín

Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román

Escribas, de Aimée G. Bolaños.

From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.

Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.

El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva

Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.

Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall

Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.

Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.

Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.

Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria, de Felipe Lázaro.

Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.

No quiero llanto, Dolores Labarcena.

La punzada del guajiro y otros cuentos, de Belkys Rodríguez Blanco.

Breves y ligeras crónicas de un gusano de La Habana en Santiago de Chile, de Luis García de la Torre.

Recuerdos de un niño cubano, de Fernando Torre Balmaseda.

Hoy como ayer, de Tony Guedes.



Fernando Torre Balmaseda nace en Placetas, Cuba, en 1958. Vivió en Cuba hasta mayo de 1971, cuando salió de Cuba con su familia inmediata hacia Madrid, España. En 1973 la familia se trasladó a Puerto Rico, donde Fernando terminó sus estudios de escuela superior, así como sus estudios de ingeniería en la Universidad de Puerto Rico. En mayo de 1980 Fernando completó el grado de Maestría en Ingeniería en la Universidad de Cornell, en Ithaca, Nueva York.

A los estudios formales ha seguido una extensa carrera profesional, laborando en las áreas de ingeniería, gerencia de operaciones, y gerencia ejecutiva. Su profesión y un cierto espíritu explorador lo han llevado a vivir en diferentes lugares a través de los años, incluyendo Nueva Inglaterra, Florida, y también Irlanda, país en el que residió por más de tres años. Viajero incansable, Fernando ha viajado extensamente por Europa, Asia y Latinoamérica. En Puerto Rico, entrañable isla hermana, ha tenido su segunda Patria.

Este libro es un relato sobre las experiencias de Fernando creciendo en su pueblo natal de Placetas, en la parte central de Cuba, entre 1958 y 1971. El período coincide con el triunfo y poco más de la primera década de la Revolución Cubana, lo cual provee el trasfondo histórico de la narrativa. Todo lo que se menciona en el libro –los hechos, los lugares, los nombres de las personas– es completamente verídico. El principal objetivo del autor ha sido contar la historia vivida, tal y como fue. Transpiran observaciones críticas y convicciones forjadas por sus experiencias, pero sin fanatismos. El autor entiende que es importante compartir esta narrativa: La experiencia real de la gente común y lo que se vivió en Cuba en aquellos años. Este libro es parte de esa historia.



9 788480 174435 >

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA